

ESPECIAL HISTORIA
muy
INTERESANTE
CHILE
EDICIÓN
ESPECIAL
AÑO 2016/Nº 8
Documento
El Frente Oriental
De Barbarroja a Berlín
(1941-1945)
p.39
Stalin y el régimen del terror
La invasión a la URSS
Ataque a Leningrado
Moscú: la primera gran derrota nazi
Stalingrado, batalla calle por calle
Duelo de propaganda
El final del III Reich
HITLER VS STALIN
Chile $2.200
Perú S/. 9.00 Nuevos soles
AÑO XXXIII No. 8
HITLER VS STALIN

muy INTERESANTE

sumario



4 Una guerra de aniquilación
Hitler, en su deseo de implantar la 'supremacía aria', invadió la URSS. Pero cometió el error de subestimar la capacidad de respuesta de Stalin.



8 Heroica resistencia de Leningrado
El sitio a la antigua San Petersburgo supuso dos años, cuatro meses y 19 días de ardua defensa soviética frente a los ejércitos de Hitler.



14 La primera gran derrota del Führer
Fue uno de los mayores combates de la historia. Y pese a la inicial ventaja de Alemania, se volvió el primero de un conjunto de reveses para los nazis.



20 Stalingrado: la Wehrmacht queda atrapada
De agosto de 1942 a febrero de 1943 hubo un combate sin cuartel. Fue el punto de inflexión de la contienda.

39

Lucha de titanes

El Frente Oriental (1941-1945)

El enfrentamiento de dos potencias lideradas por dictadores, Hitler y Stalin, dejó ríos de sangre a su paso. Alemania quiso invadir y aniquilar a la URSS, pero esta resistió y venció, poniendo fin al delirio imperial nazi.

Hacia la Segunda Guerra Mundial

Sangre, sudor y lágrimas

La resistencia del Frente Oriental

De Normandía a Potsdam

sumario

muy INTERESANTE



26 Terror de Estado

En la década de los años treinta del siglo XX, la Unión Soviética –dirigida por Stalin– se convirtió en un Estado totalitario donde la disidencia se castigaba con la tortura y la muerte.

32 El poder de las armas

Tanto para la Wehrmacht como para el Ejército Rojo, mejorar su armamento constituyó una tarea primordial. Cualquier ventaja añadida a bombarderos o a carros de combate significaba estar más cerca de la victoria.



56 Voluntarias en el frente

Francotiradoras, comandantes de cañones antiaéreos, instructoras, pilotos, tanquistas… las mujeres soldados de la URSS.



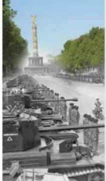
62 La batalla multimedia

Los nuevos medios de comunicación de masas (radio, cine, prensa, cartelismo) fueron empleados por Hitler y Stalin para adoctrinar a sus pueblos.



66 Guerra en Europa: último acto

Ocho días después de la llegada de las tropas soviéticas a los suburbios berlineses, la capital alemana caía en manos de los aliados. Fue el final de Hitler.



72 Escenario decisivo

En Berlín se dio una de las batallas determinantes hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. El 16 de abril de 1945, desde varios frentes, las tropas soviéticas iniciaron el ataque.



78 Guía de lugares





80 Días clave

Los alemanes sí llegaron a las calles de Moscú, solo que en calidad de prisioneros. El 17 de julio de 1944 Stalin, para humillarlos, hizo que desfilaran antes de enviarlos a Siberia.

Edición Chile

Marisol Camiroaga M.
Directora General de Revistas

Alejandra Miranda G.
Directora Editorial

Editorial
Claudia Contreras A.
Periodista

Marco Ramírez
Corrector de Estilo

Arte
Consuelo Letelier Silva
Directora de Arte

Producción
Gustavo Briones
Coordinador General de Producción

Claudia Cisternas C.
Coordinadora

María Eugenia Goiri Rayo
Gerenta General Chile

Comercial
Alejandra Labbé
Gerenta de Ventas

M. Soledad Warnken Matte
Gerenta de Proyectos y BTL

Rebeca Salas
Gerenta de Venta Directa

Finanzas
Hugo Ríos Ch.
Director Internacional de Administración y Finanzas

Juan Carlos López
Gerente de Administración y Finanzas

Marketing y Publicidad
María Paz Aguirre
Gerenta de Marketing

Circulación
Rodrigo Gamboa Espinoza
Gerente

Edición México

Francisco Villaseñor
Director Editorial

Gerardo Sifuentes
Coordinación editorial

Arte
Manuel Arrubarrena Luna
Coordinador de Arte

Carlos E. Balan Lara
Diseñador

Mary Hurtado Ramos
Coordinadora de Operaciones

Colaboradores
Adriana Palma Salinas
Adriana Cataño Vergara
Luis felipe Brice Mondragón

Digital
Fernanda Castro Vásquez
Editora Online

TELEVISA PUBLISHING INTERNACIONAL

Porfirio Sánchez Galindo
Director General
Mauricio Arnal
Director General de Administración y Finanzas

LA REVISTA MENSUAL PARA SABER MÁS DE TODO

Suscripciones: www.suscripciones@televisa.cl
Call Center: 6005955000 - 225955000
Editorial Televisa Chile, Rosario Norte 555, piso 18, Las Condes, Santiago, Chile.

© MUY INTERESANTE. Marca Registrada. Año XXXIII N°8. Fecha de publicación: octubre 2016. Edición especial de la revista mensual, editada y publicada por EDITORIAL TELEVISA CHILE, S.A., Rosario Norte 555, piso 18, Las Condes, Santiago, Chile. Tel. (562) 595-5000. Fax (562) 595-5000 ext 6930, mediante convenio con EDITORIAL GYJ TELEVISA, S.A. DE C.V. Oficina de Redacción y Publicidad: Editorial Televisa Chile, S.A., Rosario Norte 555, piso 18, Las Condes, Santiago, Chile. Tel. (562) 595-5000. Fax (562) 595-5000. Impresa para Chile por: A. Impresores Chile S.A., Av. Gladys Marín 6920, Estación Central Santiago de Chile, Chile. Tel: (562) 440-5700. INFORMACIÓN SOBRE VENTAS: Editorial Televisa Chile, S.A., Rosario Norte 555, piso 18, Las Condes, Santiago, Chile. Tel. (562) 595-5000. Fax (562) 595-5000. Distribuidor: META S.A., Av. Vicuña Mackenna No. 1870, Ñuñoa, Santiago, Chile. Flete Aéreo: $290. Regiones: I, II, XI, XII y XV. Suscripciones: Tel: (562) 595-5070; Fax: (562) 596 69 40; suscripciones@televisa.cl. www.televisa.cl. EDITORIAL TELEVISA CHILE, S.A. investiga sobre la seriedad de sus anunciantes, pero no se responsabiliza con las ofertas relacionadas por los mismos. Prohibida su reproducción parcial o total.

ISSN 1665 – 3629.

EDITORIAL TELEVISA, S.A DE C.V.
COORDINACIÓN ADMINISTRATIVA DE LICENCIAS







También síguenos en:


@rmuyinteresante




Muy Interesante Chile


MuyInteresanteCL

El Führer contra el Zar rojo

Una guerra de aniquilación

Hitler se creía predestinado a implantar la supremacía aria y decidió por ello atacar a la URSS. Pero cometió el error de subestimar la capacidad del Ejército Rojo e infravalorar la voluntad de lucha de su enemigo: Stalin.

Por Manuel Montero

FOTO: GETTY IMAGES



Brutal conflicto en Europa. En el verano de 1941, las fuerzas alemanas cruzaron las fronteras de la Unión Soviética para llevar a cabo la invasión que Hitler había bautizado como Operación Barbarroja. En la foto, soldados de la Wehrmacht toman posiciones.

El 22 de junio de 1941 Hitler lanzó la Operación Barbarroja: unos tres millones de soldados alemanes invadieron la Unión Soviética. Había comenzado el mayor enfrentamiento bélico de la historia, una guerra dentro de la Segunda Guerra Mundial. Alemania contra la Unión Soviética, Hitler contra Stalin; fue la lucha de dos sistemas, encabezados por crueles dictadores. En ella estuvo en juego el destino del mundo. La lucha no terminó hasta la primavera de 1945, cuando las tropas soviéticas ocuparon Berlín.

En esos casi cuatro años combatieron ejércitos de dimensiones nunca conocidas. El saldo fue brutal. Murieron no menos de 15 millones de combatientes –dos tercios, del lado soviético– y la mortandad de la población civil registró cifras similares, entre 14 y 17 millones de hombres y mujeres. Regiones inmensas quedaron devastadas. "Los invasores alemanes quieren una guerra de exterminio contra los pueblos de la URSS", aseguró Stalin por radio en noviembre de 1941. Efectivamente, los nazis plantearon su invasión de Rusia como una guerra de aniquilación. En julio lo había dicho Hitler: había que exterminar todo aquello que se les pusiera por delante. Para él, era una batalla de destrucción total contra los comisarios bolcheviques y la intelectualidad comunista.

El ataque alemán fue una sorpresa que Stalin se resistió a creer, pero Hitler siempre había pensado librar esta guerra. Rusia compendiaba sus prejuicios anticomunistas, antisemitas y antieslavos. Stalin creía que el enfrentamiento se retrasaría algún tiempo, mientras durara la guerra entre las potencias capitalistas. El pacto germano-soviético llevado a cabo en agosto de 1939 había dejado a los nazis las manos libres para invadir Polonia, lo que desencadenó la conflagración europea. Hitler quería una guerra breve en Occidente, para volverse después contra el enemigo comunista. Pero en la decisión de atacar a la Unión Soviética no influía solo el fanatismo ideológico: llegó a la conclusión de que los británicos confiaban en la futura ayuda rusa. La destrucción de la URSS podría terminar con tales esperanzas y, por lo tanto, llevaría al fin de la guerra con el Reino Unido.

Hitler planificó una guerra relámpago, del tipo que le había dado sus éxitos militares, pero ahora en un amplísimo territorio. Creía posible lograr en unos meses una victoria que descompusiera al Ejército Rojo y la Unión Soviética. Además de los objetivos políticos –exterminar el bolchevismo y tomarse el "espacio vital"–, estaban los económicos como que Alemania absorbería las riquezas rusas. Las materias primas, el petróleo y los alimentos soviéticos fortalecerían su economía de guerra.

Dos poderes dictatoriales enfrentados

Se enfrentaban dos regímenes totalitarios que recurrían al terror. Las voluntades individuales de sus dirigentes jugaron un papel esencial. Hitler, que llegó a creerse predestinado a imponer la supremacía de la Alemania aria, dirigió personalmente la guerra, incluso al acumularse los fracasos. Sin preocupaciones morales, le influían sus prejuicios ➤



Situación extrema en Leningrado
Durante más de dos años, la actual San Petersburgo logró resistir el duro bloqueo acometido por las tropas alemanas. Arriba, una instantánea de la ciudad sitiada. En el cartel se lee: "Muerte a los asesinos de niños".

personales y sus visiones arbitrarias. En la URSS, Stalin concentró también un poder dictatorial. Pragmático, cruel y siempre receloso, al principio tomó las principales decisiones bélicas, que delegó en militares tras sucesivas derrotas.

Hitler atacó un país inmenso, con el doble de población que Alemania. Subestimó las dificultades y la voluntad de lucha de los rusos e infravaloró al Ejército Rojo, al que consideraba desmoralizado tras la eliminación de la mayor parte de sus oficiales en la purga estalinista de 1937-1938. En plena euforia tras las victorias sobre Polonia y Francia, en los deficientes análisis sobre los que se basó la estrategia hitleriana influyeron los prejuicios racistas que creían inferiores a los rusos, un pueblo de "infrahumanos" incapaz de hacerles frente.

El ataque alemán se produjo a lo largo de un frente de 1.800 kilómetros, entre el Báltico y los Cárpatos, y siguió tres ejes: en el norte, hacia Leningrado; los ejércitos del sur marcharon hacia Ucrania; por el centro, la línea de combate se dirigía a Moscú. Durante los primeros meses los avances alemanes fueron rápidos, con la destrucción de buena parte de los recursos militares soviéticos. Parecían confirmarse las evaluaciones de Hitler. Contribuyeron el efecto sorpresa, la superioridad técnica del ejército invasor y las estrategias ordenadas por Stalin, quien dispuso una defensa agresiva, basada en sucesivas ofensivas, sin repliegues aunque las circunstancias lo ameritaran.

A veces la población recibió a los alemanes como liberadores, por la impopularidad del régimen comunista basado en el terror, pero los invasores no hicieron nada por conseguir su apoyo. Prevalecían las convicciones nazis de que los eslavos eran una raza inferior. Subyacía la fantasía de fundar un *volk* ("pueblo", en alemán) con millones de alemanes en las grandes llanuras que se extienden hasta los Urales. De ahí la política implacable, con una represión sistemática, el asesinato de decenas de miles de judíos y el apresamiento, y a veces ejecución, de los líderes de los territorios ocupados. Las tropas de las SS se ocuparon de esta tarea, pero a veces el ejército regular siguió directrices parecidas. Según Hitler, era una guerra total, no la guerra convencional librada en Francia, donde valían algunas reglas.

Sociedad movilizada contra los nazis

La respuesta soviética a la agresión nazi adquirió un cariz nacionalista convirtiéndose la lucha en la Gran Guerra Patriótica. Stalin llamó a la movilización nacional, incluyendo la política de tierra quemada (destruir todo lo que pudiera servir al enemigo) y la lucha de guerrillas. Toda la sociedad se movilizó.

Pero en los primeros meses de la contienda se agolparon los apuros soviéticos. En septiembre comenzó el sitio de Leningrado, cuya población quedaba destinada a sufrir el hambre. En los primeros días de noviembre las tropas alemanas alcanzaron la periferia de Moscú. La decisión de Stalin de permanecer en la capital y el reforzamiento coactivo de la disciplina contuvieron el pánico. Fue el momento crítico. Las tropas soviéticas impidieron la caída de Moscú y los alemanes debieron retroceder cuando el 6 de diciembre comenzó la contraofensiva rusa. Por primera vez, Hitler perdía la iniciativa militar. Había fracasado la guerra relámpago.

Llegaba un duro invierno, para el que los alemanes no estaban equipados, pues habían dado por hecho la victoria antes de la estación fría. Los rusos contaban ya con el apoyo de los aliados. Planificaron una economía de guerra, que llegó a alcanzar producciones superiores a las alemanas.

La Unión Soviética había evitado el colapso, pero seguían los apuros militares. Von Paulus, desde enero del 42 al mando del 6º Ejército, tuvo en Jarkov un éxito fulminan-

> El ataque alemán se produjo a lo largo de un frente de 1.800 kilómetros, entre el Báltico y los Cárpatos, y siguió tres ejes: norte, sur y centro.

FOTO: GETTY IMAGES



El fin del III Reich. Las tropas soviéticas alcanzaron Berlín en la primavera de 1945, lo que significó la victoria para los aliados y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Arriba, escena de la lucha armada en las calles de la capital alemana.

La victoria sobre los nazis asentó el poder de Stalin, quien se hizo del control total del este de Europa.

te. Los soviéticos perdieron a 240.000 hombres. Fracasaron de nuevo los criterios militares de Stalin, basados en ataques sucesivos.

Desastre bélico en las ciudades rusas

Sin una estrategia clara, Hitler ordenó la marcha hacia el sur y sureste, con la idea de que la conquista de los recursos económicos sería más decisiva que la de la capital. Aumentaba así la distancia a la que combatían sus ejércitos. Stalingrado, a orillas del Volga, se convirtió en el objetivo militar. Se libró allí una de las grandes batallas de la historia, decisiva en la Segunda Guerra Mundial. En septiembre comenzaron las luchas en las calles de la ciudad, que Stalin ordenó defender a toda costa. Los enfrentamientos fueron durísimos, en un combate casa a casa en el que la artillería o los bombardeos aéreos perdían importancia o dejaban de contar.

Stalin cedió la dirección bélica al general Zhúkov, quien planificó una de las operaciones más brillantes de la guerra. El 19 de noviembre de 1942 lanzó la Operación Urano. Sus ejércitos –casi dos millones de efectivos– avanzaron desde el norte y el sur sobre la retaguardia del ejército alemán. Las tropas de Paulus quedaron cercadas. Los intentos de abastecerlas con un puente aéreo fueron insuficientes y fracasó la contraofensiva que lanzaron desde el sur. Quedaron copados unos 250.000 hombres, a los que Hitler ordenó no rendirse. Siguieron semanas sin abastecimientos suficientes, en las que el cerco se fue estrechando. Cuando Paulus declaró la rendición, el 2 de febrero de 1943, unos 90.000 soldados fueron hechos prisioneros. Solo 5.000 regresaron a Alemania, años después. Fue una de las principales derrotas alemanas, vista como el preludio de la victoria aliada. En la batalla murieron más de un millón de soviéticos.

Los alemanes lograron estabilizar sus posiciones. Los dos bandos prepararon cuidadosamente el enfrentamiento que habría de llegar en verano, que se adivinaba decisivo. La batalla de Kursk fue la mayor concentración de tanques de la guerra. Hitler quería recuperar la iniciativa. Zhúkov preparó a su ejército para la defensa, una táctica que se demostró certera. Alemania nunca se recuperaría de la destrucción de fuerzas acorazadas que le provocó. Luego, los avances soviéticos fueron continuados. Tras vencer en Kursk pudieron recuperar Jarkov y después Kiev, en noviembre. A fines de 1943, llegaron a la frontera ruso-polaca de 1939. En enero del 44 los rusos conseguían levantar el sitio de Leningrado, que había provocado tres millones de muertos. La debacle de Hitler prosiguió durante todo el año, a medida que Stalin lanzaba sucesivas ofensivas. En verano y otoño ocurrieron sin solución de continuidad los desastres alemanes. Los agudizaron algunos errores estratégicos, como la prohibición por Hitler –que se imponía a sus generales– de que hubiera una defensa elástica.

Asalto final sobre Berlín

A mediados de enero de 1945, los soviéticos iniciaron la ofensiva que les permitió ocupar Polonia. A fines de mes alcanzaban las fronteras de Alemania. Después el avance se ralentizó, pues se endureció la defensa, a medida que el frente alcanzaba el territorio alemán. El 30 de marzo, los soviéticos ocupaban Viena. Después llegó la debacle de la Alemania nazi. El 16 de abril comenzó el asalto final sobre Berlín, demoledor. Hitler llamó a adolescentes y ancianos a la lucha postrera y sin esperanzas. Por entonces el dictador nazi dirigía divisiones imaginarias, sin los efectivos o capacidad de fuego que les atribuía.

En la batalla de Berlín, la ciudad iba siendo destruida a medida que los soviéticos avanzaban lenta pero inexorablemente. El combate tuvo un saldo brutal con unas 360.000 bajas soviéticas y 450.000 alemanas. A fines de abril las tropas soviéticas se acercaron al búnker del dictador nazi, quien se suicidó el día 30. La guerra proseguiría unos días más, hasta la rendición incondicional de Alemania el 8 de mayo.

El enfrentamiento entre Hitler y Stalin, un duelo en el que se jugaba la supervivencia o el final de sus respectivos regímenes, se había saldado con la victoria del dictador comunista. El triunfo sobre los nazis en la Gran Guerra Patriótica asentó el poder de Stalin, que tomó el control del este de Europa. La lucha entre los dos dictadores contribuyó también a salvar a las democracias europeas, victoriosas sobre Hitler en el frente occidental.

LIBRO

Una guerra de exterminio: Hitler contra Stalin
Laurence Rees, Crítica, 2006. El autor nos cuenta esta historia en toda su dramática verdad, utilizando nueva documentación –fotografías de los archivos de la NKVD– y el testimonio de los supervivientes de ambos bandos.



FOTO: GETTY IMAGES



La fortaleza bolchevique ante el asedio alemán

Heroica resistencia de Leningr...

La ocupación a la antigua San Petersburgo supuso dos años, cuatro meses y 19 días de ardua defensa soviética frente a los Ejércitos Norte de Hitler. Por José Ángel Martos

FOTO: EFE/ ZUMA PRESS



Defensa vehemente. La estratégica operación alemana para ocupar Leningrado no logró doblegar a los soviéticos, quienes soportaron el bloqueo a la ciudad entre el 8 de septiembre de 1941 y el 27 de enero de 1944. En esta foto un detalle del monumento a los heroicos defensores de Leningrado en San Petersburgo.

Durante la invasión de Rusia, los alemanes tuvieron que enfrentar a insospechados enemigos. Una de las mayores sorpresas para ellos fue un regimiento de jovencitas en Stalingrado, pero todavía más sorprendente les resultó, en Leningrado, verse desafiados nada menos que por una orquesta. ¿Oboes contra tanques panzers? ¿Violines contra ametralladoras?

No es que los intérpretes de la orquesta tuvieran que hacerse cargo del frente, pero no por ello su aporte fue menos decisivo para salvar a una ciudad cuya suerte parecía echada. La anécdota tuvo lugar durante la ocupación a Leningrado, uno de los episodios más dramáticos del Frente Oriental de la Segunda Guerra Mundial. El Grupo de Ejércitos Norte de Hitler intentaba tomar el control de la histórica San Petersburgo, rebautizada en 1924 como Leningrado después de la revolución comunista, en homenaje a Vladímir Ilich Lenin. Los protagonistas del episodio fueron los integrantes de la Orquesta de Radio de Leningrado, dirigidos por Karl Eliasberg. El 9 de agosto de 1942, en pleno asedio, a pesar de estar hambrientos y sometidos a privaciones, los músicos estrenaron en la ciudad sitiada la *Séptima sinfonía* de Dmitri Shostakóvich, una pieza que este compositor había empezado a crear durante el bloqueo y a la que había rebautizado como la *Sinfonía de Leningrado* en honor a la ciudad. Ese día había sido designado por los alemanes para ingresar en Leningrado y celebrarlo con una fiesta en el hotel Astoria de la ciudad.

La música, poderosa arma

Muy al contrario, lo que se celebró fue el concierto, en el curso del cual los soviéticos consiguieron hacer callar a la maquinaria de guerra alemana y que la música se escuchara en toda la ciudad mediante la instalación de múltiples altavoces. Resultó ser un arma más poderosa que cualquiera de los artefactos mortíferos que cada día resonaban en la ciudad: la interpretación de la *Séptima sinfonía* fue el 'do de pecho', el momento cumbre de la resistencia del pueblo de Leningrado.

Todo había comenzado en los primeros compases de la Operación Barbarroja, aún en el verano de 1941, cuando el mariscal de campo Wilhelm Ritter von Leeb fue elegido por Hitler para lanzar otra rápida ofensiva que penetrara rápidamente en el norte de Rusia y alcanzara la ciudad donde había comenzado la Revolución soviética: "La caída de Leningrado privará al Estado soviético del símbolo de su revolución. Su pérdida provocará un colapso total", dijo el Führer al Estado Mayor del Grupo Norte de Ejércitos, encargado de la invasión en esa región. Quería desmembrar al régimen comunista, y hacerlo ➤



Símbolo de lucha. La *Séptima Sinfonía* compuesta por Dmitri Shostakóvich (aquí, durante el sitio de Leningrado) se transmitió por radio a toda la ciudad. También la escucharon los alemanes que la asediaban, quienes intentaron detener la interpretación cañoneando el teatro, sin lograrlo.

LIBRO

El sitio de Leningrado

1941-1944, Michael Jones. Crítica, 2008. Este libro explica cómo las tropas alemanas, tras rodear Leningrado, emplearon la táctica de privación de alimentos para rendir a la ciudad.

EL SITIO DE LENINGRADO 1941-1944 MICHAEL JONES

muy rápido. De ahí que Von Leeb, un experto en fulgurantes avances invasores, se hiciera cargo del mando general de este ejército.

Un estudiado asedio

La sinfonía quizá ni siquiera hubiera llegado a escribirse si los planes de Von Leeb y los otros altos mandos se hubieran llevado a cabo como querían: capturar Leningrado con ese movimiento arrasador de sus tropas, cuyo empuje era irresistible para el desconcertado ejército soviético en el norte, todavía bajo los efectos del 'shock' que había supuesto la inesperada entrada en guerra de Alemania contra el país con el que había firmado un publicitado pacto de no agresión al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Pero los planes se modificarían porque, a partir de mediados de agosto, Hitler empezó a cambiar de opinión y se convirtió en partidario del asedio, descartando la toma por asalto, que le hubiera obligado a luchar en la ciudad calle por calle, algo que despreciaba y a lo que denominaba "guerra de ratas".

La nueva estrategia no se decidió caprichosamente, sino que fue estudiada hasta extremos insospechados para lo que era la manera de hacer la guerra hasta entonces: el Estado Mayor alemán pidió a un prestigioso profesor de nutrición que estudiara científicamente qué ocurriría en Leningrado cuando empezaran a faltar los alimentos, cuánto podría resistir la ciudad. El profesor Ernst Ziegelmeyer, del Instituto de Nutrición de Múnich, analizó los datos que le fueron proporcionados como el censo de población, la cantidad de alimentos almacenados en la ciudad y la previsión de temperaturas para los cercanos meses invernales, entre otros.

> La tarea de bloquear Leningrado resultaba más sencilla porque su única vía de escape occidental era la marítima.

La estrategia del bloqueo

La conclusión del científico fue que, al cabo de un mes de asedio, las autoridades de la ciudad deberían imponer una ración básica de 250 gramos de pan por persona al día. Con esa cantidad, explicó, resultaba físicamente imposible la supervivencia por un tiempo prolongado, de modo que, si el bloqueo se realizaba eficazmente y no se podían introducir alimentos durante todo el invierno, la población no podría sobrevivir mucho más allá de esa estación. "No merece la pena arriesgar la vida de nuestra tropa. Los habitantes de Leningrado morirán de todas formas."

El 22 de septiembre, Hitler dictó personalmente una orden terrible: "El Führer ha decidido arrasar la ciudad de Petersburgo de la faz de la Tierra. Tras la derrota de la Rusia soviética, no quedará razón alguna para que esta gran urbe continúe existiendo". Sobre el destino de sus habitantes también se pronunció con implacable crueldad: "No nos interesa preservar ni la menor parte de la población". La clave del éxito para Hitler y sus asesores militares estaba en lograr imponer el cerco total y, en ese aspecto, creían que les sobrarían efectivos, pues no estaban solos en su esfuerzo. El ejército finlandés también participaba en la invasión del norte de la URSS como aliado de Berlín. El odio entre Helsinki y Moscú era muy fuerte, Finlandia apenas se había independizado en 1918, tras más de un siglo de dominación de los zares y con el régimen comunista habiendo intervenido en su guerra civil de independencia en favor de uno de los bandos. Los finlandeses tenían mucho que ganar pues su ministro de Ex-



Racionamiento del pan. Alimentos básicos como la harina escasearon desde el comienzo de la ocupación a Leningrado. En el Museo del Pan de la actual San Petersburgo se expone la ración básica diaria de pan destinada a los ciudadanos asediados.

FOTOS: GETTY IMAGES; SPUTNIK/ ALEXEY VARFOLOMEEV

La ciudad se vuelve insalubre

Uno de los momentos clave que pudo haber decidido la suerte de Leningrado fue cuando, durante el invierno de 1941-42, empezaron a aparecer las enfermedades infecciosas y en particular una epidemia de disentería. A comienzos de marzo del 42, hacía estragos con entre 20.000 y 25.000 muertes al día. La contaminación del agua del río, a causa del colapso del alcantarillado, había sido la causa principal. En aquel momento Leningrado nadaba en basura y los excrementos humanos eran tirados a las calles.

Los alemanes habían contado con esta eventualidad; era una de las razones que los habían llevado a no entrar en la ciudad: mantener aislados a sus habitantes hasta conducirlos a la muerte les causaría muchas menos bajas y les evitaría contactos contagiosos.

A partir del 8 de marzo, los habitantes de Leningrado empezaron a reaccionar y se ordenó a las mujeres que iniciaran una masiva Operación Limpieza. Una semana después, más de 100.000 ciudadanos –sobre todo mujeres– dedicaban varias horas al día a limpiar las calles.

La población de Leningrado mejoró su precaria situación cuando se organizaron brigadas para limpiar las calles de residuos que causaban enfermedades infecciosas.

Los funcionarios de instituciones como la Biblioteca Pública o el Museo del Hermitage –que se mantenían abiertas– se unieron a la tarea, apartando toneladas de residuos, hielo y nieve. Así, la población de Leningrado mejoró su precaria situación y ganó tiempo hasta que, con la llegada del buen clima, la situación mejoró. Como diría una superviviente, "declaramos la guerra a la basura, y con esta declaración los aislados e inactivos recuperaron un objetivo en la vida".

teriores escuchó de labios de Hitler cómo este le prometía reducir Leningrado a cenizas y dar la región a Finlandia, estableciendo una nueva frontera entre la Alemania ampliada y el país nórdico sobre el curso del río Neva.

Los dos ejércitos atacantes rodearon Leningrado por el este, los finlandeses se situaron al noreste y los alemanes al sureste. La tarea de bloquear completamente la ciudad resultaba más sencilla porque esta ciudad portuaria en el mar Báltico no tenía una vía de escape occidental que no fuera la marítima.

Ley marcial en la ciudad

De todas formas, la defensa de Leningrado llevaba ya dos meses en preparación debido a que había comenzado apenas unos días después de que Alemania iniciara la Operación Barbarroja (el 22 de junio), pues los soviéticos estaban convencidos de que la capital de los zares iba a ser uno de los principales objetivos de la invasión. Se había impuesto la ley marcial en la ciudad, que quedó bajo el mando de una tríada: el comandante de la guarnición de Leningrado, el líder del partido comunista local y el responsable del Sóviet. Estos ordenaron la movilización de un millón de ciudadanos, de los 2,5 millones que por entonces habitaban la ciudad, para que realizaran los trabajos de fortificación.

No se escatimaron esfuerzos, los civiles levantaron 635 kilómetros de alambradas en Leningrado y sus alrededores, excavaron también zanjas antitanque en una superficie de 700 kilómetros y construyeron barricadas de madera a lo largo de 306 kilómetros. Incluso transportaron las armas de un crucero de guerra amarrado en el puerto, el *Aurora*, a las colinas de Pulkovo, en el sur, por donde llegarían los nazis.

Pero Leningrado no solo tenía que protegerse a sí misma. A medida que la Wehrmacht avanzaba por el norte de la URSS, la gran urbe se convertía en el último reducto para todos aquellos soviéticos que huían de los alemanes. Durante los dos primeros meses de la Operación Barbarroja llegaron más de 100.000 refugiados que escapaban de la invasión.

A mediados de septiembre, Leningrado quedó completamente rodeada. Las autoridades locales calcularon que les quedaba comida para resistir algo más de un mes (carne para 33 días, cereales para 30, harina para 35 y azúcar para 60). Se mantenían vivas las posibilidades de recibir suministros por vía aérea y fluvial, pero ambas formas de comunicación estaban sometidas a ataques constantes de los agresores, por lo que no se podía confiar de manera absoluta en ellos. El racionamiento comenzó de inmediato, pero a medida que el durísimo invierno de esas latitudes nórdicas se acercaba, la situación resultaba cada vez más amenazante. En la distribución de la comida se ordenó priorizar a los soldados y a los obreros frente al resto de la población. Los siguientes en el orden de precedencia eran los trabajadores de oficina, y por último venían los ancianos y los niños.



El poder de la clase obrera. Para proteger Leningrado del enemigo alemán, toda la población civil fue llamada a colaborar realizando trabajos de fortificación.

FOTOS: GETTY IMAGES

El hambre agudiza el ingenio

Se buscaron alternativas ingeniosas para hacer frente a la carestía inminente, sobre todo la de pan, ya que la harina disponible resultaba claramente insuficiente: el pan producido tenía me-

La División Azul, de Franco, en Leningrado

Uno de los regimientos participantes en el sitio a Leningrado junto a los nazis fue de España: la División Azul, el conocido cuerpo de voluntarios que se adhirieron en 1941 al llamado del régimen franquista para apoyar a los alemanes en la lucha contra el régimen comunista, odiado por Franco.

La División Azul no participó en la primera fase del asedio a Leningrado, pues inicialmente actuó en Novgorod, una ciudad 190 kilómetros al sureste, tomada por los ejércitos del Eje. El traslado de los divisionarios se produciría en agosto de 1942 para unirse a una ofensiva en preparación sobre Leningrado, que tenía el nombre en clave de "Luz del norte".

A los españoles se les asignó un frente a lo largo de la línea férrea Moscú-Leningrado, en una zona de llanura pantanosa y tupido bosque cruzada por dos afluentes del río Neva. Allí resistirían a principios de 1943 algunas de las más duras ofensivas del Ejército Rojo dentro de su Operación Estrella Polar para lograr la reconquista de la ciudad. El enfrentamiento más fuerte tuvo lugar a partir del 10 de febrero de 1943: la batalla de Krasni Bor. Fue un choque terrible, encarnizado y desigual: 44.000 soviéticos contra 5.900 españoles. A pesar de ser machacados por la artillería enemiga y obligados después a combatir cuerpo a cuerpo, consiguieron, contra todo pronóstico, mantener la posición. Sus bajas se elevaron a más de 3.000 soldados, pero lograron frenar la ofensiva soviética.

La División Azul sería retirada de la Unión Soviética por Franco en 1943.



nos del 50% de harina. Se llegaron a utilizar en su confección ingredientes tan sorprendentes como celulosa y algodón, ambos abundantes en Leningrado pero que, obviamente, tenían un nulo valor nutricional.

Para obtener un sustituto de la leche se recurría también a métodos ingeniosos, como cocer los intestinos de gatos y ovejas y a continuación condimentar el líquido resultante con aceite de clavo. Pero quizá el ejemplo más terrible era el de los trabajadores industriales, capaces de beberse la grasa de las máquinas para obtener algunas calorías extra. No resulta sorprendente, por ello, que hubiera ciudadanos hambrientos que se arriesgaran a intentar salir a las afueras, desafiando los disparos de los alemanes, para intentar excavar el suelo y extraer de él algunas papas con las cuales saciar el hambre. Sin embargo, las autoridades dispusieron que quienes lo hicieran con éxito debían a continuación entregar los tubérculos obtenidos, para que fueran repartidos de manera igualitaria entre la población.

Como no podía ser de otra manera, las situaciones de miseria y degradación comenzaron a proliferar, mientras el mercado negro florecía. Se empezó a esparcir el rumor sobre el canibalismo con los muertos y las relaciones con el prójimo se volvieron mucho más egoístas. Por ejemplo, cuando se veía a alguien morir en la calle, enseguida se le despojaba de su cartilla de racionamiento, no para robarla sino para devolverla a las autoridades y que, de este modo, en el cálculo de los víveres a repartir les tocara un poco más a los supervivientes. En esta línea, uno de los asediados relataría después sus pensamientos acerca de esos días: "Veía a mi padre y mi madre morirse. Sabía perfectamente que estaban famélicos, pero quería más su pan que el que ellos se mantuvieran vivos. Eso es lo que recuerdo del asedio, desear que tus padres se murieran porque querías su pan".

Otra terrible necesidad era la de combatir el frío. Y no era fácil hacerlo, porque el combustible escaseaba y se privilegiaba su uso en las fuerzas armadas y en la industria. Ante la falta de kerosene y, por supuesto, de electricidad (fue prohibida), los ciudadanos tenían que calentarse con madera. La manera de obtenerla era quemando los muebles y el suelo de los hogares. El primer mes invernal de asedio, el de noviembre de 1941, resultó terrible: 11.000 personas muertas. La cifra iría en aumento, aunque paradójicamente el siguiente mes, diciembre, se abrió una inesperada vía de comunicación, el gran lago Lagoda, próximo a la ciudad, que adquirió el suficiente grosor de hielo con la consolidación de la helada invernal para permitir el tráfico de camiones. Estos podían traer hasta 100 toneladas de comida al día que, aun no siendo suficientes para cubrir las necesidades de la ciudad (se requería una cantidad de 1.000 toneladas diarias), resultaban un importante paliativo. A estas rutas salvadoras se les conocería con el nombre de "camino de la vida".

Situación infrahumana. El frío y la carencia de alimentos atormentaron y llevaron a la muerte a miles de ciudadanos de Leningrado. Abajo, un hombre con su ración de pan en la mano. A la derecha, una huerta de coliflores en los jardines de la catedral de Isaac.





FOTOS: NATIONAL ARCHIVES/ LIBRARY MANUSCRIPTS AND PICTORIAL COLLECTION



Emilio Esteban-Infantes (en la foto, dirigiéndose a los soldados en las cercanías de Leningrado) fue el general de la Wehrmacht en la División Azul, formada en su mayor parte por voluntarios españoles falangistas.

Caminar por la sombra

La ciudad logró sobrevivir al primer invierno de asedio sin rendirse. Aunque la vida cotidiana resultaba difícil. Por ejemplo, caminar por la conocida avenida Nevski, la principal arteria de la ciudad, acarreaba el riesgo de ser víctima del ataque aéreo de la Luftwaffe. Se recomendaba caminar por el lado de la sombra para resultar menos visible.

Durante los primeros meses de 1942, los soviéticos intentaron una contraofensiva, sin éxito. El principal factor en favor de los alemanes eran las excelentes posiciones de artillería conseguidas. El intento duró varios meses, pero resultó tan desastroso que incluso provocó que el 2º Ejército de Choque soviético terminara completamente destruido y su comandante, Andréi Vlásov, hecho prisionero.

Aunque los alemanes mantuvieron el bloqueo total sobre Leningrado, no lograron romper completamente su resistencia. Entre junio y septiembre la bombardearon con 800 kilos de explosivos. No fue suficiente. Tampoco pudieron acabar con la flota del Báltico. A principios de 1943, los soviéticos empezarían a reducir la magnitud del bloqueo con la Operación Chispa, ofensiva que permitió abrir un corredor de tierra de casi 10 kilómetros, rompiendo la conexión entre las tropas invasoras. Con esa vía se conectaba Leningrado con las fuerzas rusas en el interior del país, "el continente", como lo llamaban los asediados. En el nuevo corredor se realizó la construcción de una vía férrea. Aun así, el corredor no estaba libre de los bombardeos alemanes desde los cerros colindantes, de modo que el asedio continuó, aunque disminuido.

Liberación de la ciudad

Durante 1943, lo que cambió fue la disponibilidad del Ejército Rojo para pasar a la ofensiva. La victoria en la sureña Stalingrado había permitido liberar gran cantidad de recursos militares y acometer operaciones en los principales territorios comprometidos. En este contexto, iniciaron una ofensiva en pleno mes de enero de 1944 –la época más difícil para los alemanes, por su peor equipamiento para soportar el frío– y, dos semanas después, Stalin pudo declarar la liberación de Leningrado.

Las cifras de bajas tras 872 días de asedio resultaron terribles: 632.000 personas fallecieron en la ciudad durante el cerco. En la ofensiva final soviética de 1944, a pesar de vencer, sufrieron más de 300.000 bajas, un alto precio que habla también de los riesgos corridos por los ejércitos estalinistas en este y otros episodios de la invasión. Pero la población de Leningrado volvía a la vida. Una madre resumió así su alegría: "Ahora los niños pueden caminar por el lado del sol en la avenida Nevski".

> El primer mes invernal de asedio, el de noviembre de 1941, resultó terrible: 11.000 personas muertas. Y la cifra iría en aumento en los meses siguientes.



Mejor resguardarse. El terror a la artillería alemana estaba latente cada día en la avenida Nevski, donde los bombardeos fueron habituales durante los más de dos años de asedio a Leningrado.

FOTOS: GETTY IMAGES

Batalla de Moscú (1941-1942)

La primera gran derrota de Hitler

Fue uno de los mayores combates de la historia, si no el mayor, en número de participantes. Y pese a la inicial ventaja de Alemania, se convirtió en el primero de una serie de reveses para los nazis. Por Juan Antonio Guerrero

La batalla en los alrededores de la capital de la Unión Soviética, en el invierno de 1941 a 1942, fue indudablemente una de las más decisivas de la Segunda Guerra Mundial. "Basta con que demos una patada en la puerta, y todo el edificio podrido se vendrá abajo", había dicho Hitler.

Moscú no solo era la ciudad más grande y poblada de la Unión Soviética, sino además su capital política y económica, hechos que la convertían en el objetivo principal de la invasión. Apoderarse de Moscú significaba el triunfo del nacionalsocialismo sobre el comunismo, la victoria política y militar más importante con la que pudiera soñar Adolf Hitler, y así se exponía ya en los objetivos marcados por la Operación Barbarroja, la inevitable invasión de la URSS, en busca del ansiado *lebensraum*, el "espacio vital" que, según los nazis, Alemania necesitaba para desarrollarse.

Una operación demasiado ambiciosa

Dentro de los presupuestos iniciales de Barbarroja, se habían señalado dos operaciones conducentes a la captura de Moscú, la Operación Tifón y la nunca llevada a cabo Operación Wotan. La primera comprendía tres ataques separados, uno contra el Frente de Kalinin para cortar la línea de ferrocarril Moscú-Leningrado –la actual San Petersburgo, que estaba sitiada pero resistía el empuje germano–, un ataque por el sur de la capital contra el Frente Occidental y una tercera fuerza que asaltaría frontalmente Moscú, partiendo desde el oeste. La estrategia ofensiva consistía en el empleo de dos ejércitos en un movimiento de pinza que sería ejecutado por el III Grupo Panzer del general Hoth y el IV Grupo Panzer, mandado por Hoepner, encargados del ataque por el norte de Moscú, mientras el II Grupo Panzer, bajo las órdenes del general Guderian, se dirigiría al sur del *óblast* (distrito) de Moscú para atacar el frente occidental soviético, al sur de Tula. El tercer brazo, destinado directamente a la entrada en la capital, sería el IV Ejército del general Kübler, que avanzaba desde el oeste.

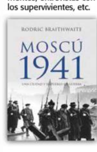
El ataque contra la URSS había sido planificado para iniciarse en el verano, confiando en tener tiempo suficiente para lograr sus objetivos antes de la llegada de las lluvias de otoño con la temible *rasputitsa*, fenómeno que convertía cada año el terreno en un impenetrable mar de lodo en el que desaparecían los caminos no pavimentados y el terreno se volvía impracticable para hombres y vehículos, incluidos los de tracción animal, e incluso para las orugas de los carros de combate. Pero a pesar de los enormes éxitos iniciales en los que el Ejército Rojo sufrió cientos de miles de bajas humanas, la pérdida de decenas de miles de cañones, vehículos y tanques y varios millares de aviones, y la captura por embolsamiento de unos dos millones de hombres, al iniciarse la operación contra Moscú ya existían señales que debían haber alertado a los generales alemanes; entre otras, el rápido deterioro de la cadena de suministros y la nula existencia de fuerzas de reserva capaces de afrontar posibles contingencias. A ello debería añadirse que la ofensiva sobre la capital se inició ya en otoño, con hombres y material ➤



FOTO: GETTY IMAGES

Rodeando la capital roja. Hitler quería apoderarse de Moscú porque significaría el triunfo del nacionalsocialismo sobre los "judeobolcheviques". Aquí, un panzer y soldados de infantería tomando posiciones en 1941.

LIBRO
Moscú 1941
Rodric Braithwaite, Crítica, 2010. Subtitulado "Una ciudad y su pueblo en guerra", reconstruye la decisiva batalla de Moscú a partir de documentos, entrevistas con los supervivientes, etc.



equipados solo para el verano. La meteorología había sido excelente hasta entonces, pero nadie en su sano juicio podía esperar que la bonanza se prolongara mucho más.

Había otras señales: la resistencia soviética se había ido endureciendo, hasta el extremo de que no habían podido ser tomadas Leningrado ni la fortaleza de Sebastopol, en Crimea. Y aunque terminaría en fracaso, el Ejército Rojo había sido capaz incluso de lanzar una contraofensiva, el 30 de agosto, cuando las tropas de Yeremenko atacaron el flanco de Guderian. Peor augurio era la creciente actividad de los partisanos y grupos de soldados evadidos de los cercos, en la retaguardia de los territorios ocupados. Pero más importante era que hasta entonces ningún ejército acorazado había desplazado sus fuerzas a tanta distancia de manera continuada. Ninguna campaña de la *blitzkrieg*, la guerra relámpago, se había prolongado más de un mes, pero esta vez los tanques alemanes llevaban más de tres meses avanzando sin un respiro, ni mecánico ni humano y los primeros signos de agotamiento de hombres y de máquinas no tardarían en aparecer.


Aliados estratégicos. Más tarde feroces enemigos, en septiembre de 1941 EUA, Reino Unido y la URSS todavía estaban unidos frente al peligro común del nazismo. En esta imagen tomada en Moscú por esas fechas, el primer ministro inglés Churchill y el diplomático estadounidense Harriman, en representación de Roosevelt, conversan con Stalin.

El tifón se desencadena

El 30 de septiembre, mientras Stalin se reunía en el Kremlin con Harriman y Beaverbrook para acordar la ayuda a la URSS, los carros del II Grupo Panzer comenzaban el ataque, sorprendiendo a los soviéticos y avanzando 60 km en un día. Dos días más tarde se lanzó el ataque principal, mientras los carros de Guderian rompían la línea del 13° Ejército soviético para apoderarse de Orel el día seis y, desde allí, girar hacia el norte, unirse a las fuerzas de Hoepner en Briansk y cortar la carretera Briansk-Orel para atrapar a las fuerzas de Yeremenko, cuya ofensiva se convirtió en una ratonera, al negarle la Stavka (el Estado Mayor Supremo del Ejército Rojo) permiso para escapar.

Ese mismo día, Hoth combatía en Viazma, que cayó en su poder un día después, completando la primera fase de la operación con la captura de ingentes cantidades de prisioneros (probablemente más de 500.000 hombres) y su material. Yeremenko y Timoshenko, los generales acorralados, lograron escapar dejando a sus hombres detrás.

El día cinco, el reconocimiento aéreo encontró a las fuerzas acorazadas alemanas en Spas-Demensk, 300 kilómetros al oeste de Moscú. A ese ritmo, Guderian tardaría menos de cuatro días en estar a las puertas. El gobierno soviético comenzó a quemar documentos secretos y se dispuso a evacuar la capital. Incluso la momia de Lenin fue preparada para la huida. Stalin decidió, sin embargo, permanecer en el Kremlin. La noche del 6 de octubre nevó por primera vez y a la mañana siguiente la nieve se había derretido, dando lugar a la temida rasputitsa: el paisaje se transformó en un mar de lodo. Era el momento de recordar que, en su precipitación y prepotencia, el OKH (*Oberkommando des Heeres*, el Alto Mando del Ejército) no había previsto el equipamiento invernal de sus fuerzas. Guderian, al inquirir cuándo se recibiría, tuvo por respuesta un lacónico "a su debido tiempo" y que no volviera a molestar más con el asunto.

El fango impidió la siguiente fase de la operación, que habría consistido en una persecución hasta Moscú, donde realmente no había ningún ejército que pudiera defenderla. Pero un hecho tan providencial quizá e igualmente decisivo, que no fue producto del azar, se produjo el día 10: Timoshenko fue relevado del mando y sustituido por Zhúkov. Un hecho que los alemanes, en ese momento, no supieron calibrar fue que se trataba, pensaban, de un general más al cual derro-

Sorge, el espía decisivo

El doctor en Ciencias Políticas Richard Sorge, ciudadano alemán nacido en Bakú, Azerbaiyán, en 1895, y conocido con el nombre en clave de Ramsay, era un veterano del ejército alemán en la Primera Guerra Mundial, condecorado con la Cruz de Hierro y convencido socialista. Sorge, tras una estancia en China, se instaló como periodista en Japón en 1933, fecha del ascenso al poder de Adolf Hitler, y allí organizó una muy eficaz red de espionaje al servicio del NKVD. Entre sus muchas hazañas figuró el aviso de la inminente invasión alemana a la Unión Soviética en 1941, informe que fue desoído por Stalin. Más importante fue la información de que Japón no estaba interesado en Siberia y no se uniría al ataque alemán.

Héroe de la URSS. Eso permitió a Stalin enviar al frente de Moscú tropas siberianas, que participaron en las últimas acciones defensivas y en la posterior contraofensiva que alejó el peligro de la capital. Capturado poco después, fue ejecutado por los japoneses el 7 de noviembre de 1944, aniversario de la Revolución soviética. Sus últimas palabras fueron: "¡Viva el Ejército Rojo!". En esa misma fecha, 20 años más tarde, sería declarado Héroe de la URSS.

Richard Sorge.

FOTOS: GETTY IMAGES



tar, y además con muchos menos efectivos que los anteriores. No podían estar más equivocados.

Estrategia defensiva

Zhúkov reorganizó las fuerzas disponibles, aunque en total los ejércitos V, XVI, XLIII y XLIV no reunían más de 90.000 soldados, absolutamente insuficientes para establecer una línea defensiva continua, así que decidió establecer ejes defensivos principales en las direcciones previstas del avance enemigo, Volokolamsk, Istra, Mozhaisk, Maloyaroslavets y Podolsk-Kaluga, concentrando en ellos el grueso de la artillería y de las defensas antitanque. El día 12, la Stavka reconocía que "dos divisiones Panzer y una de infantería motorizada, así como al menos tres divisiones de infantería", avanzaban en dirección a Kalinin (hoy Tver), 170 km al noroeste de la capital, y envió refuerzos extraídos de los cada vez más escasos recursos. El eje de Volokolamsk estaba completamente desguarnecido y allí se envió también una división. Por su parte, las fuerzas sitiadas en Viazma jugaron un papel importante al resistir con firmeza, retrasando al grueso del enemigo en unos días críticos que permitieron organizar la defensa en la línea de Mozhaisk, 110 km al oeste de la capital, en la vía a Smolensk. El día 13 la embestida alemana se apoderó de Kaluga, trabándose encarnizados combates en todos los ejes de avance.

Comienza el ataque

Detrás de ese primer escalón defensivo, Moscú entero se dispuso a resistir. El día 15, los diplomáticos acreditados abandonaron Moscú y las obras de arte y otras propiedades valiosas fueron evacuadas. Para evitar la propagación del pánico, que ya había producido motines e intentos de saqueos, el 19 se promulgó la ley marcial y varios regimientos de la NKVD se encargaron de establecer el orden fusilando a "saqueadores, alarmistas y desertores". Ese mismo día, fueron creados 25 compañías y batallones independientes de obreros, con 12.000 hombres cada uno, mientras otros 100.000 se entrenaban militarmente en sus horas libres y se encuadraban luego en unidades de combate. Las mujeres se preparaban como enfermeras y camilleras. Más de 500.000 civiles, en su mayoría mujeres, trabajaron sin descanso en las defensas en torno a su ciudad, construyendo casi 1.500 emplazamientos artilleros y nidos de ametralladoras, 160 km de zanjas antitanque, más de 110 km de alambradas y un incontable número de obstáculos y campos minados, en los que se colocaron cargas explosivas para crear tropiezos insalvables si se llegaba al combate

El ataque a la URSS había sido planificado para iniciarse en el verano y concluir antes de que el clima se volviera en contra de los invasores.

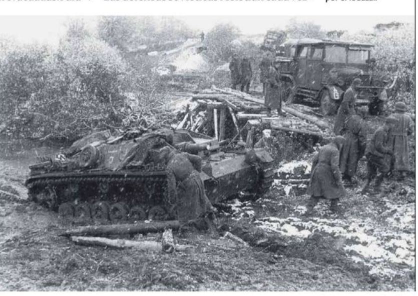
urbano. El barro que dificultaba el avance alemán también obstaculizó esos trabajos y los movimientos de las tropas soviéticas: la rasputitsa no hacía distingos entre unos y otros.

Los flancos contuvieron inicialmente los avances de Hoth y de Guderian, dejando a Hoepner en la tesitura de dejar sus flancos expuestos si continuaba su avance en el centro, con riesgo de verse acorralado. El 14 de octubre, sin embargo, Hoth se apoderó de Kalinin, la bisagra en el flanco norte como Tula lo era en el flanco sur, donde el barro hacía perder a Guderian un tiempo importantísimo.

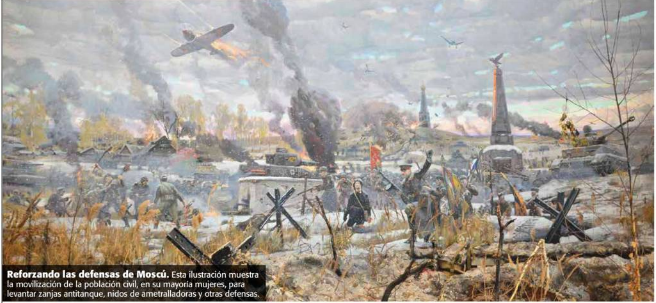
Pero fue en el centro donde apareció una amenaza inesperada. En Borodino, a 150 km de Moscú –en el mismo campo de batalla napoleónico de 1812–, los soviéticos empezaron a utilizar sus temibles T-34 en formaciones masivas, en lugar de aisladamente o en pequeñas unidades como hasta entonces. Aunque se consiguió rechazarlos, resultaba evidente que el Ejército Rojo comenzaba a aprender cómo utilizar sus armas más poderosas. Algo más al sur, los alemanes rompieron las defensas en Kaluga, y el 29 de octubre los elementos de vanguardia de Guderian estaban a tres kilómetros de Tula. Y las tropas siberianas –Stalin las mantuvo en el frente oriental hasta estar seguro de que Japón no lo atacaría– aún no llegaban.

Las defensas soviéticas resistían cada vez

Atrapados en la *rasputitsa*. Las lluvias de otoño trajeron este temible fenómeno meteorológico al campo de batalla, convirtiéndolo en un infernal mar de fango y nieve. En la imagen de abajo, tropas alemanas se baten en retirada de Moscú arrastrando como pueden sus vehículos por el lodazal.



FOTOS: GETTY IMAGES; BUNDESARCHIVE


Reforzando las defensas de Moscú. Esta ilustración muestra la movilización de la población civil, en su mayoría mujeres, para levantar zanjas antitanque, nidos de ametralladoras y otras defensas.

con mayor ferocidad e inmovilizaron al II Grupo Panzer, que además no solo había agotado sus recursos, sino que se veía imposibilitado de recibir suministros en las cantidades necesarias, a causa del barro y la acción de los partisanos, viéndose obligado por ello a ahorrar combustible y municiones en los días siguientes. Pero si el "general barro" había hostigado a los invasores, la noche del 6 de noviembre haría su aparición un nuevo (no por inesperado) enemigo, el "general invierno".

Los generales le plantearon a Hitler la opción de invernar, pero él ordenó arrasar Moscú.

Pronto la temperatura bajó a -7 y -10 °C, y más tarde, semanas después, llegaría a los -42 °C. La reacción inicial alemana fue de alegría; el suelo, helado, ya no sería un obstáculo para el avance. Sin embargo, ni las ropas ni los equipos invernales habían llegado ni parecía que fueran a hacerlo.

"Moscú debe desaparecer"

En Moscú, a pesar del peligro de los bombardeos alemanes, se celebró el tradicional desfile militar del 7 de noviembre que conmemoraba la Revolución de octubre, bajo la protección de todas las baterías antiaéreas disponibles. Las tropas, tras desfilar por la Plaza Roja, marcharon directamente al campo de batalla. Algunos de los carros T-34 que participaron salían directamente de las fábricas moscovitas, donde la producción se había acelerado hasta el extremo de que muchos de ellos entraron en combate sin siquiera acabar de ser pintados.

Mientras, en el cuartel general de Adolf Hitler se tenía que tomar una decisión, a la vista de que ya era invierno y Moscú no había caído. Los generales en el frente planteaban dos posibilidades: continuar el avance o retroceder y establecer posiciones más consolidadas para invernar. El resto de los frentes en el este estaban en esos momentos paralizados. Hitler decidió que Moscú debía ser destruida por completo, como símbolo de la derrota del comunismo. No se aceptaría la capitulación y sus habitantes, bombardeados, se verían obligados a morir o a huir. Incluso añadió instrucciones para dinamitar el Kremlin. Cambió también los planes de ataque, Guderian tomaría Tula y después Gorky, a 400 km de la retaguardia moscovita. Luego, debería girar hacia abajo, formando un brazo de la pinza, y Hoepner subiría desde el centro. El ataque se iniciaría el 19 de noviembre, siendo el IV Ejército de Von Kluge el encargado de la operación.

La contraofensiva soviética

Los soviéticos lanzaron todo lo disponible a la defensa, sabiendo que si conseguían mantenerse podrían recuperarse, y que si perdían la capital, todo estaría perdido. Incluso se produjeron cargas de caballería, al viejo estilo de los días de la Revolución. El enemigo, sin embargo, consiguió avistar los rojos tejados moscovitas y una partida de zapadores llegó hasta los arra-

Zhúkov, el héroe salvador


Fotografía tomada después de la batalla de Jaljin Gol contra los japoneses (1939). Vemos a Zhúkov a la derecha.

Hijo de campesinos, suboficial de caballería zarista, héroe condecorado de la Primera Guerra Mundial y miembro del Partido Bolchevique durante la Guerra Civil rusa, venció a los japoneses en 1939 durante la batalla de Jaljin Gol y fue el artífice de la defensa inicial de Leningrado. Reclamado para defender Moscú, su insistencia en la contraofensiva lo llevaría más tarde de victoria en victoria: Moscú, Stalingrado, Leningrado, Kursk y la grandiosa Operación Bagration hasta Berlín, ciudad que caería en sus manos tan solo cuatro años después. Sus tácticas agresivas, aprendidas del recién purgado mariscal Mijaíl Tujachevski y denominadas "batalla profunda", se basaron, ya desde los días del conflicto de Mongolia contra Japón, en la acumulación de reservas y el empleo de columnas acorazadas en amplias maniobras de flanqueo en pinza, una suerte perfeccionada de "guerra relámpago" que fue ignorada en Occidente. Enemigo acérrimo de las defensas estáticas, llegó incluso a criticar abiertamente a Stalin tras la invasión por su negativa a retirar ordenadamente las tropas antes de ser acorraladas.

FOTOS: GETTY IMAGES; EFE/ ZUMA PRESS

T-34, un hueso duro de roer

Aunque no era una máquina sofisticada como los afamados panzer alemanes y estaba, sobre todo en las fases más críticas del conflicto, toscamente fabricado, el carro de combate T-34 fue una desagradable sorpresa para la Wehrmacht: ágil, poderosamente armado y mejor protegido, puso en jaque a las mejores máquinas del enemigo, convirtiéndose en una de las claves de la victoria. Aunque inicialmente usado de manera aislada o en pequeñas unidades, fue un arma decisiva para frenar el avance sobre Moscú, especialmente cuando empezó a ser agrupado en unidades mayores coordinadas con la infantería, que cabalgaba sobre su coraza, asida a los guardamanos especialmente diseñados para ello.

Copiado por el enemigo. Ni la nieve ni el temible fangal de la rasputitsa eran obstáculos para sus cadenas de más de 48 cm de ancho, y su potente cañón de 76 mm era eficaz contra todos los modelos iniciales de carros alemanes. Su impacto sobre los carristas germanos fue tal que estuvo a punto de ser copiado para su fabricación, y el diseño del mejor de sus enemigos, el Panzer V Panther, estaba claramente inspirado en él.



Dos T-34 soviéticos en pleno avance durante la Segunda Guerra Mundial.

Los alemanes perdieron en Moscú 1.300 tanques, más de 15.000 vehículos, 2.500 cañones y medio millón de hombres.

bales, a escasos 16 km del centro. Guderian, no obstante, no pudo tomar Tula, que había rodeado por tres lados. El desgaste de sus fuerzas por la tenaz resistencia enemiga y las bajísimas temperaturas redujeron algunos de sus batallones a solo 80 hombres. Lo mismo sucedió con el resto. El 4 de diciembre, Von Kluge detuvo el avance del IV Ejército; un día después, Guderian retiró sus fuerzas a posiciones defensivas. Fue la primera vez en la guerra que tal hecho se produjo y sería el último esfuerzo alemán para capturar la capital de la URSS.

Durante noviembre, Zhúkov había ido concentrando refuerzos en Moscú, añadiendo los tres nuevos ejércitos llegados del Lejano Oriente. A principios de diciembre, era obvia la necesidad de evitar que el enemigo consolidara sus posiciones y se reforzara posteriormente para una nueva ofensiva. El 5 de diciembre, Zhúkov lanzó un contraataque masivo en todos los sectores, con tropas siberianas, bien preparadas e instruidas para la guerra invernal, y carros T-34 actuando en masa, coordinados con los extraordinarios y nuevos lanzacohetes *Katyusha*, que enseguida recibieron el apodo de "órganos de Stalin". Con una maniobra en pinzas, fijó el centro del dispositivo alemán, que se encontraba a unos 65 km en el norte y a más de 160 en el flanco sur, y rompió las delgadas líneas alemanas. El 7 de enero, el enemigo había sido obligado a retroceder de 100 a 300 km. Tula y Kalinin fueron liberadas, aunque Viazma continuó en manos del enemigo. La batalla de Moscú había concluido con una victoria costosa, pero absolutamente decisiva.

Del desfile al frente. En 1941, tras el tradicional homenaje del 7 de noviembre a la Revolución (abajo), las tropas soviéticas que desfilaron en la Plaza Roja protegidas por las baterías antiaéreas marcharon directo al campo de batalla en las afueras de Moscú.

FOTOS: GETTY IMAGES



Balance de bajas

En conjunto, los alemanes perdieron en toda la zona de Moscú más de 500.000 hombres, 1.300 tanques, 2.500 cañones, más de 15.000 vehículos y gran cantidad de equipo y vituallas. Por su parte, el Ejército Rojo había sufrido 700.000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos durante la fase defensiva y la posterior contraofensiva. El frente, en pocos días, se estabilizó, pero "el podrido edificio" había resistido y todo lo que Hitler emprendiera a partir de entonces no haría más que retrasar por un breve tiempo el inevitable final del supuesto "Reich de los Mil Años".

La batalla crucial entre la URSS y Alemania

Stalingrado: la Wehrmacht queda atrapada

De agosto de 1942 a febrero de 1943, el Ejército Rojo y las tropas alemanas libraron un combate sin cuartel en la ciudad bautizada con el nombre del dictador soviético. Fue el punto de inflexión de la contienda. Por Jesús Hernández

La batalla más famosa de la Segunda Guerra Mundial es, sin duda, la de Stalingrado. Esta ciudad rusa (hoy, Volgogrado) que se extiende a lo largo de la orilla occidental del Volga fue el escenario del duelo decisivo entre los colosos germano y soviético. Aunque Stalingrado era un importante nudo de comunicaciones y poseía una destacada industria militar, su valor pasaría a ser simbólico, pues se convirtió en un trofeo que ninguno de los líderes enfrentados, Hitler y Stalin, estaba dispuesto a ceder al otro.

En la primavera de 1942, nada anunciaba el dramático episodio que allí iba a vivirse en apenas unos meses. Tras el fracaso invernal a las puertas de Moscú, el panorama se presentaba despejado y favorable para el ejército alemán. Hitler, renunciando a un segundo intento de capturar la capital rusa y desdeñando así la opinión de sus generales, había decidido que la campaña de verano consistiría en avanzar hacia el Cáucaso, con el objetivo puesto en sus pozos de petróleo.

El error inicial de Hitler

El primer obstáculo, la fortaleza de Sebastopol, considerada inexpugnable, cayó el 3 de julio, lo que supuso un prometedor inicio de esa nueva campaña. El camino aparecía relativamente expedito, ya que Stalin había concentrado sus fuerzas en la defensa de Moscú, pero Hitler cometió un error. El plan original era, en primer lugar, tomar Stalingrado y después girar hacia el sur para ocupar el Cáucaso. Sin embargo, el Führer decidió dividir sus fuerzas: una parte avanzaría hacia la ciudad del Volga y otra en dirección sur.

Las tropas alemanas se vieron incapaces de progresar en el sur a través de las abruptas y bien defendidas montañas del Cáucaso, lo que enfureció a Hitler, quien tomó en sus manos el mando de las operaciones. En cambio, del frente de Stalingrado llegaban mejores noticias: el 1 de septiembre de 1942, las fuerzas del VI Ejército, dirigidas por el general Friedrich Paulus, irrumpían en los suburbios de la ciudad. Unos mil aviones se encargaban de martillear los puntos de resistencia soviéticos, así como los intentos de Stalin de enviar refuerzos atravesando el Volga.

A mediados de septiembre, Stalingrado parecía a punto de caer en manos germanas. Mientras, en Alemania se estaban preparando los festejos para celebrar el triunfo. Hitler, en un discurso ante un enfervorizado auditorio, anunciaba que la toma de la ciudad era inminente y se mofaba de los que mostraban impaciencia por ver a Stalingrado rendida, asegurando que lo importante era que la ciudad estaba totalmente rodeada y que se había cortado el tráfico fluvial por el Volga.

La guerra de ratas

En esos momentos, la situación era desesperada para los soviéticos, quienes apenas contaban en la orilla occidental con 20.000 hombres. Muchos oficiales pensaban más en cómo ponerse a salvo atravesando el río que en resistir. Pero Stalin no estaba de ningún modo dispuesto a perder a manos de Hitler la ciudad que llevaba su nombre. Como gesto de firmeza, se ➤

Casa por casa. El general Chuikov planteó una defensa de la ciudad para la que los alemanes no estaban preparados: francotiradores y soldados harían de cada edificio un baluarte inexpugnable, desde el sótano hasta el tejado. Los nazis lo llamaron *Rattenkrieg* (guerra de ratas). En esta recreación, una patrulla alemana rodea el perímetro de una fábrica intentando asaltarla.



La caída de Sebastopol Considerada una fortaleza inexpugnable hasta entonces, esta ciudad rusa fue conquistada por el XI Ejército nazi el 3 de julio de 1942 (en la foto, caballerías alemanas entre las ruinas de la urbe), lo que llevó a Hitler a sentirse confiado en su avance hacia Stalingrado.

mantuvo la orden decretada en julio de no permitir salida de los civiles. Las órdenes de resistir a cualquier precio fueron claras: los que trataran de huir o mostraran cobardía ante el enemigo serían fusilados de inmediato, sin importar el rango. El general Vasili Chuikov, encargado de la defensa de la ciudad, sabía también que respondería con su vida en caso de fracasar en su misión.

Ante la superioridad germana en número de tanques y aviones, Chuikov planteó una lucha para la que los soldados alemanes no estaban preparados. Los soviéticos defenderían cada casa como si fuera el último baluarte, desde el sótano a todas y cada una de las habitaciones. La línea del frente se diluyó entonces completamente. Así, las posiciones estaban tan cerca que la Luftwaffe no podía actuar por miedo a bombardear a sus compatriotas. Además, en ese combate urbano en medio de una ciudad en ruinas, los tanques alemanes tampoco podían desplegarse.

Ese enfrentamiento en medio de escombros y calles destruidas desmoralizaba a los soldados alemanes, acostumbrados a combatir espacios abiertos. Además, en cualquier momento podían ser víctimas de los francotiradores. Para ellos, esa odiosa lucha era una guerra de ratas (*Rattenkrieg*). En cambio, los soviéticos se encontraban muy motivados luchando por defender su propio suelo.

Ante la superioridad germana en tanques y aviones, los rusos forzaron el combate cuerpo a cuerpo.

Se cierra la tenaza

La ansiada noticia de la toma final de Stalingrado se resistía a llegar. Para entonces, la ofensiva sobre el Cáucaso había fracasado, por lo que la captura de la ciudad se convirtió en una obsesión para Hitler, que ordenó paralizar las demás operaciones en el frente ruso y centrarlo todo en ese objetivo.

El 4 de octubre de 1942, Paulus lanzó una virulenta ofensiva que debía ser la definitiva. Se produjo un significativo avance en dirección al río, pero los rusos continuaban manteniéndose con fanática resistencia en la orilla occidental. A consecuencia de ese ataque, diez días después tan solo un pequeño sector seguía en manos de los defensores. Pero a pesar de los insistentes bombardeos de la Luftwaffe, desde la otra orilla del Volga lograban llegar cada vez más transbordadores con soldados y armas para mantener esa última posición. La lucha fue tan feroz que la esperanza de vida de un soldado ruso que acababa de llegar a la zona de combate era de apenas veinticuatro horas. Si alguno trataba de retroceder, era abatido por las ametralladoras de los comisarios políticos. Unos 13.000 rusos caerían de este modo a manos de sus propios compatriotas.

Desesperado ante la tenaz resistencia soviética, y presionado por un Hitler cada vez más encolerizado, Paulus ordenó otro gran ataque el 11 de noviembre que puso en liza todas sus reservas, pero de nuevo fracasaría en su intento de apoderarse de la ciudad, que llegó a ocupar en un noventa por ciento. A las puertas del temible invierno ruso, lo más aconsejable era renunciar a la toma de Stalingrado y emprender una retirada ordenada. Esa decisión se presumía acertada teniendo en cuenta que a principios de noviembre los alemanes habían detectado una concentración masiva de tropas en los flancos del avance sobre la ciudad. La intención soviética era una amplia maniobra de tenaza para cortar el saliente y dejar así aislado al VI Ejército, convirtiendo la ciudad en una gigantesca ratonera. Aun así, los alemanes continuaron tercamente con su intento de apoderarse de Stalingrado, descuidando el refuerzo de los flancos en peligro.

El 19 de noviembre de 1942 los soviéticos

El escenario de la batalla, en la actualidad

Stalingrado es hoy Volgogrado, pero existen sectores ciudadanos que desean recuperar el antiguo nombre para atraer al turismo. El punto de interés más destacado es el túmulo de Mamái, erigido en 1967 sobre un montículo que domina la ciudad, el cual es el mayor monumento del mundo dedicado a los muertos de una batalla. Allí se levanta una formidable estatua de 52 metros de altura que representa a una joven enarbolando una espada en actitud guerrera; una alegoría de la "Madre Patria". Debido a su enorme peso no fue necesario asegurarla al suelo, pues se mantiene en equilibrio por sí misma. Para llegar a los pies de la estatua es necesario subir doscientos escalones, uno por cada día que duraron las hostilidades.

Restos de feroces combates. El principal vestigio de la batalla es el edificio del Molino, que muestra el mismo aspecto que tenía en el momento en que finalizaron los combates. El turista puede visitar también el Museo de la Defensa, en el que se exponen armas, fotos y mapas, así como una espectacular maqueta de Stalingrado en ruinas. En los jardines de Komsomol existen aún túneles usados por los soviéticos, aunque no están abiertos al público. El edificio en el que se instaló el cuartel general alemán acoge hoy el Museo de la Rendición. Hay otros vestigios, como las fábricas que fueron el escenario de feroces combates: tanto la Octubre Rojo como la Barricada no están abiertas al público, pero la fábrica de tractores sí y permite visitas a un pequeño museo en el interior del edificio.

Este relieve en la entrada al recinto del túmulo de Mamái, en Volgogrado, recuerda a los rusos caídos en la batalla de Stalingrado.

FOTOS: GETTY IMAGES; ISTOCK

Atrapados en el infierno. En un inicio Stalingrado parecía un objetivo fácil para los alemanes, que la bombardearon incesantemente con un millar de aviones. A mediados de septiembre de 1942 estuvo a punto de caer, pero Stalin ordenó resistir a toda costa y le dio la vuelta a la situación.

lanzaron la Operación Urano, atacando dicho saliente en los sectores defendidos por las débiles tropas rumanas, que nada pudieron hacer para frenar las oleadas de soldados enemigos. Cuatro días después, los rusos procedentes del norte y del sur se encontraron. La tenaza se había cerrado, lo que significaba que los 300.000 alemanes que luchaban en la ciudad habían quedado cercados.

Un puente aéreo directo al fracaso

Ante la terrible perspectiva de perder al VI Ejército, Hitler se dejó convencer por sus generales de que lo mejor era abandonar Stalingrado y abrirse paso forzando la apertura de la tenaza, que todavía no estaba consolidada. Pero el jefe de la Luftwaffe, el mariscal Hermann Göring, aseguró imprudentemente al Führer que su fuerza aérea sería capaz de abastecer a los hombres de Paulus estableciendo un puente aéreo, tal como había hecho con éxito ocho meses atrás en la llamada Bolsa de Demyansk. Hitler aceptó la propuesta de Göring, un nuevo e irreparable error que supondría a la postre la condena del VI Ejército alemán.

Paulus debía resistir hasta que llegaran las fuerzas de socorro, pero muy pronto se vio que la Luftwaffe iba a ser incapaz de abastecer al VI Ejército tal como Göring había prometido. Apenas una séptima parte de los abastecimientos necesarios llegaba diariamente a Stalingrado, y muchos días no llegaba nada en absoluto, cuando los aviones no podían despegar a causa del mal tiempo. A eso había que sumar la acción de la aviación rusa y de los cañones antiaéreos: medio millar de aparatos de transporte alemanes fueron derribados en total durante ese periodo.

Conforme bajaban las temperaturas, los soldados germanos se iban desmoralizando cada vez más. Los heridos morían en la pista de aterrizaje en espera de ser evacuados, mientras los oficiales subían a los aviones buscando la seguridad de la retaguardia. Aun así, la mayoría seguía confiando en la promesa del Führer, realizada el 26 de noviembre, de que serían rescatados.

El 12 de diciembre de 1942, el mariscal Erich von Manstein puso en marcha la operación para liberar el cerco de Stalingrado, ordenando para ello el avance de una punta de lanza dirigida por el general Hermann Hoth. Manstein contaba con que las unidades móviles del VI Ejército iniciaran a su vez el avance hacia el oeste, para encontrarse así con las tropas de Hoth y establecer el pasillo por el que escaparía el grueso de las tropas. Pero Hitler negó tajantemente esa posibilidad, ya que no quería abandonar una posición conquistada a tan alto precio. Al pusilánime Paulus no le pasó por la cabeza desobedecer al Führer e intentar abrirse paso al mismo tiempo que se acercaban las fuerzas de rescate, lo que hubiera concedido al VI Ejército alguna posibilidad de ponerse a salvo.

Las tropas de Hoth, haciendo un esfuerzo titánico, llegaron en su avance a solo 45 kilómetros de Stalingrado. Los soldados cercados escucharon en la lejanía el ruido de los combates, que anunciaba la llegada inminente de sus compatriotas. Pero la pérdida de centenares de tanques y el temor a sufrir un embolsamiento aún mayor llevó a Manstein, muy a su pesar, a ordenar la retirada. El VI Ejército quedaba definitivamente abandonado a su suerte.

Hasta la última bala

Las muertes por hambre y frío entre los soldados se recrudecieron; solo en el día de Navidad fueron unas 1.300. Los hombres debían subsistir con apenas sesenta gramos de pan diarios. Las noticias que llegaban a Alemania de lo que estaba sucediendo en Stalingrado eran cada vez más pesimistas. Aunque en la prensa y en los noticiarios no se hablaba de las terribles condiciones que estaban pade-

FOTO: GETTY IMAGES

LIBRO

Victorias frustradas

Erich von Manstein. Books4pocket, 2007. Estas memorias de guerra del mariscal de campo alemán recorren sus acciones al frente de un cuerpo del ejército durante la invasión de la URSS.



Záitsev-König: ¿un duelo real?

La película *Enemigo al acecho* (Jean-Jacques Annaud, 2001), basada en la novela del mismo título, relata la historia del enfrentamiento en Stalingrado entre dos francotiradores, el ruso Vasili Záitsev (Jude Law) y el alemán Erwin König (Ed Harris).

Záitsev (1915-1991) logró abatir a un mínimo de 149 enemigos –en sus memorias afirma que fueron 242– y su nombre adquirió tintes míticos durante la batalla, lo que sería explotado por la propaganda soviética. Para acabar con él, los alemanes recurrieron a su mejor especialista, el director de la escuela de francotiradores de las SS en Zossen, el SS-Standartenführer Heinz Thorvald, quien se trasladó a Stalingrado con el seudónimo de Erwin König. Durante tres días, ambos permanecieron agazapados entre las ruinas de la fábrica Octubre Rojo a la espera de que el otro cometiera un error, hasta que el alemán cayó en una treta urdida por el ruso y delató su posición. Záitsev le asestó un disparo en la cabeza, ganando así el duelo. Como trofeo, se quedó con su mira telescópica, que hoy se expone en el Museo de la Guerra de Moscú.

Una ficción dada por cierta. Sin embargo, nunca existió el supuesto coronel König y ni siquiera había una escuela de francotiradores en Zossen. Al parecer, fue un prisionero alemán el que dijo eso a sus interrogadores. A partir de ahí, la historia fue tomada como cierta por los soviéticos y utilizada por la propaganda. La novela y la película harían el resto, logrando que ese duelo Záitsev-König fuera considerado un hecho real pese a que nunca tuvo lugar.


Sobre estas líneas. un fotograma de la película *Enemigo al acecho* (Jean- Jacques Annaud, 2001), con Jude Law en el papel del francotirador ruso Vasili Záitsev, aquí a punto de disparar

ciendo las tropas, las cartas que recibían sus familias eran suficientemente explícitas al respecto. El boca a boca extendió por toda Alemania los detalles del drama que allí se estaba viviendo, aunque todavía se confiaba en un milagro de última hora.

Ante el sinsentido absoluto que suponía seguir resistiendo en semejantes condiciones, el 9 de enero de 1943 los soviéticos ofrecieron a Paulus aceptar su rendición, una oferta que fue rechazada. A pesar de las temperaturas gélidas y la falta de comida y de munición, el VI Ejército seguiría combatiendo.

El Ejército Rojo lanzó entonces una gran ofensiva. El 21 de enero, los alemanes perdieron la única pista de aterrizaje que les quedaba operativa; el VI Ejército había sido también aislado por aire. Ya ni siquiera era posible recibir las cartas que llegaban a manos de los soldados y que contenían el aliento de sus familias, lo único que les daba fuerzas para seguir luchando.

El 25 de enero, las fuerzas germanas fueron partidas en dos. No quedaba otro remedio que aceptar la rendición, pero Hitler deseaba un último y cruel sacrificio para componer una escena propia de las óperas wagnerianas que lo inspiraban: se ordenó a las tropas combatir hasta el último hombre y la última bala. Para asegurarse de que Friedrich Paulus lucharía hasta el final, el 30 de enero lo nombró mariscal de campo, ya que nunca en la historia un mariscal germano se había rendido; por lo tanto, ese ascenso era en realidad más una condena a muerte que una recompensa por sus servicios. Pero Paulus, con lucidez, prefirió ser un cobarde vivo que un valiente muerto y al día siguiente se rindió a los rusos.

Las armas no callarían hasta el 3 de febrero de 1943, cuando se rindieron los soldados alemanes que combatían heroicamente en la fábrica de tractores del norte de la ciudad. Ese día, un comunicado oficial del cuartel general de Hitler anunció "el fin de la batalla de Stalingrado". De los 90.000 hombres capturados por los rusos y enviados a campos de trabajo, tan solo 5.000 regresarían a sus hogares, y eso sería mucho tiempo después, ya en la década de los cincuenta.


Inmolarse por orden del Führer. En Stalingrado, Hitler, por no perder posiciones, mandó a un desastre seguro al VI Ejército. Aquí, soldados de la Wehrmacht muertos en combate junto a sus tanques, en 1942.

Conmoción en Alemania

La noticia de la pérdida del VI Ejército supuso un auténtico shock para la población alemana. La tragedia de Stalingrado sería, sin duda alguna, la emoción mayor que experimentarían los alemanes durante

FOTOS: PARAMOUNT PICTURES; HISTORY.DWNEWS.COM

Al fin, la rendición. Pese a que Hitler lo nombró mariscal de campo el 30 de enero de 1943 para forzarlo a no rendirse, el general Paulus lo hizo al día siguiente, el 31. Los 90.000 alemanes supervivientes (arriba) fueron enviados a campos de trabajo en la URSS, solo 5.000 regresaron.

Los soviéticos pagaron un altísimo precio por la victoria: más de un millón de bajas y grandes pérdidas materiales.

LIBRO

Memorias de un francotirador en Stalingrado

Vasili Záitsev. Crítica, 2014. El excepcional tirador, personaje fundamental del bando soviético en la batalla de Stalingrado, dejó este relato personal de su experiencia.



la guerra. Ninguna victoria ni derrota alcanzaría tan profundamente el ánimo de los alemanes, pues entendieron que el destino les había dado la espalda. Aunque pocos se atrevían a expresarlo en voz alta, intuían que se iniciaba un reflujo cuyas aguas ensangrentadas terminarían anegando las calles de Berlín.

El ministro de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, comprendiendo que era inútil disimular la magnitud del desastre militar, trató de extraer de él alguna utilidad. Así, aprovechó el efecto de la tragedia para agilizar al pueblo alemán en torno a ese drama, haciendo un llamado a la guerra total. Los diarios alemanes aparecieron con una orla de luto, se declararon tres días de duelo en honor de los muertos de Stalingrado y los lugares de ocio, incluidos cines y teatros, permanecieron cerrados.

Además, como un insólito gesto de solidaridad para con los derrotados, en el cuartel general del Führer se decidió que durante los días de luto se prescindiese de la copa de coñac francés que los comensales solían tomar después de las comidas.

¿Fue tan determinante y significativo este episodio de la guerra como se ha dicho? Desde un punto de vista objetivo, y a pesar de la incuestionable gravedad de la derrota, la batalla de Stalingrado no supuso el desastre militar decisivo con que ha sido siempre identificada, tanto por la historiografía como por la visión popular del conflicto. Aunque las fuerzas del Eje habían sufrido más de 800.000 bajas en la campaña y perdido 900 aviones y 500 tanques, todavía conservaban en suelo ruso una fuerza colosal. Por su parte, los soviéticos habían pagado un altísimo precio por la victoria, con más de un millón de bajas e importantes pérdidas materiales.

El punto de inflexión del conflicto bélico

Tras la pérdida del VI Ejército, las restantes fuerzas germanas supieron replegarse con rapidez y eficacia, gracias a la hábil dirección de Von Manstein. Los soviéticos, que deseaban aprovechar el impulso de su victoria para progresar hacia el oeste, se vieron obligados a detener su avance e incluso tuvieron que aceptar la pérdida de la importante plaza de Járkov.

Realmente, la suerte de la campaña oriental se jugaría cinco meses más tarde, en la batalla por el saliente de Kursk. Allí la Wehrmacht tomó la iniciativa por última vez en el frente del este, logrando reunir cerca de 800.000 hombres, casi 3.000 tanques –incluyendo los nuevos *Tiger* y *Panther*, dotados de los últimos avances tecnológicos– y más de 2.000 aviones. Fiel a su mentalidad de jugador, Hitler apostaría allí el todo por el todo. El fracaso en Kursk supuso el cambio definitivo de sentido hacia la pérdida en la invasión alemana de Rusia.

Aun así, Stalingrado fue sin ninguna duda el punto de inflexión en el curso de la guerra. Aquella catastrófica derrota de la Wehrmacht alimentaría no solo el espíritu de resistencia de los soviéticos, sino también el de sus aliados. A orillas del Volga se había encendido la luz que alumbraría el camino a la victoria final.

FOTO: LIVEJOURNAL

Las purgas de Stalin

Terror de Estado

En la década de los años 30 del siglo XX, la Unión Soviética –dirigida con mano de hierro por Stalin– se convirtió en un Estado totalitario en el que la disidencia se castigaba con la tortura y la muerte.

Por José Luis Hernández Garvi

Condiciones infrahumanas. En 1922 el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Stalin, decidió utilizar a los presos del Gulag –acrónimo en ruso de Dirección General de Campos de Trabajo– como mano de obra esclava para explotar los recursos naturales de la región norte, infrautilizada debido a las duras condiciones climáticas. En este fotograma de la película *Camino a la libertad* (Peter Weir, 2010) se representa la huida de presos del terrible gulag siberiano.

FOTO: METEOR PICTURES



Para hacer frente a la anarquía imperante tras los primeros compases de la Revolución Rusa, que ponía en peligro la supervivencia del régimen, Lenin y sus colaboradores más cercanos decidieron crear un organismo que velara por asegurar la continuidad del gobierno bolchevique. Con este objetivo, a fines de 1917 el Consejo de Comisarios del Pueblo aceptó el proyecto presentado por Félix Dzerzhinski para la creación de un cuerpo especial destinado a combatir a los enemigos de la Revolución. Surgió así la Checa, acrónimo en español de Comisión Extraordinaria de Todos los Rusos para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, nombre de la primera policía secreta creada por los bolcheviques.

Dzerzhinski, conocido con el apelativo de "Acorazado Félix", fue puesto al frente de la Checa. En teoría debía cumplir una misión policial de mantenimiento del orden público, pero en la práctica funcionó como un instrumento de represión política. Desde su cúpula se ordenó la persecución, detención y ejecución sistemática de todos los opositores al régimen. Fue entonces cuando se ordenó el derribo de parte de las antiguas murallas que rodeaban la plaza moscovita de Lubianka para la construcción de la siniestra sede de la Checa.

Fanático y despiadado, Dzerzhinski reclutó a su personal operativo entre aquellos matones del partido que hubieran destacado por un belicoso anticapitalismo y su odio hacia los burgueses. Uniformados con chaquetas de piel, vestimenta que los haría funestamente famosos, y equipados con pistolas, ametralladoras y veloces autos, muchos de los agentes de la Checa eran criminales que habían estado en la cárcel cumpliendo penas por delitos comunes, en muchos casos sádicos asesinos ahora con carta blanca para actuar impunemente siguiendo las órdenes de Dzerzhinski.

Al margen de la legalidad

Las *troikas*, nombre que recibieron los tribunales de la Checa, estaban integradas por tres hombres que dictaban sentencias al margen de cualquier control legal, sembrando el terror por todo el país. Aquellos comunistas que se atrevieron a criticar los métodos de los agentes no tardaron en convertirse en víctimas de la represión bajo la acusación genérica de contrarrevolucionarios. Los detenidos que tuvieron más suerte fueron enviados a los primeros campos de concentración. El resto eran fusilados sumariamente, cumpliendo con las consignas dictadas por los colaboradores de Dzerzhinski, partidarios del exterminio en masa de los enemigos del Estado soviético.

En 1923, la Checa fue sustituida por el Directorio Político Unificado del Estado, el OGPU en sus siglas en ruso, organismo dependiente del Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos. Se trataba en realidad de un cambio estético para mejorar la imagen exterior del régimen soviético, pues al frente del OGPU siguieron estando Dzerzhinski y el núcleo duro de la antigua Checa.

A mediados de la década de los veinte, representantes de un sector crítico dentro del Partido Comunista organizaron reuniones no autorizadas en varias ciudades y hasta pequeñas manifestaciones de protesta contra el gobierno, actos que podían ser considerados como los primeros pasos de una oposición balbuciente (que empieza a mostrarse o a desarrollarse) contra el ➤

Miles de opositores fueron enviados a campos de trabajos forzados del Gulag, entidad penitenciaria del Estado soviético.

régimen soviético. Sus representantes suponían un porcentaje muy pequeño dentro de la organización, pero su actividad hizo saltar las alarmas dentro del OGPU.

Terrorífico sistema penitenciario

Cuando algunos destacados disidentes solicitaron el apoyo del movimiento socialdemócrata europeo y de personalidades del mundo de la cultura, el OGPU recibió instrucciones expresas de Stalin, secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética desde 1922, de poner fin a la discrepancia de la mejor forma que sabían. Sus agentes no tardaron en pasar a la acción, deteniendo a miles de opositores que fueron enviados a los campos de trabajo forzado del Gulag, entidad de la que dependía el sistema penitenciario represivo del Estado soviético, donde los directores y los guardias, en muchos casos auténticos psicópatas, se ensañaron con ellos.

Utilizados en muchos casos como chivos expiatorios a los que acusar de la desastrosa situación económica que vivía el país, ningún ingeniero o técnico podía sentirse libre de sospecha ante el celo represivo de los agentes del OGPU. Acusados de sabotaje, miles de ellos fueron enviados a las cárceles o a los campos, dando lugar a una escasez de especialistas que afectó gravemente al sector industrial, hasta el punto de provocar las protestas del Consejo Económico Supremo por la actuación del aparato policial del régimen. En junio de 1931 se decidió dar marcha atrás a la persecución, por orden directa del propio Stalin, interrumpiéndose las ejecuciones sumarias y reduciéndose la duración de las condenas de cárcel que estaban dejando al país sin técnicos calificados.

En 1934 se reorganizó el OGPU, que pasó a denominarse NKVD, acrónimo en ruso de Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Al frente del mismo se nombró a Guénrij Yagoda, que apenas permanecería en el cargo dos años. A pesar de la brevedad de su mandato, Yagoda tuvo tiempo de extender el reinado del terror de su organización por todo el territorio de la Unión Soviética.

A principios de 1934 estaba prevista la celebración del XVII Congreso del Partido Comunista. La oposición a Stalin estaba formada por burócratas encumbrados e integrantes de los órganos de dirección que se mantenían fieles a Trotski. A este sector crítico se unieron algunos antiguos colaboradores de Lenin que llevaban preparándose desde hacía tiempo para apartar al dictador soviético de la cúpula del Kremlin.

Respaldo asegurado

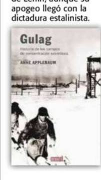
En las vísperas del Congreso empezaron a circular rumores de que una gran parte de los delegados querían sustituir a Stalin por la figura ascendente de Serguéi Kírov, un veterano revolucionario miembro del Politburó y secretario del Comité de Leningrado. Los instigadores de esta campaña eran trotskistas decididos a acabar con el régimen desde dentro. Enterado de los movimientos de los conspiradores a través de la información suministrada por agentes infiltrados, Stalin pasó a la acción tomando por sorpresa a sus rivales políticos mediante una hábil maniobra. En vez de ordenar la detención de los cabecillas de la oposición antes del congreso del partido, decisión que posiblemente hubiera provocado la indignación popular, se procedió al arresto masivo de las bases que los habían apoyado. Con aquella advertencia velada, Stalin se aseguró el respaldo de la mayoría de los delegados, mientras sus críticos eran cesados fulminantemente de sus cargos antes de ser desterrados. En realidad, se trató de un auténtico golpe de Estado con el que se eliminó la posibilidad de una transición pacífica en la cúpula del poder soviético.

A pesar de los turbulentos sucesos que rodearon la celebración del congreso, Kírov seguía siendo un personaje muy popular, tanto en el aparato del partido como entre las masas. En apariencia, contaba con la plena confianza de Stalin, aunque los rumores ofrecían una imagen distinta. El 1 de diciembre de 1934 Kírov fue asesinado a tiros en su despacho del sóviet de Leningrado por Leonid Nikoláev, un hombre tras-

LIBRO

Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos

Anne Applebaum. Debate, 2004. El libro relata el funcionamiento durante más de sesenta años del sistema penitenciario soviético, que tuvo su origen en las prisiones zaristas en Siberia y se desarrolló en la época de Lenin, aunque su apogeo llegó con la dictadura estalinista.





Reorganización de los asuntos internos Tras la formación de la Unión Soviética en 1922, el GPU se transformó en el OGPU (Directorio Político Unificado del Estado), bajo el mando del Consejo de Comisarios del Pueblo. En la foto, Stalin aparece acompañado por agentes secretos del OGPU a finales de los años 20 del siglo pasado.

FOTO: GETTY IMAGES

tornado que había sido detenido anteriormente acusado de vagancia. Para explicar los móviles del crimen surgieron varias teorías conspirativas, polémica que ha llegado hasta nuestros días. Una de las más extendidas afirmó que el asesinato había sido organizado por orden de Stalin, decidido a acabar con un carismático líder político que podía hacerle sombra y al que realmente odiaba.

Eliminación del oponente

Siguiendo oscuras directrices para desviar la atención, sus enemigos se apresuraron a extender la versión de que el verdadero móvil de su asesinato habían sido los celos. Reconocido mujeriego, Kírov habría mantenido una apasionada relación con Milda Draule, esposa de Nikoláev, que herido en su honor habría decidido cometer el crimen. Dejando a un lado cuestiones escabrosas, lo cierto es que cuando se celebró el juicio el acusado se ciñó al guión previsto, declarando que había actuado para provocar un levantamiento subversivo contra el Estado soviético. El 29 de diciembre de 1934 fue declarado culpable y sentenciado a muerte, ejecución que se llevó a cabo esa misma noche con un tiro en la nuca. A Milda Draule y a la madre del asesino se les aplicó la misma pena.

El asesinato de Kírov fue aprovechado por Stalin para soltar a sus perros de presa del NKVD contra el resto de la oposición, dando el disparo de salida a una gran purga contra todos aquellos sospechosos de conspirar contra él. Muchos de ellos fueron juzgados en secreto por la sala militar del Tribunal Supremo, sin derecho a recibir asistencia legal o presentar testigos en su defensa. La mayoría fueron condenados a muerte, denegándoles de antemano cualquier petición de clemencia. El régimen estalinista empezaba a revelar su verdadera cara, convertido en un monstruo que comenzaba a devorar a sus propios hijos. Entre los años 1936 y 1938 se abrieron cinco grandes procesos contra la flor y nata del régimen. Mientras el primero, celebrado en agosto de 1936, se cerró con sentencias de cárcel relativamente leves, el que tuvo lugar en 1937 marcó la pauta de lo que se avecinaba, condenando a muerte a trece líderes del partido, entre ellos al general Muralov. En junio de ese mismo año un tribunal especial militar condenó a muerte por traición a ocho altos mandos del ejército, incluyendo al mariscal Tujachevski, teórico de la guerra relámpago que con tanto éxito aplicarían los alemanes al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Antes de terminar ese verano se condenó y fusiló a otros catorce altos cargos del partido.



Fundador de la Checa. El revolucionario comunista polaco Félix Dzerzhinski fundó la policía secreta bolchevique, la Checa, instrumento de represión durante el Terror Rojo (1918-1922); Checa ha quedado como nombre común de lugar de detención y tortura.

FOTOS: GETTY IMAGES; EFE

Cuestión de gustos

El 26 de enero de 1936 se representó la ópera *Lady Macbeth del distrito de Mtsensk* en el Teatro Bolshói de Moscú. El compositor Dmitri Shostakóvich, autor de la obra, estaba nervioso pero no precisamente por el estreno. Stalin había anunciado su presencia en el palco blindado que tenía reservado y el músico temblaba ante la posibilidad de que su ópera pudiera no gustarle al Zar Rojo, con las consecuencias que eso podía tener. Hasta entonces *Lady Macbeth* había cosechado un gran éxito de crítica y público, pero ya se sabe que sobre gustos no hay nada escrito.

Compositor en peligro. Los peores temores de Shostakóvich se cumplieron cuando al final del tercer acto Stalin se levantó de su butaca y se marchó. Cuando terminó la representación, el compositor bajó al escenario a agradecer los aplausos de un público entusiasmado. Según el testimonio de alguno de sus amigos, "estaba más blanco que una sábana". El 28 de enero el periódico *Pravda*, órgano oficial del Partido Comunista, publicó sin firmar una durísima crítica contra la ópera de Shostakóvich, calificándola de "formalista", término que se aplicaba a las obras "burguesas" bajo influencia de las ideas de Occidente que no reflejaban el heroísmo de la lucha de clases. Ante aquellas acusaciones, la detención de Shostakóvich parecía segura. Todos los que se atrevieron a defenderlo en público pagaron las consecuencias. El escritor Máximo Gorki murió en extrañas circunstancias después del asesinato de su hijo. El director de teatro Vsévolod Meyerhold fue ejecutado y su esposa, la actriz Zinaida Raij, fue asesinada de varias puñaladas en los ojos. Shostakóvich sobrevivió a la purga y más tarde sería elevado a la categoría de héroe cuando estrenó la *Séptima sinfonía*, inspirada en la heroica defensa de Leningrado.



Compuesta por Shostakóvich
La ópera *Lady Macbeth del distrito de Mtsensk* se estrenó en 1934 y tuvo un éxito inmediato, aunque luego estuvo prohibida en la URSS durante 26 años.

Listas negras

En marzo de 1938 tuvo lugar el quinto y último de estos juicios en el que Yagoda, junto a varios de sus hombres de confianza dentro del NKVD, fueron acusados de conspiración contra el gobierno y alta traición, delitos por los que fueron ejecutados. Su puesto fue ocupado por Nikolái Yezhov, un sujeto especialmente desagradable que se ganó el dudoso honor de ser el más cruel de todos los represores durante las grandes purgas estalinistas de los años treinta.

Para demostrar su fidelidad al partido y su obediencia a Stalin, evitando al mismo tiempo que las sospechas pudieran recaer sobre ellos, dirigentes locales y oficiales del NKVD, entre

Con la misma moneda

Después de participar en la Revolución Rusa, Guénrij Yagoda ocupó cargos importantes en el gobierno bolchevique antes de asumir el mando del NKVD. Calificado por algunos como un *bon vivant* que sabía disfrutar de la vida, tenía una mansión en el centro de Moscú con piscina privada a la que invitaba a sus amantes. También le gustaba el juego y comer en restaurantes caros. Ese elevado ritmo de vida exigía grandes sumas de dinero, que conseguía de las cuentas corrientes de las personas a las que detenía y que luego eran ejecutadas. Durante el juicio posterior a su caída en desgracia, gritó suplicando clemencia.



Nikolái Yezhov (a la der.), junto con Viacheslav Mólotov (a la izq.), fue uno de los hombres de confianza de Stalin (en el centro).

Organizador de la gran purga. Nikolái Yezhov, sustituto de Yagoda, era un antiguo aprendiz de sastre que supo abrirse camino hasta alcanzar el control del NKVD bajo la protección directa del propio Stalin. Hombre de inquietante mirada de ojos verdes y de poco más de un metro y medio de estatura, recibió los apodos de "enano venenoso" y "pelota". Considerado el cerebro organizador de la gran purga, los rusos siguen empleando el término *Yezhovshchina*, "el asunto Yezhov", para referirse al periodo de terror que se vivió en la Unión Soviética durante aquellos años. Desbancado por Lavrenti Beria, fue detenido en 1939 bajo la acusación de espionaje en favor de potencias extranjeras y conspiración. Sometido a tortura, terminó confesando todos los cargos y fue fusilado a inicios de 1940.

los que se podría citar a Nikita Jrushchov y Leonid Brézhnev, firmaron largas listas con los nombres de supuestos enemigos del Estado que debían ser fusilados. Cada zona bajo su responsabilidad debía alcanzar unas determinadas cuotas de penas de muerte y muchos de ellos alentaron a los sicarios del NKVD para que redoblaran sus esfuerzos aumentando los arrestos y las ejecuciones en las zonas bajo su jurisdicción. Uno de los más activos fue Jrushchov, miembro en aquel entonces del Comité Central del Partido, que en Ucrania y Moscú alentó la persecución implacable de los disidentes aunque no hubiera pruebas contra ellos. En declaraciones pronunciadas durante las purgas estalinistas, el que llegaría a ser primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética tras la muerte de Stalin afirmó: "Tenemos que pisotear los cadáveres de nuestros enemigos en beneficio del pueblo".

Las relaciones entre el Ejército Rojo y los militares alemanes se remontaban a la segunda mitad de la década de los años veinte. Con sus capacidades operativas y materiales limitadas por las rígidas restricciones impuestas por el Tratado de Versalles tras el final de la Primera Guerra Mundial, el pujante ejército alemán había buscado ayuda en el Este. Oficiales, pilotos y especialistas llegados desde Alemania tuvieron la oportunidad de entrenarse y recibir instrucción sobre tácticas de combate con nuevos aviones, vehículos de combate y uso de armas químicas en campos de maniobras repartidos por la Unión Soviética. Como contrapartida, altos oficiales del Ejército Rojo, entre ellos varios generales, viajaron a Alemania para asistir a cursos impartidos por el Estado Mayor alemán.

En esos años alrededor de la mitad de los mariscales y generales soviéticos del Consejo de Guerra Revolucionario mantuvieron contactos permanentes con el Reichswehr, el ejército alemán, entre ellos Tujachevski, por aquel entonces jefe de Estado Mayor. Estos militares, acogidos calurosamente en sus visitas a Alemania, no dudaron en manifestar su admiración por el crecimiento y la modernización de las fuerzas armadas alemanas sin saber a lo que se exponían. Estas intensas relaciones dieron lugar a la aparición de un sector germanófilo dentro del Ejército Rojo que extendió sus ramificaciones incluso a las filas del NKVD.

Explotación humana. En las zonas más deshabitadas de la Unión Soviética –los Urales y Siberia– se encontraban los campos de trabajos forzados –gulags– para explotar los recursos naturales, sobre todo, la madera (derecha, foto de los prisioneros trabajando en Ozerlag, en 1951; abajo, una chaqueta de un preso del Gulag).

Redadas en los cuarteles

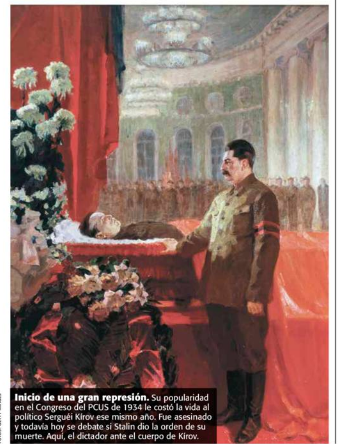
Las cosas cambiaron poco con el ascenso de Hitler al poder. Teniendo en cuenta que a principio de los años 30 varios miles de oficiales procedían del antiguo ejército zarista y que el grueso de las tropas era de origen

FOTOS: GETTY IMAGES; EFE


Exterminio de posibles traidores. Dentro de las filas del Ejército Rojo apareció un sector germanófilo, al que Stalin frenó sirviéndose de la purga. (Foto) Ante el mausoleo de Lenin en Moscú, autoridades del Ejército Rojo en 1935.

rural, grupo que tradicionalmente defendía ideas políticas conservadoras, Stalin contaba con razones más que suficientes para temer que sus más brillantes oficiales pudieran actuar contra él, sirviéndole una purga en bandeja.

Las redadas del NKVD en los cuarteles pronto cobraron sus primeras víctimas. Muchos de los detenidos, sometidos a brutales interrogatorios, confesaron estar a sueldo de potencias extranjeras o incluso haber desviado en su propio beneficio parte de los fondos que Alemania pagaba por instruir a sus oficiales en suelo ruso, al mismo tiempo que acusaban a otros compañeros de armas de los mismos delitos. La mayoría fueron condenados por alta traición y fusilados.


Inicio de una gran represión. Su popularidad en el Congreso del PCUS de 1934 le costó la vida al político Serguéi Kírov ese mismo año. Fue asesinado y todavía hoy se debate si Stalin dio la orden de su muerte. Aquí, el dictador ante el cuerpo de Kírov.

FOTOS: GETTY IMAGES

Las purgas entre los mariscales, generales y mandos intermedios no se detuvieron ante la invasión alemana.

Intolerancia a la competencia

En el trasfondo de la gran purga ordenada por Stalin contra los oficiales del Ejército Rojo hubo algo más que sospechas por traición. Muchos generales eran demasiado populares entre sus compatriotas y a menudo aparecían en los medios de comunicación. Casi todos ellos habían protagonizado meteóricas carreras militares a partir de la Revolución, pero Stalin no estaba dispuesto a tolerar ningún tipo de competencia que pudiera ensombrecerlo, aunque la eliminación física de los militares más experimentados pudiera suponer una merma considerable de la capacidad defensiva de la Unión Soviética ante una amenaza exterior.

Se ha hablado y escrito mucho sobre la parte de culpa que esta represión tuvo en los desastres iniciales del Ejército Rojo al comienzo de la Operación Barbarroja, la invasión alemana del territorio de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto es que entre 1937 y 1938 fueron expulsados del ejército 25.000 oficiales que posteriormente fueron ejecutados o deportados. El grupo más numeroso de procesados estaba formado por militares de alta graduación que habían estado bajo las órdenes de los acusados de conspiración o que habían sido ascendidos por ellos.

Las purgas entre los mariscales, generales y mandos intermedios no se detuvieron ante la invasión alemana, excusa que fue empleada en muchos casos para añadir a los graves cargos que se les imputaban el de incompetencia militar. Ante la falta de oficiales con experiencia que pudieran hacer frente al avance imparable del enemigo, miles de oficiales fueron rehabilitados y reintegrados en el Ejército Rojo en un intento desesperado por contener a las tropas de Hitler, aunque la medida llegaba demasiado tarde para muchos de ellos. Ante unas fuerzas en constante retirada por falta de liderazgo, los alemanes pusieron en práctica contra ellas las útiles enseñanzas que habían aprendido años atrás en la Unión Soviética.

Desarrollo del material militar en la Segunda Guerra Mundial

El poder de las armas

Tanto para la Wehrmacht como para el Ejército Rojo, mejorar su armamento constituyó una tarea primordial. Cualquier ventaja añadida a bombarderos o a vehículos de combate significaba estar un paso más cerca de la victoria. Por Juan Carlos Losada



El 22 de junio de 1941, 148 divisiones alemanas y 40 de otras potencias del Eje se lanzaron contra la Unión Soviética en la llamada Operación Barbarroja. Sumaban unos tres millones y medio de hombres, equipados con unos 3.500 blindados, 4.500 aviones y casi 50.000 piezas de artillería. La sorpresa fue total, y el ataque, un rotundo éxito. Todo parecía indicar que en poco tiempo se habría de culminar el hundimiento del régimen de Stalin como preveía el optimista Hitler, que lo databa incluso en pocas semanas. Varios factores explican el éxito inicial, aparte del factor sorpresa: la purga en los años anteriores del 70% de los mandos del Ejército Rojo con su consiguiente debilitamiento y desmoralización, una doctrina militar obsoleta anclada en los principios de la Primera Guerra Mundial, a pesar del desastre soviético contra Finlandia, y un material militar pesado que, aunque muy abundante (20.000 blindados y 15.000 aviones para equipar a casi seis millones de hombres), era muy inferior tecnológicamente al de los alemanes.

El grueso de las fuerzas blindadas alemanas estaba formado por los *Panzer III* y *IV* y por el cañón autopropulsado *Sturmgeschütz III* (*StuG III*), montado sobre un chasís de un Panzer III. Eran tanques medianos equipados, de gasolina, de unas 25 toneladas de peso, con ametralladoras y un cañón de un calibre entre los 37 y los 75 mm, según los modelos, y con un blindaje que podía llegar a los 80 mm. Alcanzaban los 40 km/h en caminos y la mitad en campo traviesa, con una autonomía de hasta 200 kilómetros. Eran la espina dorsal de la Wehrmacht y habían demostrado sus cualidades durante las invasiones de Polonia y Francia. ➤

En cada bomba un mensaje
Los bombarderos *Junkers-87* –o *Stuka*– (en la foto grande) tuvieron un papel predominante en los ataques alemanes desde el aire. (Izquierda) Soldados del Ejército Rojo marcan con inscripciones las bombas aéreas, con lemas como "Para Berlín", "Para Hitler" o "Para el Parlamento alemán".

Inferioridad de los carros rusos

Frente a ellos, y como respuesta el Ejército Rojo puso sus unidades blindadas que, aunque bastante numerosas, estaban mayoritariamente formadas por los modelos *T-26* y *BT*, con motores también de gasolina, de los que cerca de la tercera parte estaban averiados o en espera de recambios. Eran buenos vehículos livianos que habían demostrado sus cualidades en la Guerra Civil Española, siendo en esa contienda superiores a las unidades alemanas e italianas, que por entonces solo montaban ametralladoras; pero en ese momento ya habían sido superados por los tanques enemigos y sus características los hacían muy inferiores a ellos. Pesaban la mitad, su blindaje era tres o cuatro veces más delgado, también eran más lentos, se averiaban con mucha frecuencia –llegando fácilmente a incendiarse– y su armamento también era menos potente. Además, los invasores tenían una doctrina de utilización de tanques mucho más moderna, como fuerza de ataque rápida, que chocaba con la tradicional soviética que aún se basaba en la tesis de que los blindados debían ser auxiliares de la infantería. Stalin había apartado del mando, precisamente, a los generales innovadores, porque eran críticos ante las negativas experiencias del uso de los blindados en las guerras de España y Finlandia, y mantenido en el mando a los sumisos y tradicionales, lo que le costó el terrible hundimiento militar en los primeros meses de la invasión. No obstante, los alemanes se encontraron con dos sorpresas desagradables que sus servicios de inteligencia no habían detectado: los novedosos tanques medios *T-34* y *KV-1*. Ambos procedían de un diseño revolucionario del año anterior para superar los defectos del *T-26*. El primero suponía un incremento del peso, del blindaje y del calibre de su cañón; además, utilizaba un motor diésel que lo hacía más fiable y menos propenso a los incendios y le daba mayor autonomía. Asimismo, su coraza se inclinaba 60º, lo que lo hacía invulnerable a los cañones antitanques existentes y a la mayor parte de las piezas que montaban los tanques alemanes.

Por su parte, el *KV-1* era aún más poderoso y pesado que el *T-34*, aunque ello lo hacía poco maniobrable. Sin duda, eran mejores tanques que los alemanes, pero por suerte para estos su número era muy escaso, sumaban solo el 7% del parque total de carros soviéticos. Para acabar con ellos, las fuerzas del Tercer Reich tuvieron que emplear su famoso cañón de 88 mm, el *Flak 36*, que, aunque diseñado en 1933 como cañón antiaéreo y empleado ya en España, demostró unas excelentes cualidades como pieza antitanque de tiro rápido (más de 15 disparos por minuto), con un alcance efectivo de 3.500 metros y capaz de perforar cualquier tipo de coraza si se disparaba a corta distancia. Para muchos estudiosos, fue el mejor cañón de toda la guerra.



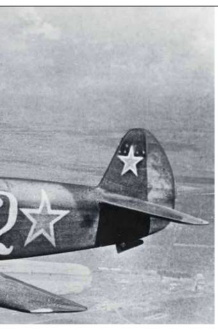
Aeroplanos soviéticos. Durante la Segunda Guerra Mundial el ingeniero ruso Yákovlev diseñó y produjo una famosa línea de aviones caza que llevaron su nombre. En la foto, versión vintage del *Yak-9* utilizado en la contienda por el Ejército Rojo.

> La llegada masiva de material británico y estadounidense, junto con la terrible disciplina impuesta por los comisarios políticos, frenó algo el avance alemán.


El Panzerfaust consistía en una cabeza de carga hueca disparada con ayuda de un tubo lleno de ropelente, que incluía un alza manual. Era un arma contracarro sencilla, barata, fácil de manejar y devastadora.

Granada antitanque. Las armas de la serie Panzerfaust (en la foto) eran desechables, de un solo tiro. En la práctica funcionaban como granadas de carga hueca impulsadas por cohete, que eran lanzadas desde un soporte de tubo, según el principio del cañón sin retroceso.

FOTOS: GETTY IMAGES; EFE/ ZUMA PRESS; GRÁFICO: JOSÉ ANTONIO PEÑA



Capacidad aérea

En el aire, la superioridad de la Luftwaffe fue aún mayor y la desproporción en calidad aún más evidente. La columna vertebral de los cazas soviéticos la formaban los *Polikarpov I-16*, conocidos ya en la guerra de España como los Mosca, que a pesar de haber sido mejorados no se comparaban ni en velocidad ni en armamento a los *Messerschmitts Me-109* de los alemanes, de los que se llegaron a construir más de 30.000. Inmediatamente estos se hicieron dueños del cielo, abatiendo a todos los bombarderos soviéticos *Petlyakov P-2* que, absolutamente indefensos, trataron de hacer frente a la invasión, y dando vía libre, además, a los ataques de los suyos –los *Heinkel*, *Dornier* y *Junkers*–, que actuaron impunemente. Además, lo inesperado del ataque había sorprendido en tierra a casi 2.000 aviones soviéticos, que fueron destruidos sin despegar, en poco más de un día. Por si fuera poco, los alemanes contaban con el célebre aparato de ataque a tierra, el *Junkers-87, Stuka*, especializado en el bombardeo en picada. Había entrado en servicio en 1937 y se llegaron a construir 5.709 unidades en sus diferentes versiones. Sus acciones lo convirtieron en un cazatanques ideal, al que los soviéticos no pudieron hacer frente en la primera fase de la guerra.

Refuerzos de los aliados

Frente a la avalancha de medios, Stalin solo pudo oponer resistencias desesperadas e inútiles, y no vaciló en enviar al matadero a miles de hombres que, a pesar de su entusiasmo, poco podían hacer con su pobre armamento. Solo la llegada masiva de material estadounidense y británico, junto con la terrible disciplina impuesta por sus comisarios políticos, pudo frenar algo el avance alemán, que no logró conquistar Moscú ni Leningrado antes de la llegada del frío, tal como había previsto Hitler con excesivo optimismo.

En diciembre de 1941, la Operación Barbarroja estaba agotada. El 70% de los vehículos invasores estaban averiados, y los soldados exhaustos. Las gélidas temperaturas, la inesperada capacidad de resistencia soviética, la llegada masiva de tropas siberianas a partir de los informes del espía Richard Sorge –quien aseguraba que Japón no iba a atacar en Extremo Oriente– y el abundante material de guerra que Estados Unidos y Gran Bretaña enviaron se conjuraron para frenar el ataque. Además, Hitler, víctima de su propio racismo antieslavo, había despreciado la capacidad soviética de organización para trasladar a las industrias de guerra más allá de los Urales, así como el factor de la inmensidad geográfica rusa que alargaba las líneas de abastecimiento alemanas, aspecto en el que repitió el error de Napoleón. Por esta falta de previsión, sus ejércitos sufrieron importantes carencias de avituallamiento que comenzaron a minar su hasta entonces invencible moral de victoria. Cuando en la primavera de 1942 las operaciones se retomaron, los dos bandos habían aprendido las lecciones del año anterior y se lanzaron a crear nuevas armas o a mejorar las que ya tenían, los soviéticos para tratar de reconquistar el terreno perdido y los alemanes para acabar de una vez con Stalin y lograr conquistar las principales ciudades rusas.

FOTO: GETTY IMAGES

Material aliado enviado a la URSS

A partir de la Ley de Préstamo y Arriendo, la URSS obtuvo gratuitamente de Estados Unidos una valiosísima ayuda desde 1941, la cual fue muy importante para poder contraatacar a partir del año siguiente. Durante cuarenta meses recibió casi 15.000 aviones, unos 8.000 tanques de combate, 9.300 cañones, 135.000 ametralladoras, un millón de fusiles y pistolas, más de 600.000 camiones, jeeps y motos, unos 6.000 tractores, 2.000 locomotoras, 11.200 vagones, 415.000 teléfonos, millones de metros de cable telefónico, casi tres millones de toneladas de combustible, 15.500.000 pares de botas, 4.500.000 toneladas de alimentos, 15.000 de medicinas y miles de toneladas de diversas materias primas y de ropa para uniformes, motores, explosivos, etc. Su valor ascendía a más de 11.000 millones de dólares de la época.

Colaboración británica. Gran Bretaña también se sumó al esfuerzo y aportó unos 5.000 tanques, 7.000 aviones y diverso material cuyo valor ascendía a casi 430 millones de libras. Todo el material llegó a Siberia a través de Bering, por el sur desde Persia y sobre todo a través del Ártico por los puertos de Murmansk y Arkhangelsk, adonde llegaron 78 convoyes compuestos por más de 1.400 mercantes escoltados por buques de guerra. Hay que destacar que, durante la operación, los aliados perdieron 96 barcos de transporte con medio millón de toneladas a bordo, así como dos cruceros, 13 destructores y cuatro navíos de guerra más. Las bajas ascendieron a unos 2.600 tripulantes, entre marinos mercantes y de la armada, perdiéndose casi la octava parte de los cargamentos.

Con todo este material, Stalin pudo equipar a los más de dos millones de hombres que cada año incorporó a la guerra, cantidad que superó los cálculos de Hitler y desbarató sus planes. A lo largo de la guerra el material militar soviético, mejor adaptado al medio, fue reemplazando al estadounidense y británico sobre todo en lo referente a tanques, aviones y artillería. Sin embargo, los camiones y automóviles de Estados Unidos fueron insustituibles durante toda la contienda y transportaron a las fuerzas soviéticas hasta el mismo Berlín en 1945.



La Marina de Estados Unidos prestó y arrendó a los soviéticos varios cruceros de batalla, como el *Milwaukee* (en la foto), rebautizado como *Murmansk*.

1. El *Stug III*, el cañón de asalto, era en 1941 el único vehículo alemán capaz de hacer frente al *T-34*.

2. El *Pz IV*, aquí en su versión H, con cañón de 75 L/48, sería la espina dorsal de la Panzerwaffe durante toda la guerra.

3. De todos los vehículos alemanes, ninguno fue tan carismático como el ***Pz VI Tiger I*,** de 56 toneladas, armado con un cañón de 88 mm y casi invulnerable tras 90 mm de coraza.

Vehículos alemanes de combate.


Poderoso antitanque. Los panzers, destinados a luchar contra otros vehículos blindados de combate y servir de apoyo a la infantería alemana, fueron desarrollándose en versiones diferentes para añadir mejoras. En la foto, el *Panzer V Panther*.

FOTO: GERMAN FEDERAL ARCHIVE

Renovación de los blindados

Tras demostrar la gran eficacia de las pocas unidades operativas del *T-34*, el Ejército Rojo se dedicó a producirlo en masa, de tal manera que se llegó a alcanzar la cifra de casi 70.000 unidades construidas en sus distintas versiones, lo que lo convirtió en el modelo más numeroso de todas las fuerzas blindadas de la guerra. En sus últimas variantes tenía una coraza inclinada de 75 mm, un cañón de 85 mm y una velocidad de 50 km/h, que lo equiparaban a lo mejor de las fuerzas acorazadas nazis y lo convertían, posiblemente, en el mejor tanque medio de toda la Segunda Guerra Mundial debido a que combinaba blindaje, potencia de fuego y movilidad, lo que lo hacía ideal para maniobrar sobre terrenos complejos como el barro. A modo de complemento, en 1943 también se fabricó un vehículo pesado, el *IS-2* o *Stalin*, de 120 mm de coraza y un cañón de 122 mm, que era muy lento pero con la ventaje de que resultaba muy muy difícil de abatir. De este modelo se construyeron alrededor de 4.400 unidades. De hecho, los nuevos tanques soviéticos derivaban de los robustos tractores y, aunque resistentes y adaptados a todos los terrenos, eran muy incómodos para los tripulantes, de modo que para poder acceder al habitáculo debían medir no más de 1,60 metros de estatura y llevar protección para los golpes que sufrían dentro de la cabina.

Alemania, por su parte, para contrarrestar al *T-34*, puso en funcionamiento dos blindados nuevos: el *Panzer V* o *Panther* y el *Panzer VI* o *Tiger*. Seguían siendo modelos cómodos derivados del automóvil, con motores de gasolina, y las tripulaciones iban provistas de boinas y sin las restricciones físicas de sus enemigos. El primero era un tanque medio, equivalente al *T-34*. También tenía blindaje inclinado y características similares al de su rival; se construyeron unas 6.000 unidades. Fue sumamente eficiente y su llegada dejó completamente obsoletos a los *Panzer III*, que fueron apartados de los campos de batalla. El éxito del *Panther* solo se vio eclipsado porque seguía siendo de gasolina, lo que le hacía tener una menor autonomía que los soviéticos, que ya ➤

4. El *Pz V Panther* fue la respuesta germana al *T-34*. Su cañón de 75 mm L/70 fue, probablemente, la mejor arma de tanque de todo el conflicto.

solo equipaban motores diésel, y ser también más fácilmente incendiable.

Mejoras en el aire

El *Panzer VI, Tiger,* era un tanque pesado que llegaba casi a 58 toneladas. Poseía una gran potencia de fuego (cañón de 88 mm), alcance y una gran precisión en sus sistemas de puntería, pero era lento y poco apto para zonas pantanosas y tenía poca autonomía. Su blindaje era muy grueso, de 120 mm, y solo podía ser destruido si era atacado desde los costados y a poca distancia. Obviamente era muy costoso y solo se montaron unos 1.800 en sus dos variantes. De hecho, los tanquistas alemanes preferían el *Panther*, que era mucho más manejable y polivalente, por lo que no es extraño que el general alemán Hasso von Manteuffel lo calificara de "inútil furgón de mudanzas". Sin embargo, eran moles temibles muy difíciles de batir y su éxito en las batallas de Jarkov y Kursk, en 1943, movió a los soviéticos a fabricar el modelo *Stalin*, que sería su perfecto oponente.

La aviación soviética también introdujo grandes mejoras. La aparición del *Mig-3* fue el primer paso, pero no fue hasta que surgieron los cazas *Yákovlev, Yak-9*, y los *Lavochkin, La-7*, cuando se pudo compensar el dominio alemán del aire. Del primero se fabricaron más de 16.500 y tenía como misión contrarrestar al *Me-109*. Del segundo fueron casi 6.000 y entró en acción en 1944. Sin embargo, la gran presencia de las fuerzas blindadas alemanas hizo necesario el diseño de un aparato cazatanques, similar al *Stuka*. Ello se concretó en el *Ilyushin, Il-2, Shturmovic* o avión de asalto, del cual se construyeron nada menos que unos 36.000 aparatos, convirtiéndose así en el modelo de avión más fabricado durante toda la Segunda Guerra Mundial. Cuando se inició Barbarroja apenas había operativo un centenar de un primer prototipo, pero a partir de 1942 la producción se incrementó espectacularmente y se dotó, además, al aparato de mejoras sucesivas como armamento de mayor calibre, blindaje más grueso o el añadido de un nuevo tripulante que actuaba como artillero trasero defensivo, lo que resultaba indispensable para compensar su lentitud y poca maniobrabilidad. Ello redujo el número de pérdidas, al tiempo que lo convertía en un buen atacante sobre objetivos terrestres, aunque su precisión contra estos no fue nunca tanta como la del *Stuka*. De hecho, la aviación soviética, aunque muy mejorada, no terminó nunca de ponerse a la altura de la alemana, pero su gran número de efectivos compensó su inferioridad cualitativa.

Lanzacohetes exitoso

Dentro de las novedades soviéticas también destacó el lanzador de cohetes explosivos *Katiusha*, también conocido como "órgano de Stalin". Era un sistema barato, rápido de desplazar, al estar montado sobre un camión, y fácil de fabricar, que disparaba salvas

GRÁFICO: JOSÉ ANTONIO PEÑA

LIBRO

Detrás del mito. Panzers: contra la marea, José Antonio Peñas, HRM Ediciones, 2015. Durante la II Guerra Mundial, tanto las fuerzas alemanas como las soviéticas diseñaron armamento que enviaron a las cadenas de producción, de donde salieron nuevos y más potentes modelos.



Tanques de combate rusos



5. Pese a su velocidad, los **ligeros *BT*** no eran rivales para los panzers.

6. El *T-34*, el tanque más fabricado de la guerra, supuso un verdadero shock para los nazis. Hasta 1943 fue prácticamente imbatible.

7. Un solitario *KV-1* logró frenar a la octava división panzer completa, destruyendo 43 tanques enemigos. Su blindaje resistió 135 impactos.

8. El *IS-2 Stalin*, con cañón de 122, fue, en palabras del general Manteuffel, el mejor tanque de toda la guerra.

de 24 cohetes, aunque en posteriores versiones se aumentó su capacidad de fuego y la rapidez de recarga. Tenía poca precisión, pero permitía someter al enemigo a una lluvia de fuego incesante a una distancia de unos ocho kilómetros. Dado su éxito, se fabricaron más de 10.000. Los alemanes, como respuesta, también fabricaron sus lanzacohetes, sobre todo dirigidos a frenar el alud soviético de tanques, por lo que se les dotó de menor alcance, que se sacrificó en aras de la precisión. Su modelo más famoso fue el antitanque *Panzerfaust* de 1943, que pesaba solo cinco kilos y podía ser manejado por una sola persona, y que compensó la falta de una eficaz artillería antitanque.

En conclusión, desde 1943 los armamentos de ambos ejércitos estuvieron, en conjunto, bastante equilibrados en calidad, al haber mejorado el Ejército Rojo notablemente los suyos. Sin embargo, la capacidad industrial por parte de la URSS era cada vez mayor, mientras que la alemana no dejaba de menguar por los crecientes bombardeos que sufría por parte de la aviación aliada. En las postrimerías de la guerra, los nazis diseñaron armamento muy avanzado y vanguardista, como las bombas volantes dirigidas (V-1 y V-2) empleadas en el frente occidental o los primeros aviones a reacción. Pero su escaso número no pudo compensar la avalancha de medios, armas y hombres que todas las fuerzas aliadas, y en particular los soviéticos, estaban poniendo sobre el tablero. Los nazis se desgastaban a gran ritmo sin poder reemplazar sus pérdidas, fuesen materiales o humanas. Cada vez más faltos de aviones, tanques y pilotos, eran incapaces de contrarrestar la superioridad numérica de los soviéticos en todos los terrenos. Por ello, desde 1943, estuvo claro que la guerra la ganaría quien tuviera más reservas, pues la maquinaria productiva de los aliados en su conjunto era imparable y, además, estaba cada vez más a salvo de los ataques de una aviación alemana menguada. En esta ocasión, la cantidad iba a ganar claramente a la calidad.

> Tras demostrar la eficacia de las unidades operativas del T-34, el Ejército Rojo se dedicó a producirlo en masa.

El frío anula las armas alemanas

Hitler no contaba con la férrea resistencia soviética y creía que Moscú caería antes de la llegada del invierno. Además, ese año el frío se adelantó y en noviembre ya se registraban temperaturas de 35º bajo cero, que descenderían hasta 50º bajo cero hacia fin de año. Las fuerzas alemanas no contaban con ropas y calzado para resistir esas duras condiciones y en Alemania se hizo una colecta para recoger, rápidamente, abrigos de piel para los soldados. Pero lo más grave, e imposible de paliar dada la falta de previsión, fue que los mecanismos de las armas y los motores de los vehículos se congelaron por no emplear grasas y aceites adaptados a tan bajas temperaturas, elementos que sí utilizaban los soviéticos. No solo no se podía disparar, sino que los suministros tampoco podían llegar al frente.

Medidas extremas. Mediante hogueras improvisadas se podían calentar las máquinas para ponerlas en funcionamiento momentáneamente. En esas condiciones, que además causaban numerosas bajas por congelación y enfermedad, cualquier ofensiva estaba condenada al fracaso. Un dato macabro: los alemanes codiciaban las botas rusas, pero por la congelación no podían descalzar a los cadáveres, por lo que la solución fue amputarles las piernas y ponerlas al lado de una hoguera para poder hacerlo.



En el invierno de 1942, la Operación Barbarroja –iniciada en abril de 1941– aún no había concluido. Soldados alemanes en el frío invernal de Rusia.

FOTO: GETTY IMAGES



Lucha de titanes
El Frente Oriental (1941-1945)

El enfrentamiento de dos potencias lideradas por dictadores, Hitler y Stalin, dejó ríos de sangre a su paso. Alemania quiso invadir y aniquilar a la URSS, pero esta resistió y venció, poniendo fin al delirio imperial nazi.

Por Fernando Cohnen y Luis Felipe Brice

Hacia la Segunda Guerra Mundial Pág. 40

Sangre, sudor y lágrimas Pág. 44

La resistencia del Frente Oriental Pág. 48

De Normandía a Potsdam Pág. 52

Hacia la Segunda Guerra Mundial

La maquinaria se pone en marcha

En la Alemania de preguerra, el ideario nazi fue fortaleciéndose en la sociedad ante la habilidad propagandística de Hitler; en la URSS, Stalin comenzaba las purgas que allanaron el camino a su régimen dictatorial. Ambos trazaron un plan dirigido a un único objetivo: la hegemonía en Europa.

Adolf Hitler y el nazismo constituyen un terrible legado y un trauma perdurable en la historia de la humanidad. “Parte de ese legado es el deber constante que tenemos de llegar a entender cómo fue posible su ascenso al poder”, afirma el historiador británico Ian Kershaw, autor de la más reciente biografía del Führer. El hombre que empujó al mundo a la guerra más brutal que ha sufrido la humanidad fue descrito por Winston Churchill como “un maniaco de genio despiadado, depositario y expresión de los odios más virulentos que jamás han corroído el corazón humano”.

Puso en pie un Estado de represión y violencia inimaginables y un poderosísimo aparato de propaganda para controlar y movilizar a las masas. Su autoritarismo, su cínica visión de la política y su programa racista lo convirtieron en el personaje más detestable del siglo XX. Una vez que alcanzó el poder en 1933, hizo todo lo posible para conseguir la adhesión de los trabajadores alemanes.

Ocio para la clase obrera

Por ejemplo, ideó la construcción de un complejo turístico en Prora, a orillas del Báltico, destinado a la clase trabajadora a través del programa *Kraft durch Freude* (“Fuerza a través de la alegría”), para que los obreros pudieran disfrutar de unos días de vacaciones al año. Más de la mitad de los 42.000 trabajadores de Siemens en Berlín nunca habían tenido días de asueto.

Ese programa también incluía viajes de turismo por Alemania. Los trabajadores que visitaban Berlín se reunían ➤

Apaciguamiento fallido. La prensa británica (aquí) se hizo eco del Acuerdo de Múnich, en el que representantes de Alemania, Italia e Inglaterra firmaron el 30 de septiembre de 1938 la incorporación de los territorios de los Sudetes a Alemania.

FOTO: GETTY IMAGES



El Tercer Reich va ganando terreno En octubre de 1938 la ocupación alemana de los Sudetes –zonas de Bohemia, Moravia y Silesia oriental– le restó casi 30.000 km² a Checoslovaquia. En la imagen, niños en la ciudad de Cheb (Eger, en alemán) preparados para recibir a Hitler en 1938.

en la Alexander Platz o en la Potsdamer Platz para observar el torbellino de personas y coches que circulaban por esas céntricas zonas de la ciudad. Muchos acudían al estadio olímpico de Berlín y disfrutaban con las piscinas públicas, que a partir de 1936 fueron vetadas a los judíos. En torno a 100.000 obreros viajaban cada año a la ciudad bávara de Landsberg para conocer la prisión en la que su admirado líder había escrito *Mein Kampf (Mi lucha)* en 1924.

Proporcionar ocio y diversión a todos los alemanes se convirtió en uno de los principales símbolos del nacionalsocialismo. El programa "Fuerza a través de la alegría" también fortaleció la idea del régimen de crear una comunidad racial del pueblo *(Volksgemeinschaft)*. Asimismo, el pleno empleo facilitó la recuperación de la industria pesada y aceleró el desarrollo de la poderosa maquinaria bélica alemana, lo que abrió las puertas al gran objetivo del Tercer Reich: poner en marcha un potente ejército para invadir la Europa oriental y crear de este modo un imperio que durara mil años.

El pleno empleo en la industria pesada aceleró el desarrollo de la poderosa maquinaria bélica alemana.

Hacia el régimen del horror

El 30 de enero de 1933, Hitler fue designado nuevo canciller del Tercer Reich ante la envejecida figura del mariscal Paul von Hindenburg. En ese preciso instante murió la república de Weimar y nació un régimen que conduciría a la guerra mundial y al horror del Holocausto. Ya no hubo trabas que limitaran la conducta inhumana de un gobierno que iba a poner en marcha la maquinaria exterminadora de Auschwitz, Treblinka, Sobibór y los demás campos de la muerte.

En 1938, cuando tenía todo el poder en sus manos, Hitler sublimó sus traumas de juventud al entrar victorioso en Viena y decretar el *Anschluss*, la anexión de Austria al Tercer Reich, lo que hizo que la popularidad del Führer alcanzara nuevas cimas, animando a miles de trabajadores a visitar Viena, Salzburgo y otras localidades austriacas. Los gitanos, los desafectos al nacionalsocialismo y millones de judíos pagaron con sus vidas el vertiginoso ascenso del régimen nazi. Muchos de ellos sucumbieron en los campos de exterminio, y algunos pocos, como el físico Albert Einstein, el psicoanalista Sigmund Freud o el escritor Stefan Zweig –quien terminaría suicidándose con su esposa, en 1942, en Brasil–, pudieron escapar de Alemania y Austria.



Vacaciones pagadas. Los nazis pusieron en marcha el programa "Fuerza a través de la alegría", gracias al cual muchos obreros alemanes por primera vez en su vida pudieron viajar. En la imagen, Hitler y la actriz Inga Ley en un crucero incluido en dicho programa.

FOTOS: GETTY IMAGES

Tras el nefasto Acuerdo de Múnich, el



Campos de trabajos forzosos de la URSS. A principios de la década de 1930, un drástico endurecimiento de la política penal soviética produjo un incremento significativo de la población de los campos de prisioneros establecidos por Stalin, los llamados gulags (aquí, barracón de uno de Siberia).

conservador Neville Chamberlain, primer ministro británico, y el presidente del Gobierno francés, el socialista Édouard Daladier, aceptaron lo inaceptable al entregar la provincia checa de los Sudetes a los alemanes a cambio de la solemne promesa de que Hitler no reclamaría ningún otro territorio. Pensaban que así frenarían una guerra que no deseaban. En la memoria del pueblo francés e inglés estaba aún muy vivo el recuerdo de la Primera Guerra Mundial.

Pero Hitler los engañó. Firmó un tratado de no agresión con Stalin y dio la orden de invadir Polonia y recuperar el pasillo de Dantzig (una de las monstruosidades del Tratado de Versalles, pues dejó incomunicados dos territorios alemanes para facilitar a los polacos un acceso al mar). Hitler estaba convencido de que Inglaterra y Francia no intervendrían. "Quién querría meterse en una guerra mundial por Dantzig", se preguntó el Führer. Horas después, franceses e ingleses declararon la guerra a Alemania.

Rebelión contra el "gran hermano". El escritor y periodista británico George Orwell (en la foto) comenzó a exponer sus teorías en contra de los totalitarismos nazi y estalinista tras su participación en la Guerra Civil Española.

Primeras purgas de Stalin

Dos años antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, Stalin puso en marcha la maquinaria del Gran Terror (1937-1938), un periodo negro en la historia de la URSS que estuvo marcado por la represión salvaje de bolcheviques, obreros, campesinos, militares e intelectuales. Ni siquiera sus allegados estuvieron a salvo de las purgas pues a Stalin no le tembló el pulso cuando firmó la orden de fusilar al esposo de Maria Svanidze, familiar de su primera mujer, Ketevan Svanidze; ni tampoco titubeó cuando mandó a la desolada viuda a un campo de trabajo. Su sobrina Kira Alliluyeva, que recordaba a Stalin meciéndola sobre las rodillas y cantándole sus tonadas preferidas, fue apresada y condenada al exilio a instancias suyas.

En mayo de 1937, el todopoderoso dictador ordenó eliminar a los antiestalinistas españoles agrupados en el POUM. Su líder, Andreu Nin, antiguo secretario de Trotski, fue asesinado por agentes de los servicios secretos soviéticos en España, dirigidos por Alexander Orlov, general de la NKVD (policía secreta bolchevique, precursora del KGB). Su cadáver nunca apareció. En marzo de 1938 le tocó el turno a Nikolái Bujarin. Se le acusó de haber conspirado para asesinar a Lenin, lo que resultó un cargo tan inverosímil como grotesco, ya que el propio Lenin había calificado a Bujarin de "hijo predilecto de la Revolución". Desde su celda, Bujarin escribió una nota a Stalin: "Koba, ¿para qué necesitas mi muerte?".

Pero ¿cómo fue posible que aquel déspota sádico no fuera

FOTO: RUSSIAN GULAG MUSEUM

El máximo enemigo de Stalin: León Trotski

Una de las grandes obsesiones de Stalin fue acabar con su enemigo mortal, León Trotski, quien tuvo que escapar de la Unión Soviética en 1929. Tras peregrinar por media Europa y Turquía, el disidente soviético halló refugio en Coyoacán, Ciudad de México, en la casa de los pintores Diego Rivera y Frida Kahlo. Nueve años más tarde, el dictador encargó a Lavrenti Beria que buscara profesionales entre los espías de la NKVD (policía secreta bolchevique, precursora del KGB) para asesinar a Trotski. En mayo de 1939, mientras el revolucionario y los suyos se trasladaban a una nueva casa en la avenida Viena, también en Coyoacán, el NKVD dio luz verde a la operación "Utka". Sus integrantes se dividieron en dos grupos. El primero era una red de información dirigida por Caridad Mercader y su hijo Ramón, cuyo objetivo era tratar de acercarse al círculo de Trotski para obtener datos precisos sobre sus movimientos y los de sus hombres. El segundo grupo, el encargado de perpetrar el atentado, lo encabezaba el muralista David Alfaro Siqueiros, miembro del Partido.



Aunque la casa mexicana de Trotski estaba fuertemente custodiada, Ramón Mercader logró cumplir la orden de Stalin de asesinarlo.

Al segundo intento. Sin embargo, a pesar de la cantidad de gente involucrada y de la importante suma de dinero que se invirtió en esta trama criminal, el intento de asesinato resultó un absoluto fracaso. Lejos de desanimarse, Stalin ordenó un segundo ataque contra Trotski y que lo llevara a cabo el español Ramón Mercader, quien lo consumó con éxito el 20 de agosto de 1940. El todopoderoso dictador soviético se libró de su gran enemigo, pero a Mercader le costó dos décadas de prisión en una cárcel mexicana.

echado a patadas del poder? ¿Qué secreto andamiaje mantenía a Stalin al frente de la URSS? Los historiadores coinciden en señalar que se mantuvo en el poder gracias al miedo visceral que sentían los hombres que lo rodeaban, un miedo que se apoyaba en un poderoso aparato de terror. "Además, aquel poder ilimitado se intensificaba debido a la existencia de una verdadera devoción de las masas hacia su líder, que se veía alentada y alimentada por una red propagandística omnímoda", afirman los historiadores rusos Zhores y Roy Medvedev en su libro *El Stalin desconocido* (Crítica, 2005).

Represión ilimitada

Durante el Gran Terror, todos miraron a otra parte. La maquinaria represora requirió la participación activa de guardias, verdugos, torturadores, administrativos, ferroviarios e informantes. El miedo atenazó a los disidentes. Los camiones llevaban a las víctimas a zonas rurales cercanas a Moscú, donde estaban listos los campos de exterminio. Los trenes transportaban a los prisioneros del Gulag (red de prisiones y campos de trabajo) a Siberia o a Kazajastán en vagones de ganado. Quien intentara oponerse a cargos y sospechas sin base esgrimidos contra inocentes, terminaba por caer víctima de la represión.

El fabuloso esfuerzo propagandístico del que hablan los hermanos Medvedev alimentó el culto a la personalidad del líder soviético. Aquella propaganda que lo convirtió en el venerado padre de la patria hizo posible que su furia exterminadora no tuviera límites. Los bolcheviques siempre habían hablado con naturalidad del terror y de su utilidad para una administración revolucionaria, y Stalin, al que le atraía el terror como a una abeja una flor perfumada, lo aplicó al máximo para tener al país bajo su puño de acero.

El delito que cometieron los asesinados por orden de Stalin no solo fue discrepar de su política, pues otros muchos fueron liquidados sin motivo aparente, solo por el capricho del dictador, quien en su paranoia veía enemigos en todas partes. Los partidarios de Trotski (ver recuadro arriba) fueron deportados a la tundra siberiana y a inhóspitos lugares próximos al Ártico. La lista de depurados y asesinados incluyó a campesinos, obreros, intelectuales, minorías étnicas y también a amigos

Dos años antes de estallar la II Guerra Mundial, Stalin puso en marcha el Gran Terror (1937-1938), un periodo negro en la historia de la URSS.

y familiares del dictador. Su furia alcanzó al músico Dmitri Shostakóvich, quien fue denunciado por escribir piezas ajenas al realismo socialista que promulgaba el régimen.

La espiral de violencia asesina fulminó a muchos de los comisarios políticos que sirvieron en la Guerra Civil Española, como Mijaíl Koltsov, y terminó con la carrera de eminentes profesionales como el ingeniero aeronáutico Andréi Túpolev. Mientras en la Unión Soviética se exterminaba a millones de seres humanos, entre ellos a los más brillantes integrantes del bolchevismo, los burócratas de los partidos comunistas de Occidente siguieron alabando las virtudes del paraíso soviético y de su líder. A finales de los años 30 y principios de los cuarenta del siglo pasado, solo unos pocos intelectuales, como Arthur Koestler, André Gide, George Orwell o John Dos Passos, se atrevieron a denunciar la dictadura criminal de Stalin.

Anuncio del ideario nazi

A la vez que en Rusia se sufrían los rigores del Gran Terror, en Alemania los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 fueron la gran oportunidad de Hitler para ofrecer al mundo las bondades del régimen nazi y el crecimiento económico y social que experimentaba el país. Los documentales propagandísticos dirigidos por Leni Riefenstahl contribuyeron a cimentar la idea de que los arios, la "raza superior", habían sido los creadores de los valores clásicos de Grecia y Roma y, consiguientemente, los constructores del Partenón y de otras joyas de la Antigüedad. Cuando Hitler alcanzó el poder, Riefenstahl dirigió dos documentales sobre el congreso del Partido Nazi: *El triunfo de la fe* (1933) y *El triunfo de la voluntad* (1936), dos trabajos que le granjearon el total apoyo del Führer, lo que a la vez reforzó el rumor de que eran amantes, aunque la cineasta siempre lo negó.

Sangre, sudor y lágrimas

Estalla la guerra



Expectación en Londres. El 3 de septiembre de 1939, desde el número 10 de Downing Street, residencia oficial del primer ministro británico, se informó a la ciudadanía de la declaración de guerra a Alemania tras la invasión de Polonia dos días antes. En la foto, londinenses esperan la comparecencia de Churchill.

La Alemania nazi invadió Polonia en 1939, dando así comienzo a la Segunda Guerra Mundial. El siguiente paso fue ocupar Francia y luego intentar penetrar en el este europeo, pero la URSS se lo impidió.

A las 04:45 horas del 1 de septiembre de 1939, Hitler ordenó atacar Polonia. El jefe de la policía nazi, Reinhard Heydrich, uno de los miembros más sanguinarios del régimen, puso en marcha el plan que justificaba la invasión alemana. La idea era simular un ataque de guerrilleros polacos a los cuarteles de guardabosques de la ciudad de Pitschen (actual Byczyna, en Polonia) y a la emisora de Gleiwitz (actual Gliwice, también en Polonia), desde donde radiarían un comunicado incitando a la rebelión de la población en la Alta Silesia.

Hombres de las SS se encargaron de ejecutar a unos cuantos prisioneros del campo de concentración de Sachsenhausen, previamente drogados y vestidos con uniformes polacos. Sus cuerpos fueron abandonados como prueba del supuesto ataque de guerrilleros polacos. "Resulta escalofriantemente simbólico que las primeras víctimas de la Segunda Guerra Mundial en Europa fueran prisioneros de un campo de concentración asesinados para escenificar una burda farsa", señala el historiador británico Antony Beevor. Ya no había vuelta atrás. La enloquecida ambición territorial de Hitler desató una guerra que causó una hecatombe a escala mundial.

El 1 de mayo de 1940, las tropas alemanas penetraron simultáneamente en Holanda y Bélgica. Los bombarderos de la Luftwaffe atacaron Bruselas, Amberes, Calais, Dunkerque, Boulogne, Nancy y otras ciudades de la frontera franco-belga. El 3 de junio, París sufrió un bombardeo que ocasionó cerca de 300 muertos. Siete días más tarde, los alemanes cruzaron el Sena y el gobierno francés decidió abandonar la capital, momento en que Italia declaró la guerra a Francia. El 14 de junio, las tropas alemanas entraron en París y desfilaron por sus avenidas. ➤

FOTO: GETTY IMAGES



La determinación de Churchill de no ceder ante Hitler fue decisiva en la II Guerra Mundial.

Una macabra ironía. El lema que vemos en la entrada del campo de concentración de Sachsenhausen (Oranienburg, Alemania) reza: "El trabajo os hará libres". Construido por los nazis en 1936, en estas instalaciones fueron confinados y más tarde liquidados opositores políticos, judíos, gitanos, homosexuales...

Inglaterra no se rinde

Entre el 24 y el 28 de mayo de 1940, en el Ministerio de Guerra de Londres, Winston Churchill se enfrentó al derrotismo de parte de sus colegas y de la propia sociedad británica, que aterrados por lo ocurrido en Francia y por la eficacia de los ejércitos de Hitler apostaban por un acuerdo con la Alemania nazi, dado que creían imposible derrotar a su poderoso ejército. Si Inglaterra se encontraba profundamente debilitada y con parte de su ejército atrapado en Dunkerque, Francia estaba a punto de la rendición.

Hitler, que no quería entrar en guerra directa con Gran Bretaña, pensaba que Churchill tenía los días contados como primer ministro y que su sucesor estaría dispuesto a negociar una capitulación con Alemania. Pero Churchill supo encender el deseo de resistencia de los ingleses y en mayo, en la Cámara de los Comunes, lanzó su más famosa frase: "Sangre, sudor y lágrimas". Con el respaldo de la mayoría de los británicos, el primer ministro se jugó el todo por el todo en la batalla de Inglaterra. Y ganó la partida.

La resistencia de Gran Bretaña alteró los planes de Hitler, cuyo plan era obligar a los ingleses a capitular bloqueando sus costas e impidiendo el tráfico de sus buques. "Lo único que realmente me asustó durante la guerra fue el peligro submarino", reconoció Churchill en su diario. En 1940 los navíos escolta no daban abasto para defender a los barcos mercantes ingleses. El primero de agosto de aquel año, Hitler firmó la orden de que la aviación alemana aplastara a la británica. Días antes, Hermann Göring le había prometido que la Luftwaffe acabaría con la fuerza aérea enemiga. Pero los ingleses resistieron.

La impenetrable Rusia

La determinación de Churchill de no ceder ante Hitler cuando el ejército alemán parecía invencible fue uno de los momentos decisivos de la Segunda Guerra Mundial. Tras el fracaso de la Luftwaffe, que no pudo doblegar a los pilotos de la RAF, Hitler abandonó la idea de invadir el Reino Unido, centrando todos sus esfuerzos en la lejana e impenetrable Rusia. Pensó que, una vez que derrotara a los bolcheviques, Churchill se plegaría a sus deseos.



Sombras en la ciudad de la luz. El 22 de junio de 1940, Francia firmó un armisticio con Alemania que condujo a la ocupación de París (en la foto, desfile de las tropas de la Wehrmacht por los Campos Elíseos) y al establecimiento de un gobierno títere en el sureste francés: la Francia de Vichy.

FOTOS: GETTY IMAGES

En junio de 1941, tras haber conquistado Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, el envalentonado Hitler lanzó a unos tres millones de soldados a la conquista de la Unión Soviética. La Operación Barbarroja incluyó el despliegue de unos 3.600 vehículos de combate, 600.000 vehículos motorizados, 7.000 piezas de artillería y 2.500 aviones. Las fuerzas terrestres contaron también con la inestimable ayuda de los Einsatzgruppen (grupos operativos de las Schutzstaffel o SS).

No fue ninguna casualidad que el inicio de la Operación Barbarroja coincidiera con el comienzo del genocidio. El objetivo ideológico de



Guerra en el Pacífico. El ataque a Pearl Harbor (en la foto) fue una ofensiva militar sorpresa efectuada por la Armada japonesa contra la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, el 7 de diciembre de 1941. Cuatro días más tarde, la Alemania nazi y la Italia fascista declaraban la guerra a los estadounidenses.

erradicar el "judeobolchevismo" era fundamental en la guerra de aniquilación que habían proyectado los nazis. En los primeros días de la invasión, el ataque mortífero de los Einsatzgruppen, respaldados por la Wehrmacht, estableció el carácter criminal del conflicto. "No tardaría en convertirse en un programa genocida total, como jamás había visto el mundo", afirma Ian Kershaw.

Ataque sorpresa

Para la mentalidad del Führer, la amenaza de los judíos y la del bolchevismo eran dos elementos de un mismo problema. "Hitler pensaba que para la expansión de Alemania era necesario invadir la Unión Soviética, con lo cual conseguía mano de obra y los recursos naturales de aquel enorme territorio", señala Joanna Bourke, catedrática de Historia en el Birkbeck College de Londres y autora del libro *La Segunda Guerra Mundial: una historia de las víctimas*.

Cuando el 7 de diciembre de 1941 los delegados de la embajada japonesa en Washington entregaron el documento que notificaba la ruptura de su país con Estados Unidos, el ataque sorpresa a Pearl Harbor había empezado hacía media hora. Dos días después, el ministro alemán de Propaganda, Joseph Goebbels, escribió en su diario que la entrada de los japoneses en la guerra mundial había incrementado el optimismo del Führer sobre la victoria final.

No fue casualidad que el inicio de la Operación Barbarroja coincidiera con el del genocidio.

La noche del 8 al 9 de diciembre, Hitler ordenó que los submarinos alemanes hundieran barcos estadounidenses. Veinticuatro horas después pronunció un discurso en el que atacó al presidente Roosevelt, presentándolo como un títere en manos de "toda la insidia satánica de los judíos". Ese día declaró la guerra a Estados Unidos. Para algunos militares alemanes, los más lúcidos, aquel día fue el anuncio de la derrota alemana. Pensaban que el Tercer Reich no podría enfrentarse a tantos enemigos en tantos frentes simultáneos.



Auschwitz, el complejo más grande. Entre mayo y junio de 1944, 430.000 judíos húngaros fueron deportados al campo de concentración de Auschwitz, en la Polonia ocupada. Allí los mandos de las SS utilizaron a estos prisioneros como mano de obra forzada para ampliar el perímetro del campo.

Instalaciones de la muerte

El metódico sistema de exterminio contra los judíos se terminó de plasmar en la conferencia que se celebró el 20 de enero de 1942 en un fastuoso palacio situado junto al lago Wannsee, en las afueras de Berlín (ver recuadro). Ese año fueron asesinados cerca de 2,7 millones de judíos. No contento con eso, Himmler buscó la manera de que algunos presos judíos colaboraran en el esfuerzo de guerra antes de ser exterminados. Tras estudiar la situación de los campos de concentración diseminados por el imperio nazi, Himmler consideró que Auschwitz-Birkenau era la única instalación capaz de aunar el trabajo de los presos con las labores de

FOTOS: GETTY IMAGES

La conferencia de Wannsee

En la conferencia de Wannsee, altos mandos del Tercer Reich calcularon la cantidad de población judía de cada país europeo. Aquí, el documento que lo recoge.

Aunque el exterminio ya había comenzado, fue en enero de 1942 cuando los nazis oficializaron la Solución Final –aniquilación de los judíos de Europa– en la Conferencia de Wannsee, realizada en un lujoso palacete situado junto a un idílico lago del mismo nombre, muy cerca de Berlín. El protocolo de la Solución Final fue firmado por un grupo de jerarcas nazis, entre ellos Adolf Eichmann y representantes de los ministros del Reich del Interior, de Justicia, de los territorios del Este y de Asuntos Exteriores y de la oficina del plan cuatrienal.

Matanza masiva. También estaban presentes el SS-Gruppenführer Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, y los altos cargos de las SS, Gerhard Klopfer y Otto Hofmann. El jefe de ceremonias fue Reinhard Heydrich, quien sería acribillado a tiros en Praga cuatro meses después. Las labores de secretario las realizó Eichmann, que al final de la guerra logró huir a Sudamérica, aunque finalmente fue secuestrado en Argentina en los años 60 por los servicios secretos israelíes y posteriormente juzgado y ahorcado en Jerusalén.

El plan de aniquilación de judíos no incluía la matanza de gitanos, pero esta minoría también fue represaliada. A partir de aquel momento los nazis pusieron en marcha un genocidio masivo que cobró seis millones de vidas en los campos de exterminio polacos de Bełzec y de Auschwitz.

genocidio. En los alrededores de Auschwitz hubo veintiocho campos secundarios que facilitaban mano de trabajo gratuita a diversas instalaciones industriales distribuidas por la Alta Silesia. Los nazis proclamaban que la raza indogermánica tendía hacia la expansión de su territorio vital (*Lebensraum*) hacia el este. Richard Walther Darré, uno de los máximos responsables de la política racista del Tercer Reich, era un gran defensor de esa idea y de la utopía colonizadora agraria de los arios. "La existencia de un pueblo sin espacio suficiente es el problema original de la Historia desde que existe el campesinado indogermánico en Europa del norte", escribió Darré. Sus teorías fueron tomadas al vuelo por los nazis para reforzar sus pretensiones de expandir el espacio vital alemán hacia Polonia, Ucrania y Rusia, cuyos habitantes eran portadores de genes inferiores.

En el frente oriental

La invasión de los territorios del este debía proporcionar las tierras necesarias para que las falanges de la Wehrmacht se instalaran en ellas una vez finalizada la guerra. Los profesionales liberales, ingenieros y gente del mundo académico de aquellos países sometidos serían eliminados, dejando al campesinado local las labores agrícolas necesarias para alimentar al imperio. El resto del "populacho" trabajaría en las poderosas corporaciones industriales alemanas que se levantarían en aquellas naciones invadidas. El frente del este fue el más violento de la guerra y las causas hay que buscarlas en los odiosos planes de colonización y extermino que tenían en mente los nazis. "Los alemanes entraron en Rusia para colonizar el país y acabar con el Estado soviético, porque pensaban que estaba dirigido básicamente por judíos. Para alcanzar sus objetivos no dudaron en poner en marcha un plan para matar de hambre a millones de civiles", señala el historiador británico Michael Burleigh.

Días después del comienzo de la Operación Barbarroja, Himmler encargó el "Plan General para el Este", que preveía en un plazo de treinta años la deportación de 31 millones de eslavos al otro lado de los Urales y a la Siberia occidental. En aquel texto ya se hablaba del destino que les esperaba a los judíos. En el verano de 1941, Goebbels reflexionó sobre la forma de quitarse de encima a esos "piojos de la humanidad", según los consideraba el ministro de propaganda. "La única forma de lidiar con ellos es tratarlos con la necesaria brutalidad", escribió en su diario.



FOTOS: RUSSIAN GULAG MUSEUM

Golpe a las fuerzas soviéticas. Operación Barbarroja fue el nombre en clave dado por Hitler al plan de invasión de la URSS, que abrió el Frente Oriental y se convirtió en el escenario de las batallas más brutales del conflicto en Europa. En la foto, soldados alemanes tras arrasar una ciudad rusa en 1941.

Brutales mensajes nazis

La Wehrmacht también colaboró de forma activa en aquella limpieza étnica. En una orden del 12 de septiembre de 1941, el jefe de la OKW, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, afirmó que "la lucha contra el bolchevismo exige una actuación rigurosa, implacable y enérgica, sobre todo contra los judíos, los principales transmisores del bolchevismo".

Dos meses más tarde, el comandante en jefe del XI Ejército, Erich von Manstein, arreó a sus tropas con una arenga en el mismo tono: "El soldado alemán debe aceptar con comprensión que es necesaria la dura expiación que se impone a los judíos, portadores espirituales del terror bolchevique". Aquellos brutales mensajes fueron el preludio del terror nazi que se iba a desatar en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

La resistencia del Frente Oriental

Rusia no cae

En un inicio, la Wehrmacht tomó una clara ventaja frente a las tropas de Stalin, que sufrieron enormes bajas. Pero el Ejército Rojo reaccionó e incluso incorporó a su lucha sin tregua a las mujeres.

"En el campo de la muerte de Auschwitz-Birkenau, situado a unos 43 kilómetros al oeste de Cracovia, Polonia, fueron asesinadas 1.100.000 personas, de las cuales un millón eran judías, la mayor matanza masiva de la historia", señala Laurence Rees, experto en historia de la Segunda Guerra Mundial en la cadena británica BBC y autor del libro *Auschwitz: los nazis y la Solución Final*. Rees afirma que los nazis con los que habló no tenían ningún sentimiento de culpa. "Queremos creer que, pasados los años, muchos de ellos han terminado por arrepentirse. Pero la historia nos demuestra lo contrario. Porque no fueron forzados a hacer lo que hicieron. Ellos creían que actuaban correctamente", señala el historiador británico.

Judíos franceses en peligro

Pero en el Holocausto no únicamente intervinieron los alemanes. El 3 de octubre de 1940, cuatro meses después de la derrota de Francia, el gobierno títere de Vichy anunció que todos los judíos tenían prohibido el acceso al ejército, las universidades y la Administración. Al día siguiente, Vichy autorizó a los prefectos de cada departamento a "internar a todos los judíos extranjeros en campos o trasladarlos por tren a aldeas remotas". Con el paso del tiempo, el presidente francés Philippe Petáin autorizó el envío de judíos franceses a los crematorios.

En 1943, las autoridades británicas de las islas de Jersey y Guernsey, el único territorio del Reino Unido que ocuparon los alemanes, permitieron que sus conciudadanos judíos fueran deportados a los campos de exterminio. ¿Qué habría ocurrido si la Gestapo y las tropas de la Wehrmacht hubieran ocupado Lon- ➤

Colaboracionismo criminal. La Francia de Vichy – gobierno títere de la Alemania nazi– estableció un campo de concentración próximo a Orly, donde fueron internados cientos de judíos. En la foto, deportación de judíos franceses.

FOTO: EFE



El hijo de Stalin, prisionero. Al campo de concentración de Sachsenhausen fue destinado Yákov Dzhugashvili, y allí falleció en extrañas circunstancias en la primavera de 1943.

La falta de oficiales y de adiestramiento convirtió al Ejército Rojo en presa fácil al inicio.

dres? ¿Habría habido tanto colaboracionismo en Inglaterra como en la Francia de Vichy? Probablemente. Sin embargo, lo que hicieron los nazis fue tan horrible que no guarda relación con nada que podamos imaginar. Y su inductor principal fue Hitler.

Refuerzos para el Ejército Rojo

Ajeno a lo que estaba ocurriendo en Auschwitz, Stalin se proclamó el nuevo Zar rojo, el único que podía conducir los destinos de la patria amenazada. En las primeras semanas de guerra, tres millones de soldados soviéticos fueron hechos prisioneros por la Wehrmacht debido a su imprevisión; entre ellos, su hijo Yákov. Los alemanes se ofrecieron para intercambiarlo por uno de sus principales generales, capturado por las tropas soviéticas. Pero el soberbio georgiano rechazó la propuesta.

Dadas las terribles bajas que sufrió el Ejército Rojo en los primeros meses de guerra, las autoridades soviéticas pusieron toda la carne en la parrilla, lo que incluía a las mujeres. A pesar del rechazo inicial que provocó esta medida entre muchos oficiales, lo cierto es que miles y miles de rusas incrementaron los batallones soviéticos en distintos cuerpos militares. Las más conocidas fueron las aviadoras de combate, y entre ellas cobraron especial protagonismo las integrantes de la división de Bombardeo Nocturno, llamadas por los alemanes "las brujas de la noche".

Los alemanes emprendieron tres grandes ofensivas a lo largo de un frente de invasión de 1.800 kilómetros. El grupo de ejércitos Norte, al mando del mariscal de campo Von Leeb, avanzó en dirección a los Estados bálticos y Leningrado (actual San Petersburgo). El grupo de ejércitos Centro, con Von Bock a la cabeza, avanzó hacia Minsk, ciudad que capturó en pocos días. El grupo de ejércitos Sur, a las órdenes de Von Rundstedt, se dirigió hacia Ucrania. La falta de adiestramiento y de oficiales plenamente capacitados convirtió al Ejército Rojo en fácil presa de la Wehrmacht.

Stalin apela a la resistencia

Al llegar los alemanes a Moscú, el pánico se adueñó de la ciudad. Mientras se levantaban barricadas y todo tipo de defensas, las autoridades organizaron la evacuación del gobierno. Fue en aquel momento cuando Stalin, que en un inicio quedó en estado de shock ante la invasión, reaccionó y se puso al frente de la defensa de Moscú. El dictador envió un mensaje en el que pedía a la población que resistiera a ultranza a los nazis. Más al norte, las tropas alemanas sitiaron la ciudad de Leningrado, orillándola hacia la miseria, la hambruna y la muerte por los incesantes bombardeos de los invasores.

"En ningún otro lugar –ni en Dresde o en Hamburgo, arrasadas por las bombas incendiarias aliadas, ni en Hiroshima o Nagasaki, destruidas por las bombas atómicas, ni en la devastada Stalingrado o en la torturada Varsovia– se experimentó la muerte a esa misma escala", escribe Brian Moynahan en su libro *Leningrado: asedio y sinfonía*. Lo que ocurrió en esa ciudad fue una hecatombe humana de dimensiones indescriptibles. Antes de que la Wehrmacht cerrara la pinza en torno a Leningrado, los rusos organizaron la evacuación de las personalidades importantes de la ciudad,



Escuadrón femenino. La división aérea soviética de Bombardeo Nocturno estaba compuesta por mujeres (en la foto), que cobraron gran importancia en la guerra por su habilidad aeronáutica.

FOTOS: EFE /ZUMMA PRESS

entre ellas el compositor Dmitri Shostakóvich.

El 5 de diciembre de 1941, el mariscal Gueorgui Zhúkov lanzó un contraataque contra el ejército alemán, que estaba situado a unos 40 kilómetros de Moscú. Meses antes, los soviéticos habían estado transfiriendo fuerzas frescas y bien equipadas desde Siberia y el Extremo Oriente ruso hasta la capital. Stalin sabía por sus servicios de inteligencia que Japón no atacaría suelo soviético, lo que permitía desatender la defensa del extremo oriental de la URSS. Zhúkov utilizó estos refuerzos contra los alemanes. Las tropas siberianas estaban mucho más preparadas para soportar el intenso frío invernal que las alemanas, que en enero de 1942 fueron obligadas a retroceder unos 200 kilómetros.

La batalla de Kursk

La operación recibió el nombre en clave de Operación Zitadelle (Ciudadela) y se considera una de las batallas más grandes de la historia, pues participaron alrededor de tres millones de soldados, más de 6.300 tanques y unos 4.400 aviones. La fase de ofensiva soviética entre el 12 de julio y el 23 de agosto de 1943 supuso la primera derrota de los alemanes en época estival. La ofensiva alemana fue derrotada antes de que pudiera romper las defensas enemigas, lo que supuso un triunfo soviético en estrategia avanzada. El objetivo del Alto Mando alemán era organizar un último esfuerzo ofensivo en el frente del este agrupando el grueso de sus fuerzas acorazadas para acabar con la ofensiva que había iniciado el Ejército Rojo.

Último esfuerzo fallido. Durante la batalla, los rusos frenaron a los alemanes e iniciaron una serie de ofensivas que obligaron a Berlín a replegar al grupo de ejércitos del Cáucaso por temor a que fueran aislados. El Ejército Rojo llegó más allá de Járkov, donde fueron frenados por los hombres del general Von Manstein. Mientras los soviéticos resistían los ataques alemanes, llegaron noticias del desembarco aliado en Sicilia, lo que hizo que Hitler decidiera suspender los esfuerzos bélicos en el frente del este.

La batalla de Kursk marcó el inicio del contraataque soviético que culminaría meses después con la toma de Berlín. En total se produjeron unas 100.000 bajas, tres cuartas partes de ellas rusas, y se destruyeron alrededor de 7.000 vehículos de combate y cañones de asalto y unos 2.000 aviones.

Acto de afirmación patriótica

En agosto de ese año se produjo el estreno de la *Séptima sinfonía* de Shostakóvich en la sitiada ciudad de Leningrado. Inmediatamente después de un bombardeo de artillería programado para acallar los cañones alemanes, el director Karl Eliasberg levantó su batuta y comenzó a sonar la sinfonía. El estreno se radió a todo el mundo, convirtiéndose en un acto de afirmación patriótica y en un acontecimiento cultural único en la historia.

Mientras la población de Leningrado resistía el asedio, los soviéticos consolidaron sus posiciones en abril de ese año en Moscú, lo que aportó una gran dosis de moral a los ejércitos y a la población civil rusa. A partir de entonces, los alemanes tuvieron que enfrentarse a una larga y sangrienta guerra de posiciones. Hitler destituyó al general Guderian, quien fue reemplazado por el general Von Kluge. En tanto 700.000 soldados del Ejército Rojo murieron, fueron heridos o dados como desaparecidos durante los años que duró la defensa y el contraataque en Moscú. En el bando contrario, cerca de 250.000 hombres murieron, fueron heridos o dados por desaparecidos.

Desoyendo a sus consejeros y generales, Hitler no ordenó la retirada general. Su atención se desvió hacia el Cáucaso, donde la Wehrmacht parecía tener más éxito. Pero los primeros triunfos fueron tan solo un espejismo. La batalla por conquistar Stalingrado fue una de las más encarnizadas de la Segunda Guerra

Las tropas siberianas estaban mucho más preparadas para soportar el intenso frío que las alemanas.



Victoria soviética en el Frente Oriental. La batalla de Kursk (en la foto, soldados rusos), en el verano de 1943, fue el primer combate en que la ofensiva Blitzkrieg alemana fue derrotada antes de que pudiera romper las defensas enemigas, y además fue un triunfo soviético en estrategia avanzada.

FOTO: GETTY IMAGES

Mundial. La falta de alimento, el número de civiles muertos y las impresionantes bajas militares contribuyeron a crear un escenario terrible. "Tal y como pude comprobar en los archivos de Friburgo, la causa de esas bajas mortales era una grave alteración del metabolismo provocada por la combinación de malnutrición, estrés y frío", recuerda el historiador británico Antony Beevor.

Grave error táctico de Hitler

La derrota alemana en Stalingrado en febrero de 1943 marcó un punto de inflexión en la guerra. Hitler había cometido un grave error táctico y estratégico. Hubo tanta propaganda en la toma de la ciudad soviética que al final de la batalla, cuando el VI Ejército alemán dejó de existir, Hitler fue incapaz de admitir su fracaso. Desde un punto de vista psicológico, puede decirse que aquella debacle hizo decaer la moral de los alemanes. Algunos generales nazis comenzaron a pensar que la derrota era posible. Solo los más fanáticos seguían creyendo en la victoria de un Tercer Reich que duraría mil años más. Poco después se produjo el contraataque del Ejército Rojo, que puso a los nazis contra las cuerdas.

Ruptura del cerco de Leningrado

A fines de 1943, la superioridad de los ejércitos de Stalin y el crecimiento de la producción en sus fábricas de armamento anunciaron un cambio radical en el frente del este. Los rusos fueron capaces de fabricar 1.200 vehículos de combate T-34 al mes. Por aquel entonces se produjo la ruptura del cerco de Leningrado. El 14 de enero de 1944, los ejércitos soviéticos atacaron las líneas alemanas, que fueron incapaces de resistir el empuje del Ejército Rojo. En aquellas fechas, la Wehrmacht era una sombra de lo que había sido. En cuestión de días, los alemanes fueron barridos de los suburbios de Leningrado. El 10 de junio, las tropas soviéticas atacaron desde ambas orillas del lago Ládoga, haciendo retroceder a los finlandeses que colaboraban con Berlín. La ciudad fue finalmente liberada, pero cientos de miles de sus habitantes habían perecido de hambre y frío durante el asedio.

El 3 de noviembre, Hitler anunció a sus generales la decisión estratégica de no enviar nuevos refuerzos al frente oriental. "Argumentó que las fuerzas alemanas todavía contaban con un amplio espacio de reserva que protegía al Reich de los rusos, y que en cambio debía reforzar Italia, donde se habían establecido ejércitos angloestadounidenses, y Francia, donde sin duda desembarcarían pronto", señala el historiador Max Hastings. Pero en enero de 1944 saltó la sorpresa, cuando el Ejército Rojo contraatacó por el norte, liberó Leningrado y engrasó su maquinaria bélica para iniciar la ofensiva contra Alemania. En Berlín no daban crédito a lo que estaba ocurriendo en el este.

El fracaso en Moscú, Stalingrado y Leningrado echó por la borda el plan nazi de colonización de los territorios del este. Göring comparó el sacrificio de la Wehrmacht durante el largo invierno ruso con el de Leónidas y los trescientos troyanos en el paso de las Termópilas. Ya cuando comenzaba a tambalearse el poderío militar alemán, las SS y la Luftwaffe colaboraron en la creación del Escuadrón Leónidas-Staffel de pilotos de caza voluntarios para misiones suicidas. Lo dirigieron Otto Skorzeny –quien se distinguió en el rescate de Mussolini en el verano de 1943–, la piloto de pruebas Hanna Reitsch y el oficial de la Luftwaffe Heinrich Lange. El invencible ejército alemán se enfrentaba a una humillante retirada.



Maestro del combate relámpago. Apodado 'Kluger Hans' (Juan el Listo), Günther von Kluge (en la foto, a la izq.) fue nombrado comandante del ejército alemán en el frente ruso.



Derrota alemana. Con bajas estimadas en más de dos millones de personas entre soldados de ambos bandos y civiles soviéticos, la batalla de Stalingrado está considerada como la más sangrienta de la historia de la humanidad. Aquí, una imagen de Stalingrado durante el otoño de 1942.

FOTO: GETTY IMAGES; GERMAN FEDERAL ARCHIVES

De Normandía a Potsdam

La derrota del Tercer Reich

El avance del Ejército Rojo hacia el corazón nazi fue difícil de admitir para el Führer. Protegido en su búnker, a Hitler le costaba reconocer que todo estaba perdido cuando las tropas rusas ya acampaban entre las ruinas de Berlín.

Día D. El 6 de junio de 1944, las tropas estadounidenses desembarcaron en un punto de la costa de la Normandía francesa bautizado con el código Omaha Beach. El fotógrafo Robert Capa dejó testimonio de ello con su cámara.

Nada iba a frenar el avance de los soviéticos en el frente oriental y de los aliados en el sector occidental. Furioso por los salvajes asesinatos que habían cometido los nazis en Rusia, el Ejército Rojo lanzó todo su poder destructivo contra las cada vez más debilitadas fuerzas de defensa alemanas. En mayo de 1944 2,2 millones de soldados alemanes hicieron frente como pudieron a los cada vez más agresivos ejércitos soviéticos. La Operación Bagration, encabezada por el mariscal Zhúkov, se iba a dirigir de lleno contra los ejércitos centro de los alemanes.

Cerca de 2,4 millones de soldados, 5.200 carros blindados y 5.300 aviones emprendieron el ataque inicial hacia Minsk. Los rusos organizaron un segundo frente en el Báltico que avanzó hacia delante por los flancos. En junio de ese año, los angloestadounidenses iniciaron el desembarco de Normandía, lo que supuso la apertura del segundo frente.

Stalin había pedido insistentemente a los aliados que plantearan ese segundo frente en Europa occidental, ya que supondría un serio problema para los alemanes, quienes se verían obligados a luchar a la vez en dos frentes bélicos muy activos. El pueblo alemán sabía que todo estaba perdido si los rusos penetraban ➤

FOTO: MARK H. ANBINDER



Sitio y caída de Budapest. La ciudad húngara (aquí) era un importante enclave de Europa central, además de la capital del último aliado que le quedaba a la Alemania nazi, tras tres meses de dura ofensiva, fue conquistada por las fuerzas soviéticas en febrero de 1945.

por el este. Y eso era lo que estaba a punto de ocurrir. A fines de octubre, Himmler pronunció un discurso en la Prusia oriental. "Nuestros enemigos deben saber que cada kilómetro que intenten avanzar en nuestro país les costará ríos de sangre. Entrarán en un campo de minas humanas formado por combatientes fanáticos e insobornables. Cada edificio urbano, cada aldea, cada granja, cada bosque será defendido por hombres, niños y ancianos, y si es preciso, por mujeres y niñas", aseguró el jefe de las SS. En los meses siguientes, 1,2 millones de soldados alemanes y un cuarto de millón de civiles murieron ante el imparable avance del Ejército Rojo. A comienzos de diciembre de 1944, los rusos traspasaron las líneas alemanas, cruzaron el Danubio y tomaron Budapest. El 11 de febrero de 1945, cuando la resistencia húngara se hundió, los soldados rusos saquearon los comercios y las viviendas y violaron a miles de mujeres húngaras. Stalin justificó esa violencia aduciendo los sacrificios que habían afrontado sus ejércitos en su avance hacia el corazón del Tercer Reich.

La captura de Budapest costó a los rusos cerca de 80.000 muertos y medio millón de heridos. Los alemanes y húngaros perdieron a unos 40.000 hombres.

Cada vez más cerca de Berlín

El dictador ruso asumió una responsabilidad personal en las últimas grandes operaciones de guerra. El 12 de enero de 1945, ordenó que sus ejércitos lanzaran una ofensiva general desde las cabezas de puente del Vístula. Semanas después, millones de refugiados alemanes huyeron hacia el oeste por delante de los soviéticos. Cuando el sistema alemán de distribución de alimentos se vino abajo, la hambruna se ensañó con los civiles. En la retaguardia, las SS y la Gestapo vaciaron las cárceles y fusilaron a muchos presos.

El 16 de abril, los generales Zhúkov y Konev ordenaron a sus tropas que cruzaran el río Oder. El Ejército Rojo había reunido a 2,5 millones de soldados, 6.250 vehículos blindados y 7.500 aviones. Tres días después, los rusos tomaron las colinas entre Seelow y Wriezen, situadas a unos 60 kilómetros de Berlín.

Los combates causaron unas 70.000 bajas en el bando asaltante frente a las 12.000 del bando alemán. Algunas piezas de artillería de largo alcance fueron transportadas con urgencia hacia la capital alemana y en pocas horas cayeron los primeros proyectiles en la Hermannplatz, provocando la muerte de decenas de berlineses que hacían fila enfrente de los almacenes Karstadt.

Con los vehículos de combate soviéticos en las calles de la capital, Hitler comprendió entonces que había llegado el fin

Días antes, tropas estadounidenses habían alcanzado el río Elba y se detuvieron allí. El comandante en jefe, el general Eisenhower, recordó que en la Conferencia de Yalta (febrero de ese año) se había acordado que Berlín quedara bajo el control de los rusos. Al parecer, Roosevelt se lo había prometido a Stalin con la esperanza de que este lo ayudara en el frente del Pacífico.

En el corazón del Tercer Reich

Mientras las tropas rusas se encontraban a las puertas de Berlín, más de 300.000 soldados de la Wehrmacht fueron hechos prisioneros en el norte, donde la guerra prácticamente había finalizado.

El 20 de abril de 1945, el día que Hitler cumplió 56 años, el Primer Frente Bielorruso dirigido por Zhúkov comenzó a bombardear el centro de Berlín. Era la primera vez que la capital alemana sufría un ataque de artillería terrestre.

Las tropas soviéticas alcanzaron los suburbios de Berlín el 24 de abril de 1945. En el búnker de la Cancillería, un Führer derrotado y de voz temblorosa seguía dando órdenes a unas divisiones inexistentes como si aún tuviera opciones.

Con los vehículos de combate soviéticos disparando en las calles ruinosas de Berlín, Hitler comprendió que había llegado el último capítulo de su vida. No quería terminar como Mussolini, cuyo ensangrentado cuerpo fue colgado por los

Sobrevolando la capital nazi. El 20 de abril de 1945, el mismo día que Hitler cumplía 56 años, la artillería soviética comenzó a bombardear la ciudad de Berlín, que cayó en manos de la URSS el 2 de mayo. En la foto, bombarderos rusos sobrevuelan Berlín.

partisanos italianos para mostrarlo a las masas. Ordenó a sus subalternos que, una vez que se hubiera pegado un tiro, quemaran su cuerpo con gasolina.

El amor y la fidelidad fanática hicieron que Eva Braun se inmolara junto a su amado Führer horas antes de que las tropas soviéticas tomaran la Cancillería. En febrero de ese año, semanas antes de la derrota, Eva celebró en Múnich una fiesta de despedida y acto seguido se trasladó a Berlín al encuentro de su amante. El 13 de abril, la joven recabó información acerca de cómo matarse de un tiro. Podía haberse salvado, pero eligió permanecer junto a Hitler. La fidelidad que le mostró hizo que el dictador nazi aceptara casarse con ella el 28 de abril. Dos días más tarde ambos se suicidaron.

Apocalíptico final en el búnker

Las tropas del mariscal Zhúkov encontraron sus cuerpos en los jardines de la Cancillería. También hallaron los de Goebbels y su mujer Magda, que habían organizado asimismo la muerte de sus seis hijos antes de suicidarse. Tras el apocalíptico final del Tercer Reich, la conferencia de Potsdam en el verano de 1945 dividió la ciudad en cuatro zonas, ocupadas respectivamente por tropas soviéticas, estadounidenses, francesas y británicas.

El palacio de Cecilienhof albergó dicha conferencia. Actualmente el edificio es un hotel de lujo enclavado en las afueras de Potsdam (ciudad monumental cercana a Berlín). En sus jardines, los amantes de la historia pueden imaginar el ambiente de aquella decisiva jornada en la que el británico Churchill (y luego su sucesor, Clement Attlee), el estadounidense Harry Truman y el soviético Stalin ratificaron los acuerdos de Yalta, cuya finalidad era desmantelar el Partido Nazi, repartirse zonas de influencia en Europa y desmilitarizar Alemania.



Los vencedores. En febrero de 1945, se celebró en el antiguo palacio imperial de Livadia, en Yalta, Crimea, un encuentro entre los jefes de gobierno de la URSS, Reino Unido y Estados Unidos. En la foto, Stalin y Roosevelt en un descanso de la reunión.

FOTOS: GETTY IMAGES

Operación Valquiria

El 20 de julio de 1944, Hitler sufrió un atentado que apenas le provocó ligeras lesiones. Lo organizó el coronel Claus von Stauffenberg para eliminar al dictador nazi y dar un golpe de Estado que facilitara la posibilidad de firmar un armisticio con los aliados. Él mismo colocó la bomba en la sala de mapas dentro de la Guarida del Lobo, el cuartel general de Hitler. Al mediodía, la bomba estalló con gran potencia destruyendo la sala de mando, matando a cuatro oficiales e hiriendo gravemente a otros cinco.



En la sala de mapas del cuartel general nazi, conocido como la Guarida del Lobo (en la foto), el Führer sufrió un atentado del que salió ileso, y los implicados en este complot fueron represaliados.

Conspiración fallida. Stauffenberg pudo ver la humareda que siguió a la explosión y supuso que Hitler no había sobrevivido. Abandonó el cuartel y se dirigió a Berlín, donde le informaron de que el Führer solo había sufrido leves heridas. Inmediatamente comenzaron las investigaciones para esclarecer quién estaba detrás del atentado. Himmler ordenó a la Gestapo que arrestara a todo aquel que tuviera relación con los conspiradores. Se calcula que hubo en total unos 5.000 arrestos y unas 200 ejecuciones. Poco después llegó la orden de Hitler de eliminar a Stauffenberg y a otros militares que habían urdido el golpe de Estado. Al general Erwin Rommel le ofrecieron la opción del suicidio, con lo cual se evitó el juicio público a un héroe del Tercer Reich. Los medios alemanes contaron que un pequeño grupúsculo de desafectos había realizado un acto de traición que había sido desactivado, cuando la verdad era que se trató de una importante conspiración que contó con cientos de involucrados y miles de simpatizantes.

Una vez que capitularon alemanes y japoneses, las dos superpotencias vencedoras se enzarzaron en la Guerra Fría, un nuevo escenario de confrontación que incluía la posibilidad, en cualquier momento, de que estallara un devastador enfrentamiento con armas nucleares.

En Washington sorprendió la celeridad con la que los soviéticos obtuvieron la bomba atómica. En uno de sus libros, Antony Beevor señala que "gracias a sus redes de espionaje, Stalin sabía que necesitaba uranio para la construcción de una bomba atómica similar a la estadounidense, y también sabía que podía obtenerlo en el Instituto de Física Kaiser Wilhelm de Berlín". Una vez tomada la capital alemana, los soviéticos trasladaron a Moscú el uranio que encontraron.

Pánico en el Kremlin

En el verano de 1945, el sentimiento más recurrente entre los alemanes era el de la autocompasión, más que el arrepentimiento. Uno de cada tres hombres alemanes nacidos entre 1915 y 1924 había muerto en la guerra. "Durante los dos años posteriores al día de la victoria, los servicios secretos soviéticos, el NKVD, emprendieron una sangrienta ofensiva contra los insurgentes de Polonia y Ucrania, para imponer la voluntad de Stalin sobre pueblos consumidos por la amargura de haber cambiado la tiranía de Hitler por otra tiranía soviética", recuerda Hastings.

Aunque continuó hasta el final de sus días imponiendo su voluntad en media Europa, Stalin se convirtió en un hombre asediado por el miedo, las paranoias y la soledad. Es cierto que seguía invitando a altos dignatarios del régimen a su casa de campo de Kúntsevo a las afueras de Moscú, pero Stalin sentía nostalgia por los buenos años de camaradería durante la Revolución de Octubre. Según pasaba el tiempo y el dictador envejecía, sus manías iban en aumento, lo que lo hacía todavía más peligroso.

En el Kremlin cundía el pánico. Todos se sentían amenazados

> En la conferencia de Potsdam, se partió Berlín en cuatro zonas: soviética, estadounidense, francesa y británica.

por sus ataques de paranoia. La esposa judía de Mólotov, uno de los más fervientes seguidores de Stalin, fue arrestada y expulsada del partido en 1949 por la cálida bienvenida que dispensó a la enviada israelí Golda Meir. Aburrido, aunque siempre atento al nido de víboras que había creado a su alrededor, Stalin se recluyó en su casa de campo.

Jrushchov al frente de la URSS

Tras una noche de borrachera con algunos camaradas, el dictador falleció en la más absoluta soledad el 5 de marzo de 1953. Tras ser eviscerado y embalsamado, su cuerpo fue depositado junto a la momia de Lenin en el mausoleo moscovita. En 1956, durante el XX Congreso del Partido, su sucesor al frente de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov (o Krushchov), dejó sin habla a los asistentes cuando leyó el informe titulado "Sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias".

Jrushchov describió la represión ilegal a gran escala que autorizó Stalin. Lo acusó de haber liquidado a los mejores camaradas del ejército, de la deportación de grupos étnicos, de haber alimentado un enfermizo culto a la personalidad y de falsificar la historia del Partido. Aquellas revelaciones provocaron un terremoto en el Comité Central. En 1961 se ordenó sacar el cuerpo de Stalin del Mausoleo para enterrarlo fuera del muro del Kremlin. Sin embargo, la caída en desgracia del dictador fallecido no evitó que su alargada sombra siguiera ejerciendo una malévola influencia en los salones del Politburó.

Las mujeres del Ejército Rojo

Voluntarias en el frente

Francotiradoras, zapadoras, comandantes de cañones antiaéreos, instructoras, pilotos, tanquista, la URSS fue el único contendiente que admitió mujeres en unidades de combate. Por Laura Manzanera



Paciencia, sigilo y precisión. En 1943 se creó la Escuela Central de Entrenamiento de Francotiradoras. Aquí, Lyudmila Pavlichenko, reclutada en 1941 por el ejército soviético, quien recibió la medalla de Héroe de la Unión Soviética y la Orden de Lenin por su impecable labor de francotiradora durante la batalla de Odesa y el sitio de Sebastopol.

FOTO: GETTY IMAGES

Aunque no imposible, no hay duda de que habría sido mucho más difícil para el Ejército Rojo derrotar a los nazis sin mujeres en sus filas. Sirvieron en él entre 800.000 soviéticas y un millón. Una cuarta parte fueron condecoradas y más de 80 recibieron el máximo reconocimiento: Héroe de la Unión Soviética.

Esenciales para el éxito aliado en el frente oriental, las mujeres llegaron a controlar todas las especialidades militares, incluidas las consideradas más masculinas. Convivieron con la incomprensión y soportaron no pocas burlas de sus camaradas hombres, tanto que, para probar que no eran menos que ellos, solían presentarse voluntarias para las misiones más arriesgadas.

Cuando se hace referencia a las mujeres soviéticas en la Segunda Guerra Mundial, suelen aflorar historias de abnegadas madres y esposas o de sacrificadas enfermeras que pusieron su grano de arena en aras de la victoria, pero rara vez se habla de francotiradoras, artilleras o tanquistas; de las que estuvieron en primera línea de fuego. Aunque no era la primera vez que lo hacían.

En misiones de combate

Ya antes de formarse la URSS, durante la Primera Guerra Mundial, Rusia se convirtió en el primer país en permitir la entrada sistemática de mujeres en el Ejército, y no solo para desempeñar labores en la retaguardia, sino también en misiones en combate e incluso en unidades formadas exclusivamente por féminas. Sus ganas de luchar junto a sus padres, maridos o hermanos, o por ellos después de caídos en combate, parecieron infundirles un inusitado coraje y una gran capacidad de soportar la durísima vida en las trincheras.

Pese a demostrar con creces sus capacidades, contra todo pronóstico, el gobierno bolchevique terminó por disolver las unidades femeninas en noviembre de 1917, alegando que aquella había sido una medida excepcional, creada por las exigencias de la guerra. Así, se les quiso volver a relegar a su doble rol de siempre: doméstico y reproductivo. Como apunta Laurie Stoff, autora de *Women Soldiers in Russia's Great War*, "el éxito de la participación de las mujeres en el combate podría haber abierto la puerta a su participación en una variedad de áreas dominadas por los hombres, incluidas las militares. Sin embargo, no sucedió".

Al principio de la contienda, miles de jóvenes soviéticas pidieron ingresar en el Ejército, pero fueron rechazadas. Sin embargo, cuando la Wehrmacht pasó a amenazar directamente a Rusia, Stalin, contra su voluntad, se vio obligado a aceptarlas. Con los nazis cada vez más cerca de Moscú, en 1941 aprobó crear el Grupo Aéreo 122, una unidad para entrenar a mujeres, desde personal de tierra a pilotos; aunque, más adelante, en dos de ellas ingresarían algunos hombres. Tres factores influyeron en la decisión del líder soviético: la falta de pilotos varones, motivos propagandísticos y la insistencia de una mujer, Marina Raskova. Esta, conocida como "la Amelia Earhart rusa", acumulaba varios récords de distancia en vuelos civiles y, al ver lo diezmada que se hallaba la fuerza aérea soviética, tuvo la idea de formar a aviadoras militares.

Stalin claudicó, pero dejó claro que solo se aceptarían voluntarias. Y no faltaron. Se apuntaron jóvenes en masa (la mayoría tenían menos de 20 años), movidas por algo más que un sentimiento puramente patriótico; buscaban ayudar a librarse (y liberarse) del nazismo. Como dejó escrito la poetisa Yulia ➤



"Las brujas de la noche." La piloto Marina Raskova (a la derecha) creó tres regimientos aéreos de mujeres que llegaron a realizar aproximadamente 30.000 misiones en el frente oriental. Voló formando parte de la tripulación integrada por las destacadas aviadoras Polina Osipenko (izquierda) y Valentina Grizodúbova (en el centro).

Drunina, que vivió el conflicto en primera línea como enfermera de combate: "No estábamos buscando la gloria póstuma, queríamos vivir con gloria". Hubo tantas que se optó por crear tres regimientos: 586° Regimiento de Aviación de Caza, 587° Regimiento de Bombardeos y 588° Regimiento de Bombardeo Nocturno.

En busca de la gloria

El primero en entrar en acción fue el 586°, el 9 de abril de 1942, pero el más famoso fue el Regimiento 588° de Aviación de Bombardeo Nocturno, el único exclusivamente femenino durante toda la contienda. Sus integrantes llevaron a cabo más de 24.000 misiones. Tan bien lo hicieron que en febrero de 1943 recibieron el honor de cambiar su nombre por el de 46° Regimiento de Guardia, pasando a formar parte de la élite del Ejército Rojo. En total, las mujeres del 588° sumaron más de 4.400 salidas y derribaron 38 aviones enemigos. Volaban en biplanos *Polikarpov Po-2*, lentos y fáciles de "cazar". Los alemanes los apodaron *nähmaschine* (máquinas de coser) por el peculiar ruido de sus motores. Hacían hasta quince salidas la misma noche y volaban casi a ojo; sin radio, sin ametralladoras y hasta 1944 sin paracaídas para poder cargar más bombas a bordo. Para orientarse, solo contaban con una brújula y las bengalas que lanzaban para iluminar el objetivo, al que se aproximaban con el motor apagado, planeando hasta lanzar la carga. El único sonido perceptible desde tierra era el silbido del viento al rozar el avión, por eso los alemanes, comparándolo con el de una escoba voladora, apodaron a aquellas intrépidas mujeres "las brujas de la noche" (*Nachthexen*).

Las pilotos fueron especialmente subestimadas por el enemigo. La radio alemana, para mantener alta la moral de la tropa, esgrimía argumentos como este: "Todos los aviadores soviéticos han sido exterminados. Ahora Stalin ha tenido que formar regimientos (de pilotos) femeninos, que destruiremos fácilmente". Nada más lejos de la realidad. Ellas llevaron a cabo prácticamente la misma cantidad y el mismo tipo de misiones que los hombres, y su media de aciertos era equivalente, en algunos casos, mayor. Tan alto era su nivel que a los alemanes les costaba creer que fueran mujeres. "Pelean como gatos salvajes", se lamentaba un soldado germano, mientras que el capitán Johannes Steinhoff, uno de los ases de la Luftwaffe, reconocía: "No podíamos creer que los aviadores soviéticos que nos habían ocasionado los mayores problemas fueran en realidad mujeres que no temían a nada. Venían noche tras noche en biplanos muy lentos, y durante algunos periodos no nos dejaban dormir".

Pero también tuvieron de convivir con la incomprensión de sus

FOTOS: GETTY IMAGES

Lydia Litvak, as de la aviación

La piloto soviética más conocida es probablemente Lydia Litvak, una aviadora precoz que empezó a recibir clases de vuelo con solo catorce años. Derribó una docena de aviones germanos a los mandos de su *Yakovlev Yak-1*, identificable por llevar pintada una lila blanca que de lejos parecía una rosa. Por eso Lydia recibió el apodo de "la Rosa Blanca de Stalingrado".

Llegó a comandante del Tercer Escuadrón del 73° Regimiento de la Guardia. Como recoge Lyuba Vinogradova en *Las brujas de la noche*, y según la narración oficial, en una ocasión acabó con un bombardero enemigo al disparar contra él a solo treinta metros de distancia. Cayó herida en varias ocasiones, pero siguió pilotando hasta el 1 de agosto de 1943. Durante la cuarta misión de aquella jornada, fue atacada por sorpresa por aviones alemanes. Su aparato resultó finalmente abatido y cayó sobre la región de Donbás, en la actual Ucrania, durante la batalla de Kursk. No se encontró su cuerpo y el comunicado apuntaba que había "desaparecido sin dejar rastro". Aunque en 1979, debido al empeño de su mecánica, Inna Pasportnikova, se encontraron en la zona unos restos humanos, no pudo confirmarse que fueran suyos. Hasta los años noventa, con Gorbachov, no fue nombrada Heroína de la Unión Soviética.

Por solo unos días no alcanzó a cumplir los 22 años. En la última carta a su madre había escrito: "No veo la hora de echar a esas sabandijas alemanas de nuestra tierra. ¡Qué se vayan cuanto antes! Así tú y yo podremos volver a tener una vida feliz y pacífica como antes…".



Lydia Litvak apodada "la Rosa Blanca de Stalingrado" mantiene el récord de derribos en combate real a manos de una sola mujer.



Las pilotos realizaron prácticamente la misma cantidad y el mismo tipo de misiones que los hombres, y su media de aciertos era equivalente.

camaradas. Lyuba Vinogradova, en su libro *Las brujas de la noche* (Ed. Pasado y Presente, 2016), recoge algunos testimonios al respecto. Así se lamentaba el comandante Ivan Kleshiov: "Me duele y me avergüenza ver a mujeres sirviendo en la guerra, como si los hombres no pudiéramos librarnos de una ocupación tan poco femenina. Además, no van a hacer otra cosa que llorar". Lloraran o no, si algo no les faltaba era coraje.

En Stalingrado, ante los potentes reflectores y antiaéreos alemanes, adoptaron una práctica casi suicida. Volaban tres aparatos a la vez, dos delante para llamar la atención, y cuando eran detectadas se separaban para que los focos las siguieran. Mientras, la tercera piloto, con el camino libre, bombardeaba el blanco sin apenas obstáculos. Iban rotando hasta que los tres aviones se quedaban sin bombas.

La pesadilla de los nazis

Muchas pilotos murieron en acción, como la propia Marina Raskova, caída en enero de 1943. Pero se convirtieron en una pesadilla para los nazis y son, entre las combatientes, las que han cosechado mayor reconocimiento, superando con creces a sus predecesoras en la Primera Guerra Mundial, entre las que despuntó la princesa Eugenie Shakhovskaya, la primera piloto de combate de la historia.

Si bien en un principio eran motivo de burla, su arrojo y eficacia las convirtieron en heroínas de la lucha antifascista, y por tanto en leyenda. Es cierto que los principales contendientes de la guerra emplearon pilotos femeninas. Estados Unidos, sin ir más lejos, creó una organización paramilitar, la Women Airforce Service Pilots (WASP), formada por casi 1.000 mujeres. Se encargaba de trasladar aviones desde fábricas a bases militares o puestos de embarque, o a transportar blancos para prácticas de la artillería, pero tenían prohibido luchar.

Pese a los éxitos en el aire, muchas más fueron las mujeres que lucharon en tierra. Apenas se habla, pero la defensa de Leningrado recayó en gran medida en unidades femeninas. Hay que tener presente que en 1942, dado que muchos hombres estaban destinados a otras zonas, el 75% de la población de la ciudad eran mujeres. Muchas fueron desplegadas en unidades de defensa antiaérea.

La más conocida es la 1077ª, famosa por enfrentarse a la 16ª División Panzer alemana, que el 23 de agosto de 1942 recibió la orden de destruir la fábrica de tractores de Stalingrado, que entonces fabricaba tanques. Sin cañones ni tropas de infantería, los soviéticos no estaban preparados para un ataque de esa magnitud. Solo disponían de la 1077ª con 37 cañones antiaéreos M1039. Aquellas jóvenes artilleras hicieron lo único que podían hacer: bajar sus cañones cuanto pudieron y disparar. Lograron frenar la ofensiva durante dos días, hasta que los blindados germanos, claramente superiores, se impusieron. Para entonces habían destruido 83. La sorpresa de los alemanes al hallar solo cadáveres de mujeres fue mayúscula.

Desapercibidas en territorio hostil

Eficacia no faltó, tampoco, a las francotiradoras. Como otras muchas camaradas, en un primer momento subestimadas, pronto demostraron su capacidad y recibieron



Fusil en mano Las tropas femeninas soviéticas de tierra tuvieron un papel decisivo en grandes batallas como la de Leningrado (en la imagen superior, durante el cerco en 1942) o la de Stalingrado. Arriba, una de las francotiradoras más valoradas del frente oriental: Alexeyevna Lobkovskaya.

FOTOS: GETTY IMAGES; LATINSTOCK

Las guerrillas de partisanas

En determinados momentos de la contienda, las unidades partisanas (guerrilleras) llegaron a desempeñar un papel notable, convirtiéndose en símbolo de la resistencia. Y en ellas hubo mujeres, casi un 10%. De hecho, la de partisana fue la primera función permitida a las mujeres como combatientes, pues tenían más opciones que los hombres para moverse con facilidad y actuar de mensajeras y exploradoras, y por eso se les dejó llevar armas.

Las partisanas (*partizanka*) causaron considerables problemas tanto en la línea alemana de suministro como en las fuerzas de retaguardia, y algunas de ellas llegaron a ser jefas. Entre estas cabe mencionar a Liza Ivanova, convertida en líder: en 1941 organizó un grupo de 68 hombres y mujeres guerrilleros a los que comandó.

También despuntó Nadezhda Troyan. Aparte de desempeñar labores de enfermería y asistencia a las familias de los partisanos y de realizar trabajos de inteligencia, ejerció de partisana en la región de Minsk. Entre otras misiones, ayudó a volar puentes y a destruir transportes enemigos.

Una partisana legendaria fue Anna Morozova, que al inicio de la guerra apenas tenía 20 años de edad y trabajaba como contadora. En mayo de 1942 pasó a dirigir una brigada partisana internacional, soviético-polaco-checoslovaca, la 1ª Brigada Partisana Kletnyanskoy, encargada de sabotajes y de acciones por sorpresa en la retaguardia enemiga. En diciembre de 1944 resultó herida y, para evitar caer en manos alemanas, se inmoló haciendo explotar una granada.


Muchas mujeres rusas empuñaron las armas contra las fuerzas alemanas formando guerrillas de partisanas a partir de julio de 1941, tras un llamamiento de Stalin por radio.

adiestramiento. En mayo de 1943 se creó la Escuela Central de Entrenamiento de Francotiradoras, que en dos años formó a más de 1.000 y a unas 400 instructoras. Los alemanes también encontraron para ellas apodos más o menos ofensivos: "feroces mujeres del rifle", "bestias bolcheviques", "amazonas carentes de feminidad", etc.

Para este tipo de trabajo, las mujeres parecían reunir las cualidades ideales: paciencia, sigilo, precisión, resistencia y habilidad de tiro. Con una ventaja añadida: poder disfrazarse, por ejemplo, de campesinas, y así pasar desapercibidas por territorios controlados por el enemigo y acercarse a sus dianas preferidas: los oficiales nazis.

Todo ello las hacía especialmente peligrosas. Tanto, que los alemanes tenían instrucciones de ejecutarlas al instante en caso de capturarlas. Aun así, muy pocas fueron apresadas, pues se guardaban una última bala para usar en caso extremo con ellas mismas. Se calcula que solo sobrevivió una cuarta parte de cuantas salieron de la escuela.

A todas las movían las ansias de destruir al invasor. Así se sinceraba, en una carta a su familia, Natasha Kovshove: "Mi odio y desprecio por las malditas bestias fascistas crece más fuerte cada día, con cada batalla. Apuntaré a las alimañas. Dispararé bala tras bala contra sus repugnantes cráneos".

Entre las francotiradoras más conocidas figuran Maria Ivanova Morozova y Nina Alexeyevna Lobkovskaya. Y también Natalia Kovshova y Maria Polivanova, que formaban equipo: Maria era asistente de tiro, es decir, informaba de las variables climáticas o la proximidad del blanco a su compañera, que era quien disparaba. Pero la más temida y mortífera actuaba en solitario; Lyudmila Pavlichenko, que dado su poco peso se ocultaba con frecuencia en las copas de los árboles, combatió en Odesa y en el sitio de Sebastopol, en la península de Crimea, y acumuló 309 bajas confirmadas, incluidas

De las aulas a la batalla. A partir de 1941 muchas estudiantes soviéticas acudieron a la oficina de reclutamiento para alistarse. Allí, los comandantes intentaban convencerlas de que serían útiles en el cuerpo de enfermería, pero muchas de ellas demostraron ser más valiosas en otros campos. Abajo, dos estudiantes de la Escuela de Teatro de Moscú alistadas en el Ejército.



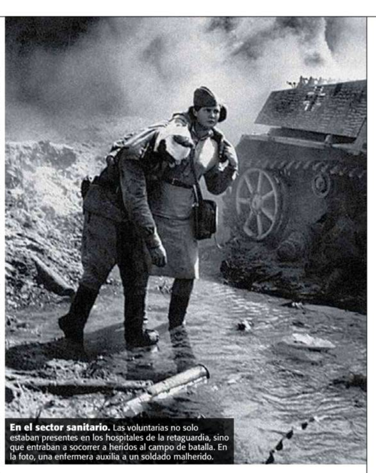
FOTOS: GETTY IMAGES

las de 36 francotiradores germanos. Una cifra récord, más teniendo en cuenta que dejó de luchar en junio de 1942, cuando fue herida por fuego de mortero. Ya no volvió, pero entrenó a cientos de francotiradores.

Aunque no fue el ámbito donde más destacaron, también hubo mujeres en los tanques T-34; entre las más sobresalientes, Aleksandra Samusenko y Mariya Oktyabrskaya. Aleksandra tenía experiencia previa como combatiente, pues había participado en la Guerra Civil española y en la llamada Guerra de Invierno, que estalló cuando la URSS invadió Finlandia. Como comandante de tanque tomó parte en la batalla de Kursk, uno de los mayores enfrentamientos de la contienda. Falleció durante el asalto del Ejército Rojo a Berlín.

El caso de Mariya Oktyabrskaya resulta más curioso. Se interesó por la vida militar tras casarse con un oficial y, aparte de formarse como enfermera, aprendió a manejar armas y conducir vehículos. Tras la muerte de su marido en el frente, vendió cuanto poseía para poder costear la fabricación de un T-34 y, a cambio, solicitó pilotarlo. Ingresó, como conductora y mecánica, en la 26ª Brigada de Tanques y no tardó en entrar en combate. En enero de 1944, durante una ofensiva nocturna, su vehículo fue alcanzado y ella herida. Falleció tras dos meses en coma. También recibió el título póstumo de heroína.

Pero no puede hablarse de mujeres en el Ejército Rojo sin mencionar a las componentes del sector sanitario. Sumaban alrededor de un 40% de los médicos, el 43% de los asistentes médicos y el 100% de las enfermeras, y no trabajaban solo en la retaguardia o en hospitales de campaña. Con frecuencia entraban en el campo de batalla para socorrer a los heridos bajo el fuego y armadas por si habían de disparar. Por eso se consideraban parte del "segundo frente", en el que también estaban las encargadas del abastecimiento y la logística.



En el sector sanitario. Las voluntarias no solo estaban presentes en los hospitales de la retaguardia, sino que entraban a socorrer a heridos al campo de batalla. En la foto, una enfermera auxilia a un soldado malherido.

FOTO: GRIGORIY KONOVALOV

Las francotiradoras eran tan peligrosas que los alemanes tenían instrucciones de ejecutarlas al instante en caso de captura.

Fueron muchas las que salvaron la vida de soldados arrastrándolos fuera del campo de batalla. Un ejemplo significativo es el de la sanitaria Valeriya Osipovna Gnarovskaya en Ucrania. Estaba cuidando a un grupo de heridos cuando vio acercarse tanques alemanes. Sin pensarlo, tomó unas cuantas minas y corrió hacia uno de ellos. Lo destruyó, pero ella murió, con 19 años.

Un último sector, no cuantitativamente destacable pero sí relevante, fue la Marina, donde la presencia femenina resultó un hecho inusitado a nivel mundial, pues los barcos, tanto de guerra como civiles, fueron siempre territorio masculino. Una de las pioneras fue Valentine Y. Orliko, que ya contaba con dos hitos: convertirse en capitana de un barco pesquero de la clase BMRT (de grandes dimensiones y congelador de arrastre) y en capitana de un ballenero. Había estudiado Comunicaciones y ya durante la guerra se graduó en Ingeniería de Transportes Marítimos. Sirvió en distintos buques y llegó a ser tercer oficial del *Dvina*.

Luchadoras fuera de sus fronteras

El soviético fue el único ejército regular que empleó mujeres en roles de combate, muy por delante de otros países que no empezarían a hacerlo hasta décadas después. El mérito de estas luchadoras fue doble: más de la mitad participaron en algún momento en primera línea, y fueron las únicas combatientes que lucharon más allá de la frontera de su país. Pese a ello, su participación ha sido infravalorada, relativizada y hasta silenciada. Svetlana Alexiévich, autora de *La guerra no tiene rostro de mujer* (Debate, 2015), se pregunta: "¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? Falta de confianza. Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida…".

Al desconocimiento contribuyó el anticomunismo imperante del que se contagió la historiografía occidental –en especial, el odio que despertó la figura de Stalin– y la visión androcéntrica de la mayoría de los historiadores. Algo que, aunque en menor grado, sigue estando presente.

Parte de culpa de este olvido la tiene la URSS. Durante la guerra las combatientes fueron tratadas como heroínas y usaron su imagen como propaganda, pero una vez acabada esta perdieron visibilidad, y no empezarían a recuperarla hasta los años 50, con Nikita Jrushchov como presidente. Además, desde esta parte del mundo se ha tendido a verlas como mera propaganda comunista, minimizando su importancia. En los últimos años, algunos investigadores han ido visibilizando su papel, pero aún queda mucho por hacer para que dejen de presentarse de forma anecdótica, sensacionalista y casi folclórica.

Sea como sea, lo que está claro es que difícilmente la URSS habría tenido el protagonismo que tuvo en la derrota nazi de no ser por el rol desempeñado por las mujeres del Ejército Rojo. Sin su aporte, es posible que el desenlace hubiera sido diferente.

Propaganda nazi y soviética

La batalla multimedia

Los nuevos medios de comunicación de masas (radio, cine, prensa, cartelismo) no pasaron inadvertidos a Hitler y Stalin como armas para el adoctrinamiento de sus pueblos. Por Roberto Piorno

"Propaganda, propaganda, propaganda. Lo que importa es la propaganda". Palabras de Adolf Hitler, y reflexión que condensa el papel protagónico del arte de la persuasión, de la manipulación de las masas, en el ideario y en los principios del nazismo. En efecto, la propaganda fue uno de los motores más potentes del engranaje político-social del III Reich. Hitler y, a su sombra, Goebbels, desarrollaron un ambicioso programa propagandístico multimedia; una concienzuda estrategia de instrumentalización de la información para influir en la voluntad colectiva de las masas, a las que manejaban a su antojo modelando una incontestable equivalencia entre el sentimiento patriótico, convenientemente inflamado por los líderes del régimen, y los intereses y principios del partido. En efecto, la propaganda consiguió una mímesis casi perfecta entre el Estado nacionalsocialista y el pueblo alemán, mediante la explotación sistemática de todos los canales de comunicación a disposición del régimen. Lo cierto es que el abanico de herramientas en manos del poder para ejercer ese adoctrinamiento e instrumentalización de la masa, concebida por los nazis como un ente manipulable y vulnerable a la presión del Estado, se había multiplicado en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Evolución de la propaganda

Todas las potencias entendieron la importancia de la propaganda como medio de persuasión en vanguardia (las tropas del frente) y retaguardia (la población civil), pero también en el exterior como instrumento para debilitar la moral del enemigo. Hitler estaba convencido de que el colapso en la moral de las tropas alemanas en 1918 había sido causado por la extraordinaria efectividad de la propaganda aliada, y muy especialmente la británica, durante la Primera Guerra Mundial, donde por vez ➤



El combate de las ondas. Junto con el cine, los periódicos y los carteles, la radio se convirtió en una herramienta de guerra psicológica de masas de primer orden. En la foto, berlineses ante una tienda de aparatos de radio escuchan las noticias del frente.

FOTO: GETTY IMAGES

primera la persuasión a través de los medios de comunicación ejerció un papel decisivo en la suerte de un conflicto armado de escala internacional.

Las técnicas propagandísticas siguieron evolucionando y desarrollándose en el transcurso de la Revolución Rusa y de la Guerra Civil Española, conflicto en el que se produjo una eclosión del arte de la cartelería como herramienta política y, sobre todo, la aparición de la radio, canal privilegiado para difundir los mensajes y consignas de los dos bandos en disputa. La Segunda Guerra Mundial, y de manera muy singular en Alemania y en la Unión Soviética, exprimió todas estas herramientas perfeccionando las técnicas y adaptándolas a las necesidades concretas de un conflicto de escala planetaria. Tanto en Alemania como en la URSS se fomentó la cristalización de un nacionalismo a ultranza a través de una coraza de autoestima nacional, basada en el culto al líder, la exaltación de la identidad común y la construcción de una imagen estereotipada y degradante del enemigo, salpicada de tintes xenófobos en el caso de la Alemania nazi.

El filtro de la censura

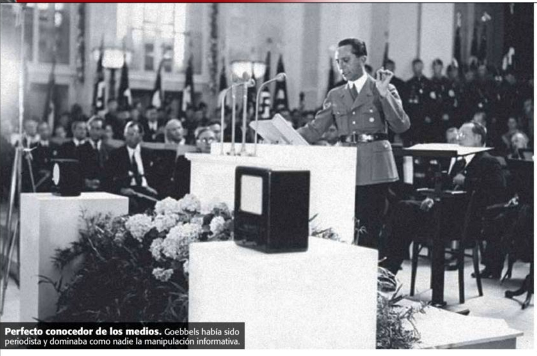
Tras la llegada de Hitler al poder en 1933, el Führer no perdió tiempo en el empeño de ganarse a los alemanes, preparando el terreno de lo que estaba por venir. Se creó con este propósito el Ministerio de Propaganda, a cuyo frente el líder nazi situó a uno de sus hombres de confianza: Paul Joseph Goebbels. Hitler se reunía prácticamente a diario con su ministro para consensuar las directrices propagandísticas del régimen, tal era la importancia estratégica de las políticas adoptadas en este departamento. Una de las primeras medidas fue la materialización de mecanismos de control de periodistas, escritores y medios de comunicación en general para que asumieran incondicionalmente la agenda del gobierno, prohibiendo la publicación de todas aquellas noticias e informaciones que no hubieran pasado el filtro de la censura. Todos los profesionales del gremio estaban obligados a inscribirse en un registro que facilitaba la estrecha supervisión de sus publicaciones y actividades. Una supervisión que Goebbels no gustaba delegar en terceros, si no era necesario, de tal modo que su participación en el filtro de contenidos y en la edición y distribución de periódicos fue muy intensa desde el primer momento, y llegó a tomar el control de varias publicaciones simpatizantes con la causa nazi. El ministro había trabajado como periodista en el pasado y conocía el medio a la perfección. A él se debe la publicación de uno de los periódicos del nazismo más icónicos, *Der Angriff*, que fue uno de los canales de transmisión de propaganda nazi por antonomasia hasta su última tirada en abril de 1945. Con todo, y por importante que fuera el control de la prensa escrita, el auge de los nuevos medios, como la radio o el cine, marcó por completo la agenda del Ministerio en los años de la guerra.

Adolf, estrella de la radio

La Guerra Civil Española fue el primer gran conflicto radiado, y el primero en el que las partes beligerantes pudieron introducirse en el hogar de los civiles a través de las ondas. Soviéticos y alemanes supieron sacar el máximo partido a esta nueva herramienta de guerra psicológica. Goebbels se propuso que en cada familia alemana hubiera un receptor de radio, y por esa razón se pusieron a la venta millones de unidades de la llamada "Radio del Pueblo", un transmisor al alcance de todos los bolsillos. Los contenidos de la programación radiofónica eran completamente uniformes, con los célebres y apasionados discursos del Führer como estrella de la programación. Se trataba de un instrumento más en la estrategia global de lavado de cerebro, que tenía también un elemento esencial en el cine. La llegada de los nazis al poder provocó el exilio de la mayoría de los grandes cineastas alemanes (con Friedrich W. Murnau, Frintz Lang o Billy Wilder a la cabeza), pero otros se quedaron y pusieron su incuestionable talento al servicio de la propaganda nazi. Fue el caso de Leni Riefenstahl, ojo derecho del régimen que puso a su entera disposición todos los medios imaginables y fue autora de cintas como *Olympia* y *El triunfo de la voluntad*, donde loaba las bondades y excelencias del proyecto hitleriano.

Adoctrinar entreteniendo

El cine fue una de las herramientas de manipulación política predilectas de Goebbels, que decidió nacionalizar la industria para controlar toda la producción nacional, gestionando directamente productoras como UFA, con la que se ejecutaban proyectos cinematográficos afines al régimen. Un régimen que, con


Perfecto conocedor de los medios. Goebbels había sido periodista y dominaba como nadie la manipulación informativa.

todo, entendió que era esencial dosificar el adoctrinamiento y permitió la supervivencia de un cine de entretenimiento y evasión sin pretensiones, destinado a ofrecer un escape a la población civil entre tantas penurias.

Goebbels era, por otro lado, un maestro de la puesta en escena, y uno de los aspectos más cuidados de la propaganda nazi eran los desfiles, entre canciones patrióticas, exhibición de músculo militar, vistosos estandartes y, naturalmente, los multitudinarios discursos de Hitler, alrededor de un mensaje con fuerte carga emocional y una gestualidad estudiada al milímetro, que seducía y encandilaba a las masas. El discurso filtrado a través de todos esos medios de seducción de multitudes se centraba fundamentalmente en el enaltecimiento del régimen, en la exaltación de la raza aria y en la identificación nítida de dos "demonios" externos: los judíos y los comunistas soviéticos. La idealización del buen soldado alemán, civilizado y compasivo con el enemigo, en contraste con las "hordas bolcheviques" que amenazaban la existencia misma de la cultura occidental, era un tema recurrente; elemento fundamental, por otro lado, en el empeño de justificación moral de la guerra a ojos del pueblo alemán. El "terror rojo" era el fantasma que mantenía unida a la población civil respaldando ciegamente al Führer, único antídoto contra la expansión de ese mal, en una dicotomía germano-soviética que alcanzó su punto álgido durante la campaña de Stalingrado: una contienda interpretada en clave interna, debido a las maniobras propagandísticas de Goebbels, como un duelo entre civilización y barbarie.

Odio al enemigo y exaltación nacional

Los soviéticos tenían escuela propia en el arte de la propaganda con el perfeccionamiento de las técnicas de persuasión durante la Revolución Rusa, pero el estallido de la guerra contra Alemania, el 22 de junio de 1941, exigió redoblar los esfuerzos de control, dosificación y difusión de la información para mantener la fe en la victoria, exacerbando el odio al enemigo como elemento de cohesión interna.

La propaganda soviética tenía en la defensa del

FOTOS: GETTY IMAGES

Una imagen vale más que mil palabras

No fue hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial cuando el cartel dejó de ser un mero soporte publicitario para convertirse en un arma de guerra psicológica y de propaganda de primera magnitud, así como en una singular coartada para fusionar arte y política. La Revolución Rusa, la Guerra Civil Española y el auge de los estados fascistas dieron nuevos bríos al cartelismo, en el que pronto los nazis demostraron su maestría sacando todo el partido a un medio que consentía una gran difusión con una inversión económica muy modesta. Los carteles nazis estaban repletos de consignas directas que apelaban a las emociones del receptor y le vendían las bondades del nuevo régimen, el bienestar económico resultante y la necesidad de implicar a todos los civiles en la retaguardia mientras durara el esfuerzo bélico, y en ellos se cargaban las tintas contra el enemigo bolchevique y judío.

Vanguardia con causa. En el cartel soviético, por su parte, confluyeron algunos de los movimientos artísticos de vanguardia en boga a comienzos del siglo pasado, como el constructivismo o el realismo socialista, dando lugar a una generación de artistas plásticos-cartelistas de primer orden que no dudaron en poner su talento al servicio de la causa comunista, como Alexander Rodchenko o El Lisitsky, que crearon escuela y produjeron auténticas obras de arte. El cartel soviético buscaba asegurar la adhesión de la sociedad contra el diabólico enemigo nazi, con imágenes diseñadas para mantener alta la moral de la población –heroicos soldados rusos sojuzgando a cobardes soldados nazis– y movilizar a la retaguardia, especialmente a las mujeres, para fortalecer la industria de guerra.



marxismo-leninismo y, como en Alemania, en la identificación entre los intereses del partido único y la causa nacional, dos pilares esenciales, pero con la creación en 1941 de la Oficina Soviética de Propaganda Política y Militar se volcaron todos los esfuerzos en desarrollar un sentimiento antinazi. A fines de año, ya se publicaban hasta dieciocho periódicos propagandísticos, algunos de ellos en alemán. Stalin se dirigía a su pueblo para advertirlo del propósito nazi de exterminar a todos los pueblos de la Unión Soviética. Si Hitler había encontrado en el comunismo soviético el antagonista perfecto para inflamar el patriotismo de civiles y militares en Alemania, Stalin hizo lo propio, valiéndose de todo el músculo propagandístico del Estado, para mantener alta la moral agudizando el odio al nacionalsocialismo. Desde las páginas de *Pravda*, el canal propagandístico por excelencia del Partido Comunista desde la Revolución Rusa, los alemanes eran caricaturizados como asesinos sin entrañas, máquinas de matar que jamás hacían prisioneros, capaces de perpetrar las más horrendas atrocidades. Se trataba de negar la humanidad del enemigo a través de un concienzudo proceso de despersonalización, que pretendía proyectar una imagen animalesca del invasor alemán.



Hasta el último rincón de la URSS. Stalin entendió la importancia de la radio para hacer llegar su mensaje a una población en gran parte analfabeta y ubicó receptores por todo el país. Arriba, campesinos del koljós de Pokrovsk (Ucrania) escuchan por primera vez la radio, en 1932.

La deshumanización del enemigo fue clave en la propaganda de Alemania y de la URSS.

FOTOS: GETTY IMAGES

Stalin, héroe del cine épico

El cine era una plataforma idónea para construir este estereotipo, mediante imágenes que enfatizaban la crueldad de los soldados alemanes hacia los prisioneros rusos o la persecución de los judíos. Noticiarios y documentales como *La derrota de los germanos* tuvieron especial relevancia en 1942, a medida que se producía el avance alemán en Rusia en el transcurso de la Operación Barbarroja, mostrando la destrucción y quema de pueblos, los asesinatos y ejecuciones, con el fin de desatar la sed de venganza en el frente y en la retaguardia. Pero el cine no fue únicamente una potente herramienta antigermana, sino también una plataforma fundamental para promocionar las virtudes del régimen y la grandeza del camarada Stalin.



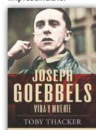
Soviéticos y nazis sacaron el máximo partido al cartelismo. A la izquierda, cartel ruso con el lema "¡Luchemos por Moscú!"; arriba, cartel de alistamiento en las Juventudes Hitlerianas.

Al igual que la Alemania nazi, la URSS nacionalizó la industria cinematográfica para ponerla al servicio del Estado. En ese estrecho margen de libertad creativa se movió el gran Serguéi M. Eisenstein, que dirigió en este periodo *Alexander Nevsky*, que relata el enfrentamiento de un príncipe ruso del siglo XIII contra, no por casualidad, los caballeros teutones; una idealización del propio Stalin. Los soviéticos también exprimieron las posibilidades que la radio ofrecía de llegar a millones de civiles en sus casas a diario. Para conectar con la población analfabeta se ubicaron receptores en lugares públicos en los rincones más remotos, logrando así que el mensaje llegara a todo el mundo. Un mensaje que abogaba por la forja de un nuevo hombre soviético en torno a una gran familia "nacional" cuyo padre no era otro, naturalmente, que Stalin. Un proyecto que debía superar una prueba de fuego en la gran guerra patriótica en que la propaganda convirtió el enfrentamiento, a vida o muerte, con Alemania.

LIBRO

Joseph Goebbels: vida y muerte

Toby Thacker, Ariel, 2010. La primera biografía del ministro de Propaganda de Hitler basada en sus diarios y notas desclasificados. Imprescindible.



último

Una fotografía mítica. La tomó el joven fotógrafo soviético Yevgeni Jaldéi el 2 de mayo de 1945, y en ella vemos a un soldado del Ejército Rojo ondeando la bandera de la URSS, con la hoz y el martillo, desde el tejado de un devastado Reichstag (el edificio del Parlamento, en Berlín). La imagen dio la vuelta al mundo y ha quedado para la Historia como un símbolo del fin de la Segunda Guerra Mundial y un ícono indeleble de la derrota del nazismo.

La caída de Berlín y el fin del Tercer Reich

Guerra en Europa: acto

El 24 de abril de 1945 las tropas soviéticas llegaron a los suburbios berlineses, ocho días después, la capital alemana caía en manos de los aliados. Fue el final del Führer nazi, al que su némesis, el Zar rojo, sobreviviría casi una década. Por Fernando Cohnen

El último acto de la guerra en Europa comenzó en enero de 1945, cuando Iósif Stalin lanzó todo el poder destructivo de sus ejércitos contra las cada vez más debilitadas fuerzas de defensa alemanas en Prusia Oriental. Una vez sobrepasadas estas, el líder soviético aleccionó a sus oficiales para que se dirigieran de inmediato a Berlín. Entre junio de 1944 y marzo de 1945, la Wehrmacht perdió cientos de miles de soldados y 3,5 millones de rifles. Tras la desastrosa campaña en Rusia, los alemanes estaban totalmente exhaustos.

"En un boletín de noticias casi histérico, emitido el 20 de enero de 1945, Radio Berlín describía la ofensiva soviética como una invasión masiva, que debía compararse, por su escala e importancia, con las antiguas venidas de las hordas mongolas, los hunos y los tártaros", escribe el historiador británico Max Hastings en su libro *Se desataron todos los infiernos*. Las brutalidades que habían cometido los alemanes en su avance hacia Moscú y Leningrado les habrían de pasar factura pocos años después.

En enero de ese año murieron 450.000 alemanes. Durante los últimos cuatro meses de la guerra fallecieron más alemanes que en todo el periodo de 1942-1943. En su avance hacia Alemania, las tropas del Ejército Rojo no tuvieron piedad con los enemigos que se rendían.

Stalin a la carrera... nuclear

"Todos los soldados rusos sentían una enorme satisfacción al ver que la destrucción que los nazis habían causado en su patria se extendía ahora al territorio alemán", señala Hastings. Millones de refugiados huyeron hacia el oeste por delante de las tropas soviéticas. Era una marea humana incontenible de la población, que ya no tenía nada que perder, salvo la vida.

FOTOS: GETTY IMAGES

En su paranoia, Stalin quería hacerse de la capital alemana antes que sus aliados occidentales porque le preocupaba que los nazis llegaran a un acuerdo de paz con los estadounidenses, lo que era prácticamente imposible en aquellos momentos finales del Tercer Reich. Pero, además de los factores políticos y de sus propios fantasmas, el dictador soviético tenía otras razones para querer llegar primero a la capital alemana.

Según apunta el historiador británico Antony Beevor en su libro *Berlín, la caída: 1945*, Stalin sabía que un importante equipo de científicos estaba trabajando en Estados Unidos en la fabricación de una bomba nuclear. El problema era que Rusia apenas tenía yacimientos de uranio, el mineral indispensable para diseñar una bomba similar, por lo que necesitaba de apropiarse de las cantidades que acumulaban los alemanes en el Instituto de Física Kaiser Wilhelm de Dahlem, una zona residencial situada al suroeste de Berlín.

En aquel lugar, los alemanes trabajaban en su programa nuclear. El 25 de abril de 1945, tropas de la policía secreta soviética (NKVD) se hicieron con parte de ese importante botín. El deseo de venganza, el miedo a una alianza occidental con los nazis y el uranio alemán obsesionaron a Stalin de tal modo que no dejó de presionar a sus generales para que tomaran Berlín antes que los estadounidenses, lo que le costó al Ejército Rojo miles de muertos. Para cumplir sus planes, Stalin azuzó a sus dos mejores mariscales, Iván Kónev y Gueorgui Zhúkov, haciéndolos competir para ver cuál de ellos tomaba antes la ciudad.

Hitler en el búnker

En febrero de 1945, los oficiales alemanes más lúcidos sabían que la guerra estaba perdida y que la resistencia solo conllevaría más sufrimiento y muerte para el pueblo alemán, pero Hitler ➤



Aliados por poco tiempo. Sobre estas líneas, el mariscal británico Bernard Montgomery (con boina y bigote) junto al mariscal Zhúkov y otros militares rusos en Berlín, en 1945. La URSS de Stalin y el bloque occidental serían pronto irreconciliables enemigos.

Stalin quería llegar a Berlín antes que Estados Unidos para quedarse con el uranio alemán y evitar un pacto de los nazis con las potencias occidentales.

rechazó la capitulación hasta el final, lo que provocó la devastación del país. “Nunca se extinguieron tantas vidas, fueron destruidas tantas ciudades y asoladas tantas regiones”, escribe Joachim Fest, historiador alemán y biógrafo de Hitler. Las ciudades de Potsdam y Chemnitz y gran parte de la gente que las habitaban fueron aniquiladas por los bombardeos de los aliados. En las semanas finales del régimen nazi morían cada día cerca de 10.000 soldados rasos, sin contar a los civiles que fallecieron por causa de los bombardeos aliados a las principales ciudades alemanas.

En ese mismo febrero de 1945, mientras los estadounidenses y británicos lanzaban sus últimos ataques aéreos sobre Berlín, Hitler y sus cercanos bajaron al búnker para organizar el contraataque del Tercer Reich. El dictador vivía parapetado entre paredes de hormigón de cuatro metros de ancho. Era una especie de ataúd con una veintena de estancias subterráneas a prueba de bombas, cuya entrada se encontraba en los jardines de la antigua Cancillería, situada en la Wilhelm Strasse. Una empinada escalera descendía a las profundidades de aquel siniestro refugio desde el que Hitler y sus más estrechos colaboradores dirigieron los últimos compases de la guerra, en un ambiente que día a día se fue haciendo irrespirable entre los penetrantes olores de los motores diésel que proporcionaban luz y agua al búnker y el hedor a sudor y orines de tanta gente reunida en tan pocos metros cuadrados.

Al lado de los aposentos de Hitler se encontraba la sala de conferencias donde se analizaba la precaria situación del Tercer Reich. Física y mentalmente, Hitler era un desecho humano. Mientras Alemania sufría el mayor castigo de su historia, su Führer vivía escondido en el búnker de Berlín.

Si el Führer cae, que muera Alemania

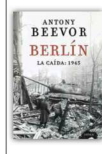
En aquella especie de sepulcro infernal, el jerarca nazi afrontó la caída de su frustrado imperio dictando órdenes a unas divisiones que solo existían en su cabeza. Avejentado, encorvado y con un brazo tembloroso, desoyó los consejos de sus consejeros y militares, a los que increpaba a gritos en muchas ocasiones, tachándolos de ineptos y traidores.

Desde hacía días, las noticias que llegaban del frente eran desalentadoras: las líneas defensivas alemanas iban cediendo ante el empuje de los aliados. El 19 de marzo, Hitler intuía el resultado final de la guerra y firmó un decreto sobre las medidas de destrucción de las industrias y los recursos de los que todavía disfrutaba Alemania. Si el Tercer Reich se hundía, el país no tenía derecho a sobrevivir,

FOTOS: GETTY IMAGES

LIBRO

Berlín, la caída: 1945
Antony Beevor, Crítica, 2012. El historiador reconstruye en este libro la última gran batalla europea de la II Guerra Mundial y la terrible agonía del Tercer Reich: violaciones, bombas, destrucción masiva...





pensaba el Führer. Guderian, jefe del Estado Mayor, y Albert Speer, ministro de Armamento, se pusieron de acuerdo para impedir la aplicación de aquel enloquecido decreto. Pocos días después, un enfurecido Hitler despidió al jefe del Estado Mayor, nombrando en su lugar a Hans Krebs, hasta entonces ayudante de Guderian.

Mientras tanto, las cuadrillas de trabajo comenzaron a erigir barricadas en los barrios periféricos de la ciudad. "Los berlineses aseguraban ser capaces de contener a los soviéticos durante sesenta y cinco minutos exactos, que era lo que sumaban la hora que se pasarían riendo y los cinco minutos que tardarían en apartar tan ridículos obstáculos", recuerda Max Hastings. Al igual que los nazis más fanáticos, algunos integrantes de la nobleza vivían como si la vida fuera a prolongarse de forma indefinida. En la retaguardia, los nazis masacraron a los presos que todavía permanecían en cárceles y campos de concentración.

Más de siete millones de proyectiles

El 16 de abril, los generales Zhúkov y Kónev ordenaron a sus tropas que cruzaran el río Óder: el ataque final a Berlín había comenzado. El Ejército Rojo había reunido a 2,5 millones de soldados y 6.250 vehículos blindados –con el apoyo de 7.500 aviones– para la ocasión. En aquel preciso momento, 42.000 cañones soviéticos emprendieron un intenso bombardeo que se prolongaría durante los días siguientes. Para ello, habían almacenado más de siete millones de proyectiles. A continuación, los aviones rusos iniciaron la primera de las 6.500 incursiones que efectuaron contra las líneas de defensa alemanas. "El horizonte, en toda su extensión, brillaba como si fuera de día. En el lado alemán todo estaba cubierto de humo. Teníamos que taparnos los oídos", recordaba un ingeniero ruso.

El 19 de abril de 1945 el Ejército Rojo tomó las colinas entre Selow y Wriezen. Los combates causaron unas 70.000 bajas en el bando asaltante frente a 12.000 en el bando alemán. Stalin debió de pensar que el sacrificio valía la pena, pues Berlín solo se encontraba a 70 kilómetros de distancia. Algunas piezas de artillería de largo alcance fueron transportadas con urgencia hacia la capital alemana y en pocas horas cayeron los primeros obuses en la capital, provocando la muerte a decenas de berlineses que paseaban por las calles.

FOTOS: GETTY IMAGES

Combate calle a calle. El 20 de abril de 1945 empezó el ataque soviético al centro de Berlín, que culminaría el 2 de mayo (soldados rusos avanzando por la capital alemana). La aviación y la artillería de Stalin bombardearon Berlín a diario durante ese período, llegando a emplear nada menos que siete millones de proyectiles, 42.000 cañones, 7.500 aviones y 6.250 tanques.

Días antes, tropas estadounidenses habían alcanzado el río Elba y se detuvieron allí. Su comandante en jefe, el general Eisenhower, comentó a sus oficiales que Berlín no era un objetivo militar, ya que se había acordado en la Conferencia de Yalta que la ciudad era de los rusos. Roosevelt le había prometido eso a Stalin con la esperanza de que este lo ayudara en el frente del Pacífico. El general alemán Walter Model suspendió la lucha en torno a la cuenca del Ruhr. Más de 300.000 soldados de la Wehrmacht fueron hechos prisioneros. En el norte de Alemania, la guerra prácticamente había finalizado.

La hora de la verdad

El 20 de abril de 1945, el primer frente bielorruso dirigido por Zhúkov comenzó el ataque al centro de Berlín. Los aviones rusos la bombardearían a diario. Uno de los pilotos recuerda que había tal cantidad de humo que la impresión que le producía era

Violaciones masivas de berlinesas

Existen innumerables pruebas de las violaciones cometidas por las tropas del Ejército Rojo en Berlín. Aunque los medios rusos suelen calificar estos crímenes de "mitos de Occidente", lo cierto es que ocurrieron, tal y como demuestra el historiador británico Antony Beevor en su libro *Berlín, la caída: 1945*. Beevor encontró documentos sobre violencia sexual en los archivos de la Federación Rusa. Muchas berlinesas comprendieron que para mantenerse a salvo de ser continuamente violadas era mejor encontrar a un "lobo" ruso, de ser posible un oficial, con el cual mantener relaciones sexuales, de tal modo que los demás camaradas se abstuvieran de acosarlas.



Alemanas quitan escombros en la ciudad de Berlín, devastada y ocupada por los soviéticos.

Ojo por ojo. Vladimir Gelfand, un joven teniente ruso de origen judío, escribió con una franqueza brutal todos los horrores que vio durante la guerra. En su diario, Gelfand cuenta lo que ocurrió en Berlín cuando se encontró con un grupo de alemanas que cargaban maletas y bultos y que le confesaron que habían sido brutalmente violadas por camaradas suyos. El teniente recuerda que una de las muchachas se le tiró encima y le dijo que él se podía acostar con ella: "Haz lo que quieras conmigo, ¡pero sólo tú!". Vitaly Gelfand, quien descubrió el diario de su padre, recuerda que este vio cómo los soldados nazis acababan con pueblos enteros, matando incluso a niños pequeños. Sin duda, la brutalidad de los nazis en Rusia contribuyó en buena medida a la brutalidad que emplearon los soviéticos con las alemanas en su avance hacia Berlín.



Niños y ancianos, carne de cañón. Fue uno de los episodios más crueles del delirio nazi: cuando solo faltaban semanas para el hundimiento del Reich se creó la Volkssturm, una fuerza compuesta por niños, adolescentes y hombres de avanzada edad a los que se envió a una muerte segura. Arriba, Hitler condecora con la Cruz de Hierro a estos muchachos en los jardines de la Cancillería.

estar volando sobre el mismísimo infierno. En aquellos momentos cruciales, comenzó la hora de la verdad para el Tercer Reich.

Las tropas al mando de Zhúkov comenzaron a rodear Berlín por el noreste y el este. En el sur, las tropas al mando de Kónev empujaban con fuerza para ser las primeras en entrar en la capital alemana, cuya población a principios de abril rondaba los tres millones y medio de habitantes, incluidos unos 100.000 niños. "Cuando el general Reymann planteó el problema de la necesidad de alimentar a estos últimos, Hitler lo miró de hito en hito para decirle: 'En Berlín ya no quedan niños de esa edad', lo que hizo comprender al general que su comandante supremo había perdido todo contacto con la realidad", escribe Antony Beevor.

Semanas antes de la derrota, Hitler pronunció un discurso que rebosaba soberbia y desprecio: "¡Si el pueblo alemán no está dispuesto a emplearse a fondo para sobrevivir, no le quedará otra que desaparecer!". El imperio milenario y universal con el que soñaba el Führer pronto iba a quedar reducido a un perímetro de apenas dos kilómetros en el centro de Berlín. En su delirio, el comandante supremo del Reich pensaba que los mejores alemanes habían muerto en los campos de batalla. El resto, los que le habían fallado, solo merecían la aniquilación total.

El 24 de abril de 1945, las tropas soviéticas alcanzaron los suburbios de Berlín. Las zanjas que excavaron los berlineses con tanto esfuerzo no lograron frenarlos. Sus cañones iban destruyendo las fachadas de los edificios que no habían sido dañadas en los bombardeos aéreos. El 25 de abril los rusos habían llegado a las orillas del río Spree, cercando el centro de Berlín y entablando violentos combates urbanos con los defensores. Horas después, los alemanes que habían sobrevivido a esos ataques se replegaron hacia la Wilhelm Strasse, donde se encontraban los edificios gubernamentales del régimen nazi. Horas después, las fuerzas del Ejército Rojo alcanzaban la zona de Tiergarten y los límites de Kreuzberg, así como el aeropuerto de Tempelhof y los barrios aledaños. El 28 de abril, los soviéticos estaban a las puertas del Reichstag.

Suicidio colectivo

Con los tanques de combate soviéticos disparando en las calles ruinosas de Berlín, el Führer comprendió que había llegado el último capítulo de su vida. Odiaba la idea de ser capturado vivo y que lo expusieran como a un animal de feria en las calles de Moscú. Ordenó a sus subalternos que, una vez que se hubiera pegado un tiro, quemaran su cuerpo con gasolina.

"Vegetamos en una ciudad fantasma, sin gas ni luz eléctrica, sin agua; nos obligan a pensar que la higiene personal es un lujo y la comida caliente un concepto extraño", escribió la berlinesa Helga Schneider. En la ciudad solo funcionaban los teléfonos, que a veces sonaban inútilmente. Desde el búnker hacían llamadas a diversos puntos de la ciudad para averiguar hasta dónde habían avanzado los rusos. Cerca de 45.000 hombres de las SS y la Wehrmacht, junto a 40.000 integrantes de la Volkssturm, resistieron durante una semana contra el impresionante ejército que comandaban los mariscales Zhúkov y Kónev.

Semanas antes del hundimiento final, los fanáticos oficiales de las SS reclutaron a adolescentes que en ocasiones no pasaban de los catorce años para usarlos como carne de cañón en las calles de Berlín. Se creó la unidad Volkssturm, compuesta por ancianos y niños que fueron armados con

Hitler pensaba que los mejores alemanes habían muerto luchando y que el resto solo merecía la aniquilación.

FOTOS: GETTY IMAGES

El último concierto de la Filarmónica

El 12 de abril, Albert Speer organizó la última interpretación de la Filarmónica de Berlín en una capital ya en ruinas. No la condujo su director, Wilhelm Furtwängler, que había huido a Suiza y que tras la guerra sufrió las represalias de los aliados por sus simpatías hacia los nazis: la batuta fue a parar a las manos de Johannes Schüller. "El concierto nos hizo regresar a otro mundo", escribió el coronel Von Below. Sin embargo, las caras de muchos asistentes decían lo contrario.

Clave musical para huir. Todos estaban atrapados en un infierno sin escapatoria. Durante el concierto nadie se quitó el abrigo. No había electricidad y hacía mucho frío. Todos sabían que era el último acontecimiento cultural previo al Armagedón. El enemigo más temido en Alemania, el Ejército Rojo, estaba a las puertas de la ciudad. Nadie parecía tranquilo. Los gestos eran de una extrema seriedad. El programa incluía el *Concierto de violín* de Beethoven y la *Octava sinfonía* de Bruckner, que era la señal con la que Speer avisó a los músicos de la orquesta de que debían huir de Berlín de inmediato si no querían ser reclutados en la Volkssturm, un cuerpo paramilitar formado en los últimos días y compuesto por muchachos de apenas catorce o quince años y civiles de cuarenta a sesenta años. Como no podía ser de otra forma, la velada musical concluyó con el *Götterdämmerung* de Wagner. El primer concierto una vez terminada la guerra tuvo lugar el 26 de mayo de 1945. Lo dirigió el ruso Leo Borchard, ya que las autoridades aliadas prohibieron a Furtwängler volver a dirigir en Alemania.



Entrada al edificio de la Filarmónica de Berlín, en la Bernburger Strasse, flanqueada de escombros producto de los bombardeos durante la toma de la ciudad por los soviéticos.

pequeñas cargas explosivas, más peligrosas para quienes las lanzaban que para sus objetivos. "Algunos hablaron de infanticidio al referirse al modo en que se explotaba el fanatismo de los ingenuos miembros de las Juventudes Hitlerianas o en que se obligaba a niños atemorizados a vestir el uniforme mediante amenazas de ejecución", escribe Antony Beevor. Aquellos muchachos intentaron afrontar su encuentro con las temibles tropas soviéticas forzando una expresión fiera en sus rostros.

En febrero de 1945, Eva Braun se trasladó a Berlín al encuentro de su Führer. La fidelidad que mostró hizo que Hitler aceptara casarse con ella el 28 de abril. Aquel día, el comandante supremo del Tercer Reich supo que Himmler había establecido contactos con los aliados para negociar una capitulación. El Führer se volvió loco de furia. También lo traicionó Göring, que días antes se había autoproclamado sucesor de Hitler mientras este todavía resistía en el búnker.

Encolerizado, el Führer nombró al almirante Dönitz presidente del Reich y a Goebbels canciller. Aquel día, la piloto Hanna Reitsch y el oficial Greim, que habían logrado aterrizar en el paseo Unter den Linden en un pequeño avión bajo el fuego soviético, despegaron cerca de la puerta de Brandeburgo y lograron salvar la vida.

Después de la caída. Las tropas soviéticas hallaron el cadáver de Hitler, que se había suicidado, y lo incineraron. El otrora todopoderoso Führer no era ya más que cenizas y objeto de escarnio. Aquí, el poeta ruso Yevgeni Dolmatovski, en Berlín, ríe con la cabeza de una estatua de Hitler en la mano.

FOTOS: GETTY IMAGES

En la mañana del 30 de abril, los soviéticos intensificaron los ataques sobre la zona gubernamental de Berlín alcanzando la Pariser Platz, que se encontraba a escasa distancia del búnker donde el Führer dictaba en esos momentos su testamento. "Yo mismo y mi esposa elegimos la muerte, para evitar la vergüenza de la destitución o la capitulación". La tarde del mismo día 30, Hitler se dio un tiro en la cabeza y Eva se envenenó con una cápsula de cianuro.

Poco después, Goebbels y su mujer, Magda, que se alojaban en el búnker de la Cancillería para estar junto a su reverenciado Führer, organizaron la muerte de sus seis hijos y luego se suicidaron. Horas antes de su final, Magda escribió una carta a su otro hijo, Harald, fruto de su primer matrimonio con el millonario Günther Quandt: "El mundo que vendrá detrás del Führer y el nacionalsocialismo no merece la pena de ser vivido, y por eso he traído también a los niños. Son demasiado buenos para la vida que vendrá después, y el buen Dios comprenderá que yo misma les dé la redención".

Un régimen atroz reducido a cenizas

El 2 de mayo de 1945, un soldado del Ejército Rojo izó la bandera soviética sobre las ruinas del Reichstag: el atroz régimen impuesto por los nazis había concluido. Aquel día, el general Helmuth Weidling solicitó la rendición final, requiriendo a los alemanes que depusieran las armas de inmediato. El general Alfred Jodl, principal consejero de Hitler, firmó la capitulación de Alemania el 7 de mayo de 1945. Las tropas soviéticas encontraron los cadáveres de Hitler y de su mujer en los jardines de la Cancillería; también localizaron los cuerpos sin vida del matrimonio Goebbels. Los restos del Führer, que terminaron en la Unión Soviética, fueron incinerados y sus cenizas desperdigadas en las alcantarillas de una ciudad de Alemania Oriental años después. Su enloquecida ambición había provocado la muerte de más de setenta millones de personas.



El Berlín de 1945 y en la actualidad

Fin de la guerra Escenario decisivo



En la capital de la Alemania nazi tuvo lugar una de las batallas determinantes hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. El 16 de abril de 1945, desde varios frentes, las tropas soviéticas iniciaron por tierra y aire el ataque a la ciudad. A pesar de la férrea resistencia de los alemanes, el número y armamento superiores del Ejército Rojo consiguieron su rendición el 2 de mayo. Tras aquellos días de cruentos combates, la urbe ocupada quedó en ruinas, tal como puede constatarse en fotografías de la época. Por Luis Felipe Brice

En esta composición fotográfica se combinan imágenes del parque Tiergarten, en Berlín, tal como se veía al concluir la guerra (1945) y en la actualidad. Al fondo destaca la Columna de la Victoria, desde la cual nace la avenida por donde el mariscal británico Bernard Montgomery, a bordo de un vehículo militar, realizó un recorrido luego del triunfo de las fuerzas aliadas sobre las tropas alemanas.

FOTO: GETTY IMAGES

Una foto de 1938 y otra actual conforman esta fotocomposición de una calle de Berlín. Por ella el líder nazi Adolf Hitler, en un automóvil, encabezó una caravana que recibió el saludo de la multitud, en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial.

Gente camina por una avenida que tiene como fondo la iglesia Memorial Káiser Wilhelm, en Berlín. La composición fotográfica entre una imagen reciente y una de 1945 muestra al templo en ruinas, tal como ha sido conservado desde su destrucción por los bombardeos.



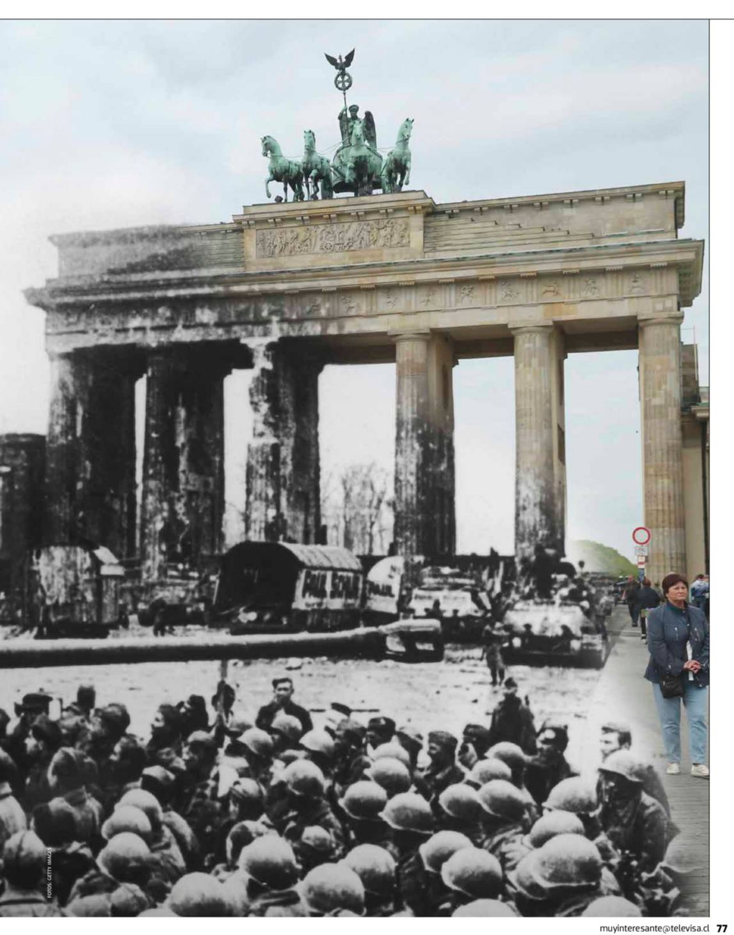
Un soldado alemán sentado sobre las ruinas del edificio del Reichstag (el Parlamento), en Berlín, protagoniza esta fotocomposición. La imagen del inmueble, derruido en 1945 por efecto de los ataques aliados durante la guerra, se ha combinado con una imagen como es apreciado actualmente.

FOTOS: GETTY IMAGES



Esta composición fotográfica presenta la histórica imagen de soldados estadounidenses saludando a sus pares rusos sobre un puente en ruinas del río Elba, en Torgau, Alemania, hacia el final de la guerra. La imagen, del 26 de abril de 1945, fue sobrepuesta a la del mismo lugar reconstruido hoy.

Con la Puerta de Brandeburgo al fondo, esta fotocomposición muestra el histórico encuentro de soldados de Estados Unidos y Rusia en 1945 y a visitantes del emblemático monumento berlinés en la actualidad.


FOTOS: GETTY IMAGES

Huellas imborrables

Tras una guerra permanecen las cicatrices de las heridas padecidas. Las ciudades que fueron escenario de la Segunda Guerra Mundial no olvidan el horror.

Varsovia, Polonia
El gueto detenido en el tiempo

Varsovia, hoy día una ciudad de casi dos millones de habitantes, es la capital de Polonia. Arrasada hasta el límite durante la Segunda Guerra Mundial, ha logrado renacer de sus cenizas. Son muchos los puntos de la capital donde las fotografías y los murales muestran la desgracia que asoló a un país entero. Bombas e incendios destrozaron calles y edificios. Fue en Varsovia donde, durante el conflicto, se estableció el asentamiento judío más grande del mundo, lo que fue conocido internacionalmente como el gueto de Varsovia. Antes del Holocausto, tres millones y medio de judíos vivían en la capital polaca. Aproximadamente el mismo número fue exterminado a manos de los nazis en todo el país.

La historia de los judíos polacos de Varsovia se lee hoy día en cada esquina de la ciudad, por ejemplo en la sinagoga Nozyk. Muy cerca de ese templo, entre la plaza Grzybowski y la calle Marszalkowska, se halla una de las reliquias de aquel episodio: los edificios número 7, 9, 12 y 14. Ventanas rotas, balcones destrozados y viviendas medio en ruinas recuerdan la devastación que sufrieron. Se trata de otro de los rincones de la ciudad donde la guerra se encuentra aún presente. Parece que los años no hubieran pasado por esa calle de la capital.



En algunos edificios del gueto de Varsovia (en la foto), hoy día se alojan familias y continúan celebrándose festejos judíos.

Víborg, Rusia
La gran pérdida del pueblo finlandés

Víborg, la antigua Viipuri finlandesa, es una ciudad portuaria rusa en el mar Báltico situada en el interior de una bahía del istmo de Carelia, a 138 km al noroeste de San Petersburgo y a 38 km de la frontera con Finlandia. En 1918 Finlandia obtuvo su independencia y Víborg pasó a denominarse oficialmente Viipuri durante 22 años, hasta que en 1940 Finlandia firmó el Tratado de Paz de Moscú –tras 105 días en guerra con Rusia– y esta población quedó bajo el dominio de la Unión Soviética. Entonces, Víborg era la segunda ciudad más grande de Finlandia, por lo que el acuerdo firmado significó la pérdida de un 10% del territorio finlandés y provocó el éxodo de unos 400.000 refugiados que fueron reubicados en otras partes de Finlandia, sobre todo en Helsinki. En ese tratado, el país nórdico además cedió a Rusia un 20% de su capacidad industrial y el 33% de sus instalaciones hidroeléctricas. El pueblo finlandés sigue considerando Viipuri como la pérdida más importante de la Segunda Guerra Mundial y mantiene con esta ciudad una relación muy cercana, especialmente en el turismo de fin de semana. Algunos de sus habitantes, además de ruso, hablan tanto finés como algunos dialectos de Carelia. En la actualidad, la economía de Víborg se basa principalmente en la industria dedicada a la producción de papel.



Víborg es la primera ciudad rusa de importancia tras el paso de la frontera fino-rusa (a 38 km), y habitualmente turistas finlandeses se acercan a sus mercados populares a realizar compras.

FOTOS: A.SAVIN; FLICKER

Gori, Georgia
La última estatua en pie de Stalin

Gori, enclavada a 80 kilómetros de la capital georgiana, Tiflis, y a unos 30 de Tsjinvali, la capital de Osetia del Sur, fue la ciudad en la que nació Iósif Stalin en el año 1879. Situada en el centro de la ciudad –protegida por la fortaleza medieval de Goristsikhe–, la casa de la infancia del Zar rojo fue convertida en museo en 1937. Con la caída de la Unión Soviética y el movimiento por la independencia de Georgia, el museo fue cerrado en 1989, pero ha sido reabierto y es una atracción turística popular. Desde 2010 aumentó su popularidad cuando fue trasladada al patio del museo la única estatua existente –en pie y a la vista pública– del dirigente comunista al interior del antiguo territorio soviético. Fue en 1952 –un año antes de la muerte del dictador– cuando se erigió la estatua de Stalin en el centro urbano de Gori, enfrente del ayuntamiento de la ciudad. Esta escultura fue sustituida en 2010 por un monumento a los caídos en la guerra ruso-georgiana de agosto de 2008 por el control de Osetia del Sur, contienda en la que perecieron 370 georgianos, entre soldados y civiles.

El museo se mantiene desde los últimos años de la era soviética con las mismas características. Desde el gobierno georgiano se ha planteado cambiar el contenido, algo que todavía continúa en el aire.



El Museo Estatal Iósif Stalin (aquí, una sala) mantiene sus puertas abiertas y alberga objetos de la vida del dictador soviético.

Volgogrado, Rusia
Testigo de una cruenta batalla

Situada en la confluencia de los ríos Volga y Tsaritsa (del tártaro *sary su*, "agua amarilla"), Volgogrado ha pasado a la historia por ser escenario de una de las más tristes y largas batallas de la Segunda Guerra Mundial, en la cual los soldados soviéticos resistieron los intentos de conquista por parte de las fuerzas alemanas, entre junio de 1942 y febrero de 1943, con un altísimo costo de vidas humanas.

Entre 1589 –año de su fundación– y 1925, esta ciudad rusa a orillas del Volga fue conocida como Tsaritsyn. Durante la Guerra Civil rusa, la ciudad y sus alrededores fueron centro de grandes combates entre los bolcheviques y el Ejército Blanco, que la tomó en 1918 bajo el mando de Antón Denikin. Fue recuperada por los revolucionarios al año siguiente y en 1925 adoptó el nombre de Stalingrado, por haber sido Stalin quien la conquistó para el Ejército Rojo. Continuó siendo conocida como Stalingrado durante 36 años, hasta 1961, cuando el presidente Nikita Jrushchov emprendió un proyecto político de desestalinización con el objetivo de acabar con el culto al líder –que seguía vigente años después de su muerte en 1953– y fue reubatizada como Volgogrado.

Para conocer muchos detalles sobre la batalla de Stalingrado se recomienda la visita al Museo Panorama, donde se exponen uniformes, armas y mapas reales con los planes militares.



En honor a la batalla de Stalingrado se levantó la estatua de la Madre Patria, una escultura de 85 metros de altura que es uno de los símbolos de la ciudad.

Berlín, Alemania
Recuerdos en cada rincón

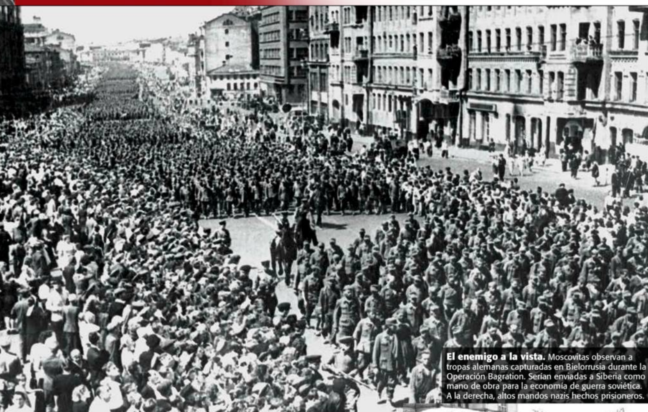
Berlín fue el epicentro del Tercer Reich durante los 12 años (1933-1945) del terrorífico gobierno de Hitler, quien tenía muchas obsesiones; una de ellas era transformar su capital. Quería convertir la ciudad en la Welthauptstadt: ¡la capital mundial! Una urbe única, acorde con sus pretensiones imperiales. Para lograrlo, el Führer diseñó un ambicioso plan urbanístico y puso al frente del mismo al arquitecto alemán Albert Speer. Lo primero que ordenó fue levantar un gran estadio –Olympiastadion– para acoger las Olimpiadas de 1936. Speer, reconvertido en ministro de Armamento, también diseñó en 1942 la actual sede del Deutsche Genossenschaftsbank, hoy rehabilitada por el arquitecto Frank Gehry.

Sin embargo, en Berlín no solo permanecen los testigos arquitectónicos del poderío del Tercer Reich, sino que existen otros donde el recuerdo convive con el horror, como la estación de Grunewald. De allí partió en octubre de 1941 un tren con 1.251 judíos a bordo rumbo a los campos de exterminio; fue el primero de una larga lista de ferrocarriles que circularon hasta marzo de 1945 y en los que se deportó a más de 55.000 judíos. En los rieles del hoy dormido andén 17 figuran impresos los nombres de los deportados. Se han intentado borrar las cicatrices del nazismo, pero no hay más que escarbar un poco para encontrar alusiones en forma de monumentos simbólicos o de placas en los edificios que recuerdan a las víctimas del horror nazi.



La que fue capital del Tercer Reich, Berlín, honra a las víctimas del Holocausto con el Monumento a los judíos de Europa asesinados.

FOTOS: THE THRIFT TRIP; GETTY IMAGES



El enemigo a la vista. Moscovitas observan a tropas alemanas capturadas en Bielorrusia durante la Operación Bagration. Serían enviadas a Siberia como mano de obra para la economía de guerra soviética. A la derecha, altos mandos nazis hechos prisioneros.



Días clave

El desfile de los nazis en Moscú

Lunes 17 de julio de 1944. En la céntrica avenida Gorky, hoy Tverskaya, de la capital soviética, el viento helado parece tomar su parte en la humillación. Ha pasado casi mes y medio del desembarco en las playas francesas de Normandía, el conocido como Día D (6 de junio), por las fuerzas aliadas, que están a punto de romper ahí las defensas alemanas. La operación Valquiria está en marcha y el coronel Claus von Stauffenberg saldrá mañana de Berlín en avión rumbo a Rastenburg, en la Prusia Oriental, para encontrarse este jueves con Hitler y otros altos oficiales en el cuartel militar conocido como la Guarida del Lobo. Ha preparado un maletín con un par de bombas plásticas ocultas y en su mente lleva la idea de matar al Führer. Pero este lunes en la capital de la Unión Soviética unos 57.000 soldados alemanes –incluyendo a 19 generales– desaliñados, extenuados, con la mirada apagada y obligados a ingerir purgante disfrazado de salsa inglesa, van a desfilar custodiados por sus captores ante un público de ciudadanos moscovitas al que tenían como objetivo aniquilar.

Los prisioneros son parte de los tres millones de soldados nazis –reforzados por tropas de Hungría, Rumania, Eslovaquia, Italia y Finlandia, además de voluntarios de Bélgica, Francia, Croacia y España– que a las cuatro de la mañana del 21 de junio de 1941, con 3.400 tanques y repartidos en tres ejércitos, comenzaron la sorpresiva invasión a la URSS, en la llamada Operación Barbarroja. Llegaron a solo 25 kilómetros de la capital Moscú. Pero el Ejército Rojo, la geografía y el clima impidieron que alcanzaran la ciudad; en 1942-1943 fue liberado Stalingrado, y en enero de 1944 Leningrado. Hace menos de un mes, a tres años de la invasión, a las 5:00 del viernes 22 de junio, la URSS respondió con el inicio, en Bielorrusia, de la Operación Bagration, el Día D soviético, una feroz ofensiva contra la Wehrmacht que en menos de seis semanas le causaría la mayor derrota de la Segunda Guerra Mundial, en busca de ir recuperando ciudades hasta alcanzar las antiguas fronteras anteriores a la invasión. Los combates contra blindados alemanes continúan en Lvov, mientras el desfile triunfal que los nazis del Tercer Reich imaginaron, Stalin lo está convirtiendo en el de la humillación, un golpe propagandístico dirigido a la moral del ejército alemán. La marcha de estos prisioneros, llegados con el propósito de matar, los dirige hoy a los trenes de ganado que los conducirán a los campos de trabajo en Siberia.

Al final la derrota por Bagration (la operación terminaría el 19 de agosto), costaría a los invasores más de 60.000 muertos, 150.000 heridos y más de 120.000 prisioneros. Con los alemanes colapsados –el Grupo de Ejércitos Centro dejó de existir– y los soviéticos al límite de su capacidad ofensiva –ya estaban a las puertas de Varsovia y en los Balcanes–, el Frente Oriental tendría una relativa pausa que se reanudaría el 12 de enero de 1945, con el comienzo del ataque soviético hacia Berlín, hacia el búnker de Hitler.



Síguenos en nuestro Fan Page: Revista Muy Interesante
muy INTERESANTE JUNIOR
Tecnología
Historia
Cuerpo Humano
Arte
Animales
Ciencia
Deportes
Música
Misterios y Enigmas
La historia en cómic
Coleccionables del conocimiento
Club Junior
Entretenidos Concursos
Y mucho más!!!
Planeta SOS
PÓSTERS: MICROSCOPIO, MANOS A LA OBRA, JUEGOS Y 4
TEST ¿ERES PARTICIPATIVO?
¡UN MUNDO LOCO!
DR. D. MENTE
LOS JUGUETES DEL FUTURO
¿Por qué se extinguieron?
El poder de los músculos
¡QUÉ MIEDO!
Todas esas cosas que tanto nos asustan
CONCURSOS
¡Búscala en tu kiosco!



te invita a conocer



Desafío Solar es un torneo de robots controlados, armados con desechos tecnológicos, en el cual participan colegios de todo Chile.









Robótica + Utilización de desecho electrónico + Energías renovables

Viernes 18

Noviembre

Centro Cívico de la Municipalidad de Las Condes

METRO EL GOLF



















